UNA AVENTURA DE
PERRY MASON





el caso de la secretaria insistente

ERLE STANLEY GARDNER



Della Street, secretaria de Perry Mason, recibió una extraña llamada: ¿cuánto cobraría el más famoso abogado por asistir a una sesión del tribunal… sin hacer nada más? Así empieza lo que parece ser un sencillo caso de homicidio por conducción imprudente. Pero el asunto se complica cuando se descubre que el hombre atropellado tiene una bala alojada en la cabeza. Es un asesinato y la víctima ha muerto dos veces.



Erle Stanley Gardner

El caso de la secretaria insistente

Perry Mason - 52

ePub r1.0

Titivillus 28.12.2014

Título original: *The Case of the Lucky Loser*
Erle Stanley Gardner, 1957
Traducción: Alfredo Darnell

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo 1

Della Street, la secretaria particular de Perry Mason, descolgó el auricular y contestó:

—¿Diga?

Una voz femenina, joven y bien modulada, preguntó:

—¿Cuánto cobraría el señor Mason por una jornada en el Palacio de Justicia?

La respuesta de Della Street fue rápida, pero precavida:

—Todo depende del asunto de que se trate, de lo que tenga que hacer y…

—Lo único que deberá hacer es escuchar.

—¿Eso significa que no tendrá que intervenir en el juicio?

—Exactamente. Sólo tendrá que escuchar lo que se diga durante el mismo y sacar sus conclusiones.

—¿Hace usted el favor de darme su nombre?

—¿Lo necesitan ustedes para inscribirlo en sus registros?

—Naturalmente.

—Entonces, ponga Cash[1].

—¿Cómo?

—Cash.

—Creo que es mejor que hable usted con el señor Mason —declaró Della Street—. Voy a intentar que le indique hora.

—No queda tiempo. El asunto que me interesa está señalado a las diez de la mañana.

—Un momento por favor, no se retire.

Perry Mason, que estaba leyendo la correspondencia, alzó la cabeza cuando su secretaria entró en su despacho particular.

—Mason —le dijo—, tienes que ocuparte de esto tú mismo. Una mujer, que por la voz parece joven, desea que te encuentres entre el público cuando se vea cierto asunto, esta mañana, ante el tribunal.

Está al teléfono.

—¿Cómo se llama?

—Según me ha dicho, Cash.

Mason sonrió y descolgó el teléfono, mientras Della Street le pasaba la comunicación.

—Perry Mason al aparato. Dígame.

—Esta mañana a las diez, en la Sala número veintitrés —le respondió una voz agradable—, tendrá lugar una vista. Se trata de un informe del ministerio fiscal contra Balfour. Desearía saber cuánto tendría que abonarle, para que asistiera al juicio y sacara la conclusión de cuanto suceda.

—¿Cómo se llanas usted?

—Ya le he dicho a su secretaria que puede poner Cash en su registro.

—Ahora son las nueve y veinticinco —observó Mason consultando su reloj—. Esta mañana tengo dos entrevistas, y por la tarde una tercera. Sólo podría anularlas si se tratara de un asunto muy importante.

—Lo es.

—En este caso, ya que me veo obligado a anular esas entrevistas, mis honorarios…

—¿Cuánto serían?

—Quinientos dólares —replicó Mason con voz decidida.

Al otro extremo del hilo, la bonita voz perdió su firmeza.

—¡Oh!… Lo… lo siento. No suponía que… Perdone la molestia… ¡No hablemos más del asunto!

Emocionado por la consternación que se adivinaba en la voz de su interlocutora, Mason preguntó:

—¿Es más de lo que pensaba?

—Pues… sí. Sólo dispongo de mi sueldo, y…

—Debe hacerse cargo de que mis gastos son muchos y que esto representa una jornada entera… ¿Cuál es su profesión?

—Soy secretaria.

—¿Y sólo desea que yo vaya a escuchar lo que se diga respecto a este asunto?

—Sí… pero yo no creía que… yo…

—¿Cuánto se imaginó que le costaría?

—Unos cien dólares. Hubiera podido llegar hasta ciento

cincuenta…

—¿Por qué desea que asista a esa vista? ¿Es asunto que le interese?

—Directamente, no.

—¿Tiene usted auto?

—No.

—¿Cuenta corriente en un Banco?

—Sí.

—¿A cuánto asciende?

—A algo más de seiscientos dólares.

—Bien. Ha conseguido despertar mi curiosidad. Si me da cien dólares haré lo que me pide.

—¡Oh, señor Mason!… ¿Cómo podré agradecérselo? En seguida le mando el dinero… Compréndame, conviene que usted no sepa quién soy… ¡No puedo explicárselo, pero le envío el dinero inmediatamente! Se lo ruego, no diga a nadie que le han encargado que se interese por este asunto. Preferiría que fuese allí como espectador, que no hablara con los abogados…

—¿Y si no encuentro ningún asiento libre?

—Ya lo he previsto. Cuando entre en la sala, mire a la izquierda. Verá usted en la cuarta fila, comenzando por atrás, a una mujer de pelo rojizo, de unos cuarenta años. Cerca de ella estará una mujer más joven, de cabello castaño, oscuro, que habrá colocado dos abrigos a su izquierda. Cuando usted se acerque, ella quitará los abrigos y dejará libre el asiento. Esperemos que nadie se fije en usted… ¡No lleve su cartera!

Un ruido seco anunció al abogado que la comunicación había sido cortada y se volvió hacia su secretaria:

—Della, cuando traigan los cien dólares de esa mujer, dale al portador un recibo y ruégale que lo entregue a la persona que lo ha enviado. Me voy a la Audiencia.

Capítulo 2

Perry Mason entró en la Sala 23, en el momento en que el juez Mervin Spencer Caldwell hacía su aparición, y aprovechó que todos se ponían de pie al oír la voz del ujier, para avanzar hasta la cuarta fila de bancos, a partir del fondo. Cuando todo el mundo volvió a sentarse, una joven retiró los abrigos que tenía a su izquierda, para que Mason pudiera ocupar el asiento. El abogado observó a sus vecinas de reojo, pero ellas tenían la vista fija en el tribunal, y no parecían prestarle la menor atención.

—Estado de California contra Teodoro Balfour —declaró el juez Caldwell—. ¿Se encuentran presentes todos los interesados?

—Sí, señor presidente —respondió el fiscal.

El testigo Jorge Dempster, se encontraba en el banco, dispuesto a declarar.

—Que vuelva a ocupar su sitio —dijo el juez Caldwell.

Jorge Dempster, un hombre de unos treinta años, obedeció en el acto.

—Ayer, en su declaración —dijo el representante del ministerio fiscal—, aseguró que había encontrado ciertos trozos de vidrio cerca del cadáver, en la calzada.

—Sí, señor. Así es.

—¿Tuvo usted ocasión de examinar los faros del coche que encontró en el garaje de los Balfour?

—Sí. Comprobé que el vidrio del de la derecha estaba roto.

—¿Cuándo se dio cuenta de ello?

—Hacia las siete y cuarto de la mañana del día 20.

—¿Pidió permiso a alguien para examinar el coche?

—No, porque deseábamos proceder a este examen antes de seguir adelante.

—Comprendo. ¿Qué hizo entonces?

—En casa de los Balfour no había señales de vida, pero hay un piso encima del garaje, que se encuentra en la parte posterior de la casa. Al llegar, un hombre se asomó a la ventana de ese piso y en seguida descendió. Se trataba de un criado que vivía allí. Le manifestamos que éramos de la policía y que deseábamos ver el garaje, con miras a una investigación que efectuábamos. Le pregunté si deseaba hacer alguna objeción y, en vista de su respuesta negativa, penetramos en el garaje. Allí se encontraba un automóvil, cuya matrícula era GMB 665, con el faro derecho, roto, el guardabarros delantero derecho ligeramente abollado, y huellas de sangre en el parachoques delantero.

—Continúe.

—Avisé al criado que íbamos a incautarnos de aquel coche y que deseábamos interrogar a su propietario o a la persona que solía conducirlo. Nos respondió que pertenecía al señor Guthrie Balfour, pero que lo conducía su sobrino, Ted Balfour.

—Protesto, señor presidente —interrumpió el abogado defensor —. No se puede probar quién conducía el coche sólo por lo que diga un criado.

—Se admite la protesta.

—No intentábamos demostrarlo, señor presidente —aseguró el fiscal, quien, dirigiéndose de nuevo al testigo, continuó—. Señor Dempster, ¿quiere usted explicar a la Sala y al jurado qué hizo después?

—Fuimos a despertar al joven Balfour.

—¿Al acusado en este juicio?

—Al mismo.

—¿Habló usted con él?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Alrededor de las ocho.

—¿Le despertó usted?

—Alguien le fue a llamar. Se puso un albornoz y se reunió con nosotros. Le explicamos quiénes éramos y lo que deseábamos. Entonces nos contestó que no hablaría hasta después de haberse vestido y tomado café. Hicimos cuanto nos fue posible para convencerle con buenos modales, pero persistió en su negativa a responder antes de tomar café.

—¿Quién más asistió a la entrevista?

—Mi colega, el señor Dawson, aquí presente.

—¿Nadie más?

—No.

—¿En qué habitación de la casa tuvo lugar este interrogatorio?

—En una especie de pequeño despacho, contiguo al dormitorio del acusado. Un criado trajo una bandeja con tazas, azúcar, nata y una cafetera eléctrica, y tomamos café.

—¿Los tres?

—Sí.

—Bien. ¿Qué le dijo usted al acusado y qué le respondió él?

Mortimer Dean Howland, el defensor de Balfour, se puso en pie.

—Protesto, señor presidente. Considero que debería serme permitido proceder al contra-interrogatorio del testigo, antes de que se haga constar la declaración, o confesión de mi cliente.

Perry Mason aprovechó el momento en que el juez consideraba la protesta, para examinar a la joven de su derecha. Desde el momento que le había reservado sitio, es que esperaba su llegada. Existían, por consiguiente, muchas probabilidades que se tratara de la persona que lo había llamado.

—¿De qué se trata? —le preguntó en un susurro.

Ella lo miró fríamente y se volvió, alzando la barbilla. Fue el hombre sentado a la izquierda de Mason quien le informó:

—Una historia de mal conductor.

—Se rechaza la protesta —decretó finalmente el juez Caldwell —. El testigo deberá responder a la pregunta.

—Me dijo que había acompañado a sus tíos a tomar algo —prosiguió el testigo—, y que después fue a la recepción dónde bebió algunos vasos…

—Un momento, señor presidente, se lo ruego —interrumpió de nuevo el defensor—. Resulta evidente que se intenta establecer así una afirmación por parte de mi cliente, y…

—Sí, voy a preguntárselo al ministerio fiscal —asintió serenamente el juez.

—Si Vuestra Señoría —alegó rápidamente el fiscal— desea escuchar la respuesta, comprenderá mi posición. El hecho de aceptar ciertas cosas no equivale a una confesión y…

—Tratan de demostrar que reconoció que estaba embriagado —

insistió el abogado defensor.

—Que el testigo prosiga su declaración —decidió el juez.

—El acusado nos declaró que había bebido algunos vasos en aquella reunión y que se sintió enfermo. Pensó que había sido drogado, pues a partir de aquel momento no recuerda nada hasta que se encontró en su automóvil…

—¡Señor presidente! ¡Señor presidente! —exclamó de nuevo el abogado defensor, intentando protestar.

—Siéntese usted —ordenó el juez Caldwell—. Deje que el testigo termine de hablar. Si lo que sigue es lo que yo sospecho, el señor fiscal tendrá que habérselas conmigo.

El testigo continuó:

—Manifestó que recuperó el conocimiento durante un breve instante en el automóvil y que, entonces, manejaba el volante una mujer.

—¿Una mujer? —exclamó el juez Caldwell.

—Sí, señor presidente.

—Entonces, ¿no era él quien conducía?

—No, señor presidente —declaró el fiscal—. Creo que la Sala comprende ahora por qué deseaba que escuchara a este testigo hasta el final.

El juez movió la cabeza y dijo:

—Puede seguir. ¿Qué más dijo el demandado?

—Que recordaba haberse sentido repentinamente enfermo, después de lo cual se halló en el lecho con una sed terrible. Su reloj señalaba las cinco y media. Se hallaba, otra vez, perfectamente consciente, pero notaba la cabeza pesada.

—¿Le preguntó si conocía a la mujer que conducía el coche? —interrogó el juez.

—Sí.

—¿Qué respondió?

—Que no llegaba a recordarlo, que no estaba seguro de ello.

—¿Dijo que no llegaba a recordarlo o que no estaba seguro?

—Ambas cosas.

—¿Y después?

—Le hice algunas preguntas, pero sin ningún resultado. Quiso saber qué había sucedido y le dije que investigábamos respecto a un homicidio cometido por un conductor, en el cual su coche parecía

haber desempeñado cierto papel. Entonces me respondió que, en este caso, no diría nada más hasta haber podido consultar con su abogado.

—El testigo está a disposición de la defensa.

Mortimer Dean Howland, el abogado de Balfour, era famoso por la violencia con que procedía a los contrainterrogatorios. Lanzó una mirada al testigo y preguntó:

—Usted fue a casa de los Balfour para arrancar una confesión al acusado, ¿no es así?

—¡En absoluto! Fui para ver el coche del demandado.

—¿Y para qué quería ver el coche del acusado?

—A causa de algo que me habían dicho.

El abogado pareció dudar y después prefirió cambiar de táctica antes de arriesgarse más allá de los límites permitidos por la ley.

—Cuando vio al demandado por primera vez, ¿acababan ustedes de arrancarle de un profundo sueño?

—Yo no, pues se encargó de ello un criado.

—¿Sabía usted que se encontraba mal?

—Parecía haber pasado una mala noche. Pensé que…

—¡Poco importa lo que usted pensara! —dijo con vehemencia Howland—. Limítese a responder a mis preguntas. Usted se dio cuenta de que el demandado no gozaba de buena salud, ¿verdad?

—Me di cuenta de que su aspecto no era muy bueno. ¡Parecía tener una fuerte resaca!

En la Sala se oyeron algunas risas, que en seguida fueron cortadas por la voz de Howland:

—¡No se las dé usted de gracioso! Se halla en juego la libertad de un hombre. Usted sabía que mi cliente no se hallaba en su estado normal.

—Ignoro cómo es normalmente. Repito que me dio la impresión de sufrir una fuerte resaca.

—¿Ha visto alguna vez a hombres con una fuerte resaca?

—Muchísimos.

—¿Le ha ocurrido eso a usted alguna vez?

—¡Protesto, señor presidente! —exclamó, con indignación, el fiscal.

—En este caso —prosiguió plácidamente Howland—, pido que no sea tenida en cuenta la respuesta del testigo, debido a que se

trataba sencillamente de una opinión y, al parecer, no es muy competente en la materia.

—Retiro mi protesta —dijo el fiscal.

—¿Nunca ha sufrido resaca? —preguntó Howland al testigo.

—No.

—¿No bebe usted?

—No pertenezco a ninguna sociedad de abstemios, si es eso lo que quiere decir. A veces bebo un vaso, pero nunca me he embriagado, ni tan siquiera alegrado.

—En este caso, ¿cómo puede saber qué aspecto presenta un hombre con resaca?

—Porque he visto a muchos hombres con ella.

—¡Oh! Bueno, ya está bien —dijo Howland, como si estuviera cansado de discutir, poniéndose de espaldas al testigo.

Dempster se disponía a dejar el banco de los testigos, cuando Howland lo retuvo, dando otro giro a su interrogatorio.

—¡Un momento! ¿Le dijo el demandado a qué hora había perdido conciencia de lo que sucedía?

—Hacia las diez.

—¡Ah! ¿Así que dijo que *hacia las diez*?

—Sí.

—Usted omitió dar este detalle.

—No me lo preguntaron.

—Creo que le pidieron que repitiera todo lo que había dicho el acusado, ¿no es así?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué silenció una parte de sus declaraciones?

—Yo… La verdad, es que no le di importancia a esa afirmación.

—¿Por qué razón?

—Porque, francamente, no creía en ella.

—¿Le creyó usted cuándo afirmó que una mujer conducía el coche?

—No.

—Sin embargo, concede importancia a su declaración en este punto, ¿no es cierto?

—Pues… sí, pero era diferente.

—Si comprendo bien, usted establece una diferencia entre las declaraciones de mi cliente que le acusan y las que tienden a

disculparle, ¿verdad? Usted recuerda las primeras y se olvida de las segundas.

—No olvidé este detalle. Lo mencioné en cuanto se me formuló una pregunta concreta.

—¿A qué hora le ordenaron que investigara sobre este accidente?

—Hacia las dos de la madrugada.

—¿El cadáver se encontraba tendido en la carretera?

—Sí.

—¿Desde cuándo estaba allí?

—No podría afirmarlo.

—¿A qué hora le avisaron del accidente?

—Más o menos un cuarto de hora antes de que llegáramos al lugar del suceso.

—En una carretera transitada, el cadáver no pudo permanecer más de diez o quince minutos sin que alguien advirtiera su presencia.

—No podría decirlo.

—¿Se trata de una carretera transitada?

—Sí.

—¿Y el acusado fue conducido a su casa alrededor de las diez?

—Según él, así es.

—¿Y estaba enfermo?

—Eso es lo que él dice.

—¿Se acostó?

—De acuerdo con sus declaraciones, sí.

El abogado vaciló:

—¿Y se durmió?

—No dijo eso, sino sencillamente que no se dio cuenta de nada hasta alrededor de las cuatro y media de la mañana.

—Por lo menos, en esto es concreto. Sin embargo, usted olvidó algunas cosas que dijo el acusado… Cosas que le son favorables.

—No me olvidé de ellas.

—No, sencillamente se olvidó de manifestarlas.

—¡Bien! ¡Como usted quiera!

—Eso es todo. Teniendo en cuenta la parcialidad demostrada por usted, no me interesa seguir interrogándole.

El testigo se trasladó a su sitio con aire enfurecido.

Entonces el fiscal llamó:

—Que se presente Myrtle Anne Haley.

La mujer pelirroja que estaba sentada en un extremo del banco que ocupaba Mason, se puso en pie, se situó en el banco de los testigos, alzó la mano derecha y prestó juramento.

Mason lanzó entonces una ojeada a su vecina.

Con la barbilla levantada, la mujer se hallaba de perfil. Mostraba el desdén glacial de la mujer que se da cuenta de que se le insinúan y se ofende por ello.

Capítulo 3

Myrtle Anne Haley se sentó en el lugar destinado a los testigos, con el aspecto de quien sabe que su testimonio ya a ser decisivo.

—Señora Haley —dijo el fiscal—, me permito llamar su atención sobre el mapa de carreteras que constituye la prueba número uno de la acusación. ¿Sabe usted consultar un mapa?

—Sí.

—El territorio representado por éste, ¿le resulta familiar?

—Sí.

—Tenga usted la bondad de fijarse en la sección de Sycamore Road, situado entre Chestnut Street y State Highway.

—Ya está.

—¿Ha conducido usted alguna vez por ahí?

—¡Oh! Sí, muchas veces.

—¿Dónde vive usted?

—En Sycamore Road, al otro lado de State Highway.

—¿Quiere usted señalar con una cruz el lugar donde vive?

La testigo obedeció y el fiscal continuó:

—Le ruego haga el favor de recordar bien la noche del 19 y la madrugada del 20 de septiembre de este año. ¿Circuló por esa carretera en aquella fecha?

—Sí, durante la madrugada del 20…

—¿A qué hora?

—Entre las doce y media de la noche y la una y media.

—¿De la mañana?

—Sí.

—¿En qué dirección iba usted?

—En dirección Oeste. Venía del Este y me dirigía a Chestnut Street.

—¿Observó algo anormal?

—Sí. Delante de mí había un auto que iba de derecha a izquierda de la carretera, haciendo eses continuamente.

—¿Podría identificar ese automóvil?

—Sí, porque anoté su matrícula.

—Y después, ¿qué hizo usted?

—Lo seguí durante un rato; después, al llegar al sitio en que la carretera se ensancha, antes de State Highway, lo sobrepasé a toda velocidad para que no chocara conmigo.

—¿Qué más?

—Después llegué a mi casa y me acosté.

—Quiero que me explique lo que sucedió después de pasar a aquel coche.

—Miré por el retrovisor.

—¿Notó algo de particular?

—Vi al auto en cuestión que se dirigía hacia la izquierda, después otra vez hacia la derecha y, bruscamente, algo negro pasó por delante de los faros, y me pareció que se apagaba el de la derecha.

—¿Le *pareció*?

—Sí, porque lo volví a ver un instante después.

—¿Y esto sucedió en Sycamore Road, entre Chestnut y State Highway?

—Sí.

—¿Sabe qué es lo que le produjo la impresión de que el faro se había apagado?

—De momento no se me ocurrió nada, pero ahora sí.

—¿Qué era?

—¡Protesto, señor presidente! —exclamó Howland—. Esta pregunta tiende a sugerir a la testigo una conclusión.

—Admitida la protesta. Que la testigo hable únicamente de lo que vio.

—Pero, señor presidente —objetó el fiscal—, la testigo tiene derecho a interpretar lo que vio.

—No; deje esto para el jurado.

El fiscal hizo una pausa y prosiguió:

—Muy bien. ¡Coritrainterrogatorio!

—¿Anotó usted la matrícula del coche? —preguntó Howland.

—Sí.

—¿En una pequeña libreta?

—Sí.

—¿Dónde llevaba esa libreta?

—En mi bolso.

—¿Conducía usted?

—Sí.

—¿La acompañaba alguien?

—No.

—¿Tomó usted la libreta de su bolso?

—Sí.

—¿Y un lápiz?

—No. Una estilográfica.

—¿Anotó la matrícula del coche en su libreta?

—Sí.

—¿Cuál era?

—GMB 665.

—¿Lleva consigo la libreta?

—Sí.

—Si me lo permite, me gustaría verla.

El fiscal sonrió al jurado.

—No tengo ningún inconveniente.

Howland se acercó a la testigo, cogió la libreta y la hojeó.

—En esta libreta, al parecer, usted anota muchas cosas.

—Prefiero hacerlo así que confiar en la memoria.

—Lo que estoy comprobando es que esta matrícula, GMB 665, es la última cosa qué ha escrito en la libreta.

—Efectivamente.

—¿El 20 de septiembre?

—Sí, entre las doce y media y la una y media de la madrugada.

—¿Por qué no ha anotado nada más desde entonces?

—Porque después de haberme enterado del accidente por el periódico, fui a informar a la policía, que se quedó con la libreta. Luego me la devolvieron, diciendo que procurara no perderla, pues podía ser una prueba.

—Ya veo —comentó Howland, amablemente—. ¿Cuánto tiempo guardó la policía la libreta?

—¡Oh! No sé exactamente… Algún tiempo.

—¿Y cuándo se la devolvieron?

—Después de que la hubo inspeccionado el *attorney*[2] del distrito…

—¡Ah! ¿La policía la entregó al *attorney*?

—Lo ignoro. Todo cuanto sé es que la libreta me fue devuelta por el señor fiscal.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Esta mañana? —repitió Howland con un tono que quería ser escéptico y sarcástico al mismo tiempo—. ¿Y por qué el señor fiscal se la devolvió está mañana?

—Para que la tuviera en mi poder al prestar declaración.

—¡Ah!, ¿sí? ¿Para, que pudiera decir que llevaba la libreta consigo?

—No lo sé. Sin duda.

—¿Recuerda el número de la matrícula?

—Sí, claro. Como ya lo dije es GMB 665.

—¿Cuándo lo leyó usted por última vez?

—Cuando le pasé la libreta, hace un momento.

—¿Y antes?

—Esta mañana.

—¿A qué hora?

—Hacia las nueve.

—¿Y durante cuánto tiempo estuvo usted contemplando este número esta mañana?

—Pues… no… no lo sé. No veo qué diferencia…

—¿Lo miró durante media hora?

—De ningún modo.

—¿Un cuarto de hora?

—No.

—Entonces, ¿unos diez minutos?

—Es posible.

—O sea, que se lo aprendió de memoria esta mañana.

—¿Qué mal hay en ello?

—¿Cómo sabe usted que es el mismo número?

—Porque es mi caligrafía y está exactamente igual que cuando lo anoté.

—Mientras lo escribía. ¿Podía ver la placa del coche que iba delante de usted?

—Sí.

—¿Durante todo el rato que escribió?

—Sí.

—Quizá lo que hizo usted fue mirar el número, detener el coche, sacar la libreta de notas del bolso y…

—¡De ningún modo! Hice, lo que ya le he dicho. Saqué la libreta mientras conducía y anoté el número.

—¿Escribe usted con la mano derecha?

—Sí.

—¿Conducía, pues, con una sola mano?

—Sí, con la izquierda.

—¿Mientras escribía con la mano derecha?

—Sí.

—¿Lleva usted una estilográfica o un bolígrafo?

—Una estilográfica.

—¿Con capuchón de rosca?

—Sí.

—¿Y pudo sacar el capuchón con una sola mano?

—Sí.

—¿Es usted capaz de hacerlo con una sola mano?

—Evidentemente. Se sujeta la estilográfica con los dos últimos dedos, mientras se desenrosca el capuchón con el pulgar y el índice.

—¿Qué hizo usted después?

—Coloqué la libreta encima de mis rodillas, anoté el número, enrosqué de nuevo el capuchón de la estilográfica y lo volví a dejar todo en el bolso.

—¿A qué distancia se hallaba del otro coche mientras anotaba el número?

—¡Oh! No muy lejos.

—¿Tuvo usted constantemente la matrícula delante de los ojos?

—Sí.

—¿La veía con toda claridad?

—Sí.

—¿Escribió el número a oscuras?

—No.

—En efecto, está escrito con claridad. Por consiguiente, ¿lo hizo bajo alguna luz?

—Sí. Encendí la lámpara del techo para ver lo que escribía.

—Pero —prosiguió, de repente, Howland—, si usted tuvo que aprenderse de memoria esta mañana la matrícula en cuestión, *después* de que el señor fiscal le devolviera la libreta, ¿es que usted no sabía cuál era este número *antes* de que se la diera?

—Pues… Usted no puede esperar que una persona recuerde una matrícula durante todo este tiempo.

—Por consiguiente, usted no sabía cuál era este número antes de ver su libreta esta mañana.

—Pues… no.

Howland vaciló un instante:

—Después de haberlo anotado en su libreta, regresó a su domicilio.

—Sí.

—¿Aviso usted a la policía?

—Claro. Ya se lo he dicho antes.

—¿Cuándo la avisó usted?

—Más tarde.

—¿Después de haberse enterado del accidente por el periódico?

—Sí.

—O sea: ¿después de haber leído que en aquella carretera se había encontrado un cadáver?

—Sí.

—¿Antes no?

—No.

—¿Por qué anotó usted ese número?

Los ojos de la testigo comenzaron a brillar de satisfacción.

—Porque me di cuenta de que la persona que iba al volante estaba demasiado embriagada para poder conducir sin peligro.

—¿Sabía usted ya eso cuando apunto el número en la libreta?

—Sí.

—¿Y anotó ese número para poder declarar contra esa persona?

—Para poder cumplir con mi deber.

—Quiere usted decir, ¿para avisar a la policía?

—Consideré que mi deber era anotar aquel número por si la persona que conducía el auto sufría un accidente.

—¿Para poder declarar?

—Para poder informar a la policía.

—Pero, ¿usted no avisó a la policía *antes* de haber leído en el

periódico que un cadáver había sido hallado en aquella carretera?

—No.

—¿Incluso a pesar de haber visto aquel raro eclipse del faro derecho?

—No.

—¿No consideró usted necesario avisar a la policía?

—Antes de haber leído en el periódico que se había encontrado un cadáver en la carretera, no lo creí necesario.

—Entonces, cuando hubo regresado a su domicilió, ¿no pensaba que hubiera ocurrido un accidente?

—Sabía que debía de haber ocurrido algo. No dejaba de preguntarme por qué causa se había apagado el faro.

—¿No supuso que podía haber ocurrido un accidente?

—Sabía que algo había sucedido.

—¿Llegó a pensar que había ocurrido un accidente?

—Sí. Acabé por estar segura de ello.

—¿Cuándo llegó a esta conclusión?

—En cuanto llegué a mi casa.

—¿Y anotó aquel número con objeto de poder avisar a la policía en caso de accidente?

—Anoté el número porque consideré que era mi deber hacerlo así.

—Entonces, ¿por qué no avisó a la policía?

—Me parece que esta pregunta ha sido ya formulada varias veces y respondida otras tantas, señor presidente —intervino el fiscal.

—Así lo creo —convino el juez Caldwell.

—Señor presidente, me permito hacerle observar que los actos de la testigo contradicen sus palabras, y que las razones dadas no están de acuerdo con sus actos.

—Usted podrá discutir sobre ello al exponer su punto de vista al jurado. Por el momento, creo que lo que deseaba dejar sentado por el contrainterrogatorio ya ha sido conseguido.

Howland indicó con un gesto a la testigo que había terminado.

—Eso es todo.

—Es todo, señora Haley —confirmó el fiscal.

Al regresar a su sitio, la señora Haley susurró a la vecina de Mason:

—¿He estado bien?

La joven asintió, mientras el juez Caldwell, después de consultar el reloj, suspendió la sesión hasta las dos de la tarde.

Capítulo 4

A las tres y media ya sólo quedaban por oír los alegatos de la acusación y de la defensa.

El fiscal fue breve y conciso y solicitó una condena.

Mortimer Dean Howland, abogado de la vieja escuela, no ahorró los sarcasmos a Myrtle Arme Haley, a quien llamó «la única mujer capaz de conducir sin mirar el camino».

—En efecto, señoras y señores, ella condujo sin mirar el camino mientras sacaba la estilográfica y la libreta del bolso. Después abrió la libreta y anotó el número de la matrícula del coche. Y fíjense bien, señoras y señores, ella no abrió la libreta al azar para anotar en cualquier parte el número en cuestión. ¡No! ¡Escribió el número a continuación de la última nota tomada por ella, con todo esmero! Compruébenlo —prosiguió, tomando la libreta y presentándola a los miembros del jurado—. ¿Serían ustedes capaces de escribir con toda claridad este número si hubieran mirado la carretera mientras conducían? ¡De ningún modo! Y tampoco Myrtle Anne Haley. Ella anotó la matrícula mirando la página, no la carretera.

»Recordarán ustedes que le pregunté si había escrito a oscuras y me respondió que había encendido la luz interior *con objeto de ver lo que escribía*. No miraba hacia dónde iba su auto, ya que si lo hubiera hecho así, la luz interior, por el contrario, la hubiera molestado. Por consiguiente, la señora Haley conducía con una mano y escribía con la otra, estando la luz interior encendida, y sin mirar la carretera.

»Ahora bien, ella iba *más de prisa que* el coche que se hallaba delante, ya que nos declaró «haberlo pasado a toda velocidad». Y, sin embargo, ¡ella no miraba el camino! —continuó el defensor—. Por consiguiente, ¿quién les parece más fácil que fuera el causante? ¿La persona que conducía el coche GMB 665, o la dama que reconoce, bajo juramento, haberse lanzado a toda velocidad,

mirando la página, de su libreta de notas?

Hizo una pausa y continuó:

—¿Y quién conducía el auto cuya matrícula tan cuidadosamente anotó Myrtle Anne Haley? La acusación le preguntó por el número del auto, *¡pero ha omitido claramente preguntarle sobre la persona que se hallaba al volante!* Ni tan siquiera le ha preguntado si quien conducía era un *hombre*. Por cuanto conocemos, si la pregunta hubiera sido formulada, es posible que ella hubiera respondido que quien se hallaba al volante era una mujer.

—Señor presidente —intervino el fiscal—, si la acusación ha faltado en este punto, pido que la vista prosiga para que sean formuladas preguntas adicionales a la testigo Myrtle Anne Haley.

—¿La defensa tiene algo que objetar? —preguntó el juez Caldwell.

—¡Claro que sí, señor presidente! Interrumpir la deposición de la defensa para que se haga declaraciones suplementarias, es un truco muy viejo. Se distrae la atención del jurado y se desorganiza el proceso.

—La petición es rechazada —resolvió el juez Caldwell.

Volviéndose de nuevo hacia el jurado, Howland abrió los brazos y declaró sonriendo:

—Ya ven ustedes, señoras y señores, a qué nos encontramos enfrentados en este asunto. Creó que ya no tengo necesidad de decirles nada más. Me parece que puedo confiar por completo en ustedes respecto al único veredicto justo, el único veredicto que rinda justicia, el único que les dará el convencimiento de que han cumplido a conciencia su deber… *¡No culpable!*

Cuando el jurado se retiró, Mason se levantó al mismo tiempo que los demás espectadores, pero Howland fue a su encuentro.

—Vaya, vaya, mi querido colega. ¿Qué le trae por aquí?

—El deseo de instruirme sobre la manera de llevar un proceso.

Howland sonrió, pero sus ojos continuaron escrutando el rostro de Mason.

—Usted ya no tiene nada que aprender sobre este capítulo, amigo mío. Ya me pareció verle esta mañana… ¿Está usted muy interesado en este asunto?

—Es un caso interesante.

—Quise decir, profesionalmente interesado.

—¡Oh! Claro que mi interés es profesional —respondió Mason—. No conozco a ninguna de las personas en litigio. En realidad, ¿quién es el muerto?

—El cadáver no ha podido ser identificado. Las huellas digitales fueron enviadas al F.B.I., pero no figuran en sus ficheros. La cabeza dio en el suelo con tanta violencia que el cráneo estalló como una cáscara de huevo; después, las ruedas le pasaron por encima de la cara, de modo que ya no tenía forma humana.

—¿Y las ropas?

—Eran de buena calidad, pero todas las etiquetas habían sido arrancadas. Esto es lo que nos hizo pensar que la víctima pudiera tener antecedentes penales. Pero, como ya le he dicho, sus huellas no figuran en ninguna parte.

—¿El número del auto, fue anotado en la libreta *inmediatamente* debajo de las otras notas? —preguntó Mason.

—Venga a verlo usted mismo —le dijo Howland cogiéndole amistosamente del brazo—. Me encantará saber su opinión.

Mason examinó las letras y las cifras pequeñas, bien perfiladas, inscritas en la parte inferior de la página, en la libreta que acababa de dejarles el secretario.

—¡Es imposible que esa mujer haya escrito esto mirando a la carretera! —subrayó Howland.

—Supongo que usted comprobó si el faro derecho de su auto no estaba averiado —consultó Mason.

Howland le guiñó un ojo.

—Sabemos muchas cosas y, sobre todo, que reparar un faro es muy fácil. ¿Cuál es su opinión sobre este asunto, Mason? ¿Qué le parece que va a hacer el jurado?

—Puede no hacer nada.

Howland bajó el tono de su voz.

—¿Cree usted que será un *hung jury*?[3]

—Es posible.

La voz de Howland no fue más que un susurro.

—Confidencialmente —confesó—, esto es lo que he perseguido. Es lo mejor que puedo esperar.

Capítulo 5

Sentado a la mesa de su despacho, Mason fumaba pensativo. Della Street perdía el tiempo, abriendo o cerrando un cajón, y ordenando lápices, hasta que Mason acabó por decirle sonriendo:

—Della, si quieres quedarte, ¿por qué no te sientas?

Ella rió nerviosa al verse descubierta.

—Voy a quedarme todavía unos minutos.

—¿Está conectado el teléfono?

—Sí, desde que se marchó Gertie, por si esa mujer…

El timbre del teléfono interrumpió a Della Street y Mason le dijo:

—Ya que estás aquí, escucha por el otro aparato y toma notas.

Cuando su secretaria estuvo preparada, descolgó:

—Diga.

La inconfundible voz preguntó:

—¿El señor Mason?

—Sí.

—¿Fue usted al Palacio de Justicia como convinimos?

—Claro.

—¿Y qué piensa usted?

—¿De qué?

—Del asunto.

—Pienso que es muy posible se resuelva con *un hung jury*.

—¿Y de la testigo, de la mujer pelirroja?

—¿La señora Myrtle Anne Haley?

—Sí.

—No puedo decírselo.

—¿Cómo? —exclamó la otra—. Si le he hecho ir allí porque yo…

—No puedo manifestar lo que pienso del testimonio de la señora Haley a una desconocida.

—¿Una desconocida? ¡Pero si yo soy su cliente! Yo…

—¿Quién me lo prueba?

—Usted puede reconocerme por la voz.

—Existen muchas voces parecidas.

Hubo un momento de silencio al otro extremo del hilo, después, la mujer preguntó:

—¿Cómo podría probarle mi identidad?

—Por medio del recibo entregado al mensajero que me trajo los cien dólares. Cuando usted me presenté ese documento, ya sabré que usted es la persona que me llamó.

—Pero, señor Mason, yo no puedo revelarle quién soy. Por esta razón recurrí al mensajero.

—Yo sólo confío mi opinión a los clientes, ya que entonces se trata de una comunicación confidencial, protegida por el secreto profesional.

—¿Tan mala es la opinión que tiene de la señora Haley?

—Se trata sencillamente de una cuestión de principios.

—Yo… yo tengo el recibo, señor Mason. El mensajero me lo entregó.

—En este caso, venga a verme.

—He ido con mucha cautela para no tener que revelar mi identidad —dijo la mujer tras larga pausa.

—Yo adopto todas estas precauciones para estar seguro de entendérmelas sólo con mi cliente.

—¿Estará mucho rato en su despacho?

—Aún me quedaré diez minutos. ¿Será suficiente?

—Sí.

—Bien. Llame a la puerta de al lado.

—¡Oh! Le odio. ¡Esto no es de ningún modo lo que yo quería! —exclamó la mujer cortando bruscamente la comunicación.

Mason se volvió hacia su secretada, que había escuchado por el otro aparato.

—Supongo, Della, que no tienes mucha prisa en irte.

—¡Intenta echarme de aquí! —contestó ella riendo.

Quitó la funda de la máquina de escribir y colgó otra vez su sombrero en el ropero. En aquel momento el teléfono volvió a sonar y Mason dijo, frunciendo el ceño.

—Deberíamos haber desconectado el teléfono cuando acabamos

de hablar. Hazlo ahora… ¡Espera! Sepamos primero quién llama.

Della Street descolgó el supletorio:

—Diga… ¿De parte de quién, por favor?… ¿Desde dónde dice?… Un momento por favor… Me parece que acaba de marcharse, pero no estoy segura… Espere un momento…

Cubriendo con la mano el auricular, dijo a Mason:

—Es un tal Guthrie Balfour, que llama desde Chihuahua, Méjico. Dice que es muy urgente e importante.

—¿Balfour? —repitió el abogado—. Debe de ser el tío del joven Ted Balfour, el acusado en el asunto en cuestión. Tengo la impresión de que vamos retrasados respecto a los hechos, Della. Ponme con ese caballero.

Una voz de hombre, lejana y débil, preguntó:

—¿Es el señor Mason? ¿Perry Mason, el abogado?

—Sí, el mismo al aparato.

Una repentina excitación modificó la tenue voz lejana:

—Señor Mason, soy Guthrie Balfour. Acabo de regresar a mi campamento base, después de una expedición al Tarahumare y aquí, en Chihuahua, me encuentro con noticias inquietantes. Parece ser que a mi sobrino, Teodoro Balfour, le acusan de haber huido después de haber atropellado a alguien con su auto… Usted debe haber oído hablar de mí, señor Mason, o al menos de la firma *Balfour Allied Associated*, empresa industrial que posee intereses en todo el mundo…

—He oído hablar de usted —le interrumpió Mason—, porque el juicio contra su sobrino ha tenido lugar esta mañana.

—¿Cuál ha sido el veredicto? —preguntó la voz, con acento de angustia.

—Que yo sepa, el jurado todavía está deliberando.

—¿Así es ya demasiado tarde para hacer algo?

—Es posible que esto acabe en un *hung jury*.

—Señor Mason, ¡esto es importantísimo! *Es preciso* que mi sobrino no sea reconocido culpable de nada.

—Si es condenado obtendrá probablemente el sobreseimiento. Aparecen en el asunto ciertos aspectos muy extraños, anomalías…

—¡Claro que existen anomalías! ¿No comprende que todo ha sido preparado? Se trata de una intriga que tiene una sola finalidad… Señor Mason, yo me encuentro inmovilizado aquí por

una expedición arqueológica de la mayor importancia y tropiezo con grandes dificultades, pero… Mason, mire lo que voy a hacer. Mi esposa tomará el avión de la noche, que hace escala en El Paso y puede estar en su oficina mañana a primera hora. ¿A qué hora estará usted en el despacho?

—Entre nueve y diez.

—Le ruego, señor Mason, que reciba a mi esposa mañana por la mañana a las nueve. Yo cuidaré de que sea usted retribuido ampliamente, y…

—El abogado de su sobrino es Mortimer Dean Howland.

—¡Howland! Lo único que posee es una voz potente y éste es un asunto en el que se necesita además inteligencia, señor Mason. Se trata… No puedo explicárselo, pero, ¿acepta usted recibir a mi esposa mañana a las nueve?

—De acuerdo, pero quizá no me sea posible hacer lo que yo quiera.

—¿Por qué?

—Tengo otra relación en este asunto y los intereses de las dos partes podrían ser opuestos. Por el momento, todavía no lo sé… Ya hablaré de esto con su esposa.

—Mañana por la mañana a las nueve.

—Conforme.

—Muchísimas gracias.

—Bien —comentó Perry Mason con su secretaria, después de colgar el auricular—, ahora estamos metidos en esto hasta el cuello…

El abogado se interrumpió al oír una llamada en la puerta del corredor. Della Street fue rápidamente a abrir.

La joven que había estado sentada en la Sala 23, al lado de Mason, entró en el despacho.

—Buenas tardes —saludó el abogado—. No se ha mostrado usted demasiado amable conmigo hace un momento.

—¡Oh, señor Mason! Usted me ha colocado en una situación… una situación en la que yo no deseaba encontrarme…

—Porque temí que *usted* me colocara a *mí* en una situación comprometida…

—Bien, ahora, ya sabe quién soy.

—Puedo decir que la conozco de vista… pero no creo que usted

se llame de verdad *Cash*.

—Mi nombre es Marilyn Keith.

—¿Cuáles son sus relaciones con Myrtle Anne Haley?

—¿Es esto un contrainterrogatorio, señor Mason? Yo le pedí que me procurara ciertos informes, pero no deseaba que supiera quién soy.

—¿Por qué?

—Poco importa. Tengo que descubrir necesariamente la verdad… y esto nos lleva a la declaración de Myrtle Haley.

—¿Conocía usted al hombre que resultó muerto en el atropello?

—No.

—Sin embargo, no vaciló en desprenderse de cien dólares de sus economías para enviarme al Palacio de Justicia y poder preguntarme lo que yo pensaba de la declaración que hizo Myrtle Anne Haley.

—Era el dinero de mis vacaciones. En vez de ir a Acapulco iré sólo a… ¡Pero esto importa poco!

—¿Tiene usted el recibo?

Ella lo sacó de su bolso y se lo tendió a Mason, quien la miró a los ojos, mientras decía:

—Pienso que Myrtle Anne Haley mintió.

La joven permaneció un momento sin voz, después recobró el dominio de sus nervios y preguntó:

—¿Mintió deliberadamente?

Mason asintió.

—No repita esto a nadie. Entre nosotros, se trata de una cosa confidencial. Pero si usted repitiera a un tercero lo que acabo de decirle, no le faltarían preocupaciones.

—¿Puede usted… puede usted, señor Mason, explicarme cómo ha llegado a esta conclusión?

—Ella anotó el número de la matrícula del auto en su libreta, exactamente en el lugar adecuado, y…

—Sí, ya oí lo que expuso la defensa —interrumpió Marilyn—. Me pareció bien razonado. Pero, suponiendo que Myrtle haya apartado sus ojos de la carretera, sólo pudo hacerlo un instante, el tiempo de mirar la libreta y asegurar de que…

Mason tomó un lápiz y una hoja de papel:

—Escriba usted la cifra 6, en la parte inferior —dijo a Marilyn

Keith.

Ella obedeció en seguida.

—Ahora, póngase usted en pie, dé una vuelta por la habitación y, mientras anda, trace otro seis.

La joven siguió las instrucciones que le daba el abogado.

—Bien. Ahora compare las dos cifras —dijo Mason.

—No veo ninguna diferencia.

—Déme la hoja y le mostraré la diferencia; pero, mientras, escriba todavía otro seis.

Cuando tuvo la hoja en la mano, el abogado continuó:

—Éste es el seis que usted escribió cuando estaba sentada. Observe que en la circunferencia inferior, el final se une a la vertical. Fíjese ahora en los dos que escribió mientras andaba. En uno el final de la circunferencia se detiene antes de llegar a la vertical y en el otro pasa con mucho. Intente escribir un seis en un auto en marcha y obtendrá uno de estos dos últimos resultados, únicamente hallándose bien sentada e inmóvil será usted capaz de terminar la circunferencia de una manera perfecta. Ahora bien, si usted tuviera ocasión de examinar el GMB 665 que la señorita Haley pretende haber escrito en las condiciones que usted sabe, comprobaría que los dos seises son perfectos. Ella tenía una probabilidad entre un millón de lograr hacerlo dos veces seguidas en un coche que marchaba a gran velocidad y que conducía con la otra mano.

—¿Por qué el abogado defensor no observó esto?

—Quizá no se le ocurrió, o porque pensó que no necesitaba hacerlo.

Marilyn Keith permaneció un momento silenciosa y después preguntó:

—¿Hay aún alguna otra cosa?

—Muchas otras cosas; aparte ese sexto sentido que advierte el abogado que el testigo miente, existe también una cuestión de distancia. Si la señorita Haley pasó al otro coche en el lugar que ella dice y después miró por el retrovisor, como pretende haber hecho, debía atravesar State Highway en el momento en que tuvo lugar el eclipse del faro. Ahora bien, no es verosímil que mirara por el retrovisor mientras atravesaba State Highway.

—Sí, me doy cuenta. Es decir, me doy cuenta ahora que usted

me ha llamado la atención sobre este punto.

—Algo la hizo a usted dudar del testimonio de la señora Haley antes de mis razonamientos, pues, si no, no me hubiera telefoneado. ¿Qué fue?

—No puedo decírselo.

—Bien —replicó Mason—. Usted solicitó mi opinión y me remitió cien dólares por dársela. Ya está hecho.

La joven permaneció pensativa. Después se puso en pie y tendió su mano al abogado.

—Gracias, señor Mason. Usted… es exactamente el hombre que yo me imaginaba.

—¿No cree que sería preferible ahora, que me diera su dirección? ¿O al menos una dirección donde pudiera encontrarla si llegara el caso?

—¡Esto es imposible, señor Mason! Si se supiera que había venido a verle, estaría perdida. Créame, en este asunto están en juego importantes y cuantiosos intereses. Espero, únicamente, no haberle causado muchas molestias.

Mason observó el rostro angustiado de la señorita Keith.

—¿Tiene usted alguna razón personal para que no me ocupe de este asunto?

—¿A qué viene esta pregunta?

—Otra persona podría solicitar mi ayuda.

—¿Myrtle Haley?

—No, si fuera ella, me vería obligado a negársela.

—Entonces, ¿quién?

—No me es posible decírselo. No obstante, si usted posee alguna razón en contra, le ruego que me lo diga.

—Me gustaría saber la verdad sobre este caso, y si usted llega a ocuparse de él, estoy segura de que la descubrirá. Si lo averigua, me tiene sin cuidado por cuenta de quien sea. Por lo que a mí se refiere, queda usted en entera libertad, señor Mason.

Se dirigió a la puerta, y después de despedirse, se fue.

—¿Qué te parece? —Inquirió Mason volviéndose hacía Della Street.

—No miente bien.

—¿Qué quieres decir?

—No se ha desprendido de una parte de su dinero de

vacaciones, sólo para averiguar lo que tú opinas sobre la declaración de la llamada Myrtle.

—Entonces, ¿por qué lo ha hecho, según tú?

—*Creo* que está enamorada y *seguro* que tiene miedo.

Capítulo 6

Al llegar Mason, Della Street le interrogó:

—¿Has visto los diarios de la mañana?

El abogado negó con un movimiento de cabeza.

—El asunto Balfour se resolvió por un *hung jury*. Seis votaron a favor de la absolución y seis en contra.

—¿Y qué sucedió?

—Al parecer, Howland llegó a un acuerdo con el fiscal. La Sala despidió al jurado y rogó a las partes que decidieran la fecha de una nueva vista; entonces Howland se puso en pie alegando que, a su parecer, este asunto costaba demasiado caro al Estado, dada su poca importancia. Se declaró dispuesto a que el asunto fuera sometido al juez Caldwell, actuando sin jurado, con sólo los testigos que ya habían prestado declaración. El fiscal dio en seguida su aprobación y el juez Caldwell acordó que, en estas condiciones, estimaba un deber condenar al acusado, pero beneficiándole con el sobreseimiento. El ministerio fiscal dijo entonces que, teniendo en cuenta el dinero que el acusado economizaba así al Estado, estaba dispuesto a aceptar esta sentencia, siempre que fuera acompañada de una multa. Cuando estuvieron de acuerdo, rápidamente se dictó sentencia: un mes de cárcel con sobreseimiento, y quinientos dólares de multa.

—Esto es una forma expeditiva de solucionar los asuntos —reconoció Mason—. ¿Tenemos noticias de nuestro cliente de ayer, Della?

—No; pero la nueva cliente está en la sala de espera.

—¿La señora Balfour?

—Sí.

—¿Qué impresión te ha causado, Della? ¿La de una mujer que no ha dormido en toda la noche?

—¡Oh! No. Está fresca como una rosa y va elegante y costosamente vestida… En una palabra, dispuesta a que el señor Perry Mason reciba una grata impresión.

—¿Guapa?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué edad?

—Esa edad terriblemente peligrosa que se sitúa entre los veintisiete y los treinta y dos… Imposible precisar más.

—¿Una mujer fiel?

—Muy, muy fiel… Pero no al señor Balfour, sino a la *señora* Balfour; *a la señora* Guthrie Balfour.

—Bien, hazla pasar. Vamos a verla. Es la segunda esposa de Balfour. No tiene ningún parentesco con el joven Ted.

—En efecto. Y arriesgándome, a qué me trates de calamidad, permíteme decirte Una cosa, Perry.

—¿Qué?

—Que va a conquistarte en un momento.

—De ti, ¿no ha abusado?

Por toda respuesta, Della esbozó una mueca expresiva.

—Bueno, hazla pasar —ordenó Mason sonriendo—. Después de este preámbulo, seguramente voy a quedar decepcionado.

—¡Me extrañaría mucho!

Mason se levantó para recibir a su visitante:

—Buenos días, señora Balfour. Me temo que habrá tenido que hacer un viaje bastante fatigoso.

—En absoluto, señor Mason —aseguró con una sonrisa resplandeciente—. En primer lugar, llegué a la una de la madrugada y, además, viajar en *Clipper* es, verdaderamente, la más descansada de las cosas, al lado de lo que tiene que sufrir la mujer de un arqueólogo.

—Siéntese, por favor. Su esposo parecía muy afectado por lo sucedido a su sobrino.

—Es lo menos, que se puede decir.

—Pues bien, parece ser que el abogado del joven ha llegado a un acuerdo con el ministerio fiscal. ¿Ha leído usted el periódico de ésta mañana?

—¡No! ¿Habla del asunto?

—Sí. Tenga. Véalo usted misma.

Mason le dio el diario doblado por el sitio preciso, y la observó atentamente mientras leía. De repente, la señora Balfour lanzó una exclamación de contrariedad y estrujó el diario entre sus manos. Después, pidió excusas mientras se esforzaba por alisarlo.

—No se preocupe, por favor, señora Balfour —dijo Mason—. ¿Qué es lo que le ha contrariado tanto?

—¡Imbécil! No hubieran debido permitir que ese egoísta se ocupara un solo instante de este asunto. Él…

—¿Se refiere a Mortimer Dean Howland?

—¡Claro! ¡Mire lo que ha hecho!

—Me parece que no lo ha hecho del todo mal. En realidad es lo mejor que le podía ocurrir a Ted Balfour. Claro que no siempre se puede conseguir eso. Es necesario encontrarse con un juez comprensivo…

Mason se dedicó a explicar la maniobra a su cliente y ella le escuchó con vivo interés, sin apartar la vista de él. Cuando hubo terminado, ella aclaró sencillamente:

—Existen ciertas cosas que Ted Balfour desconoce, y, por consiguiente, su abogado tampoco podía estar informado de ellas. Addison Balfour…

—¿Quién es?

—El miembro más rico de la familia.

—Yo creía que era su esposo el más rico.

—No. Guthrie posee bastante dinero… En fin, eso es lo que supongo, pues nunca me preocupé de su situación financiera. Dadas las circunstancias, mis preguntas hubieran podido ser mal interpretadas —explicó con una sonrisa nerviosa.

—Siga, se lo ruego. ¿Addison Balfour?

—Addison Balfour está a punto de morir y lo sabe. Hace año y medio los médicos no le daban más de seis meses de vida. Addison es verdaderamente un personaje admirable. Muy rico, excéntrico, con una personalidad poderosa, extremadamente tozudo y que a veces actúa de la manera más inesperada. Pero, una cosa es cierta: si se entera de que Ted ha sido condenado por haber atropellado a un hombre, lo desheredará inmediatamente.

—¿Figura Ted en el testamento?

—Tengo motivos para opinar que sí. Creo que Ted recibirá una importante cantidad en la herencia, pero Addison está muy molesto

contra lo que él denomina la «actitud despreocupada de la joven generación». Ted hizo su servicio militar y ahora se toma seis meses, de vacaciones antes de meterse en los negocios Balfour. Tiene algo del dinero que le legó su padre, además de la fortuna de la que sólo cobra el usufructo. Ted adquirió uno de esos automóviles *gran sport* que alcanzan las ciento cincuenta millas por hora, y Addison se enfureció muchísimo cuando se enteró. Debe usted tener en cuenta que mi marido no tiene hijos, Addisson tampoco, y Ted es el único que puede continuar la tradición y el apellido de los Balfour. Es, por consiguiente, muy importante para su familia.

—Ted no conducía su coche *gran sport* la noche del accidente —hizo observar Mason.

—No. Tenemos varios coches grandes y todos de marcas diferentes. Mi marido es muy inestable, lo mismo mental que físicamente y, contrariamente a la mayoría de la gente que prefieren una sola marca de coche, Guthrie no piensa más que en cambiar. Pero esto nos está alejando de la cosa más importante, Howland debe abandonar este asunto. ¿Sabe por qué Ted recurrió a él?

Mason denegó con la cabeza.

—Compréndame. Mi marido y yo marchamos a Méjico el mismo día del accidente, que se produjo la noche siguiente. Ted tuvo buen cuidado de no informarnos de lo ocurrido, y sólo cuando regresamos a Chihuahua para recoger el correo y reavituallarnos, encontramos una carta del señor Vernon, administrador de la fortuna que Ted debe heredar a su mayoría de edad, que nos ponía al corriente. Guthrie le telefoneó a usted en seguida, ya que debía regresar rápidamente al campamento desde donde va a emprender una expedición muy peligrosa, pero apasionante, en una región muy primitiva.

—¿Fue usted a Méjico en tren?

—Sí. A mi marido no le agrada el avión. En cambio, dice que en ningún sitio reflexiona y duerme mejor que en el tren.

—Sea como sea —aseguró Mason—, ahora el asunto está terminado. Nadie puede hacer nada.

—No es ésta la opinión de mi marido. A pesar de la sentencia dictada, él desearía que usted comprobara la declaración de los

testigos.

—¿Para qué?

—Usted podría hacer anular el proceso y conseguir que se volviera a ver la causa.

—Difícilmente.

—¿Y si se pudiera demostrar que uno de los testigos ha mentido?

—En ese caso, quizás. ¿Usted cree que es así?

—Yo deseo que usted investigue sobre ello.

—No puedo hacer nada mientras Howland sea el abogado de Ted.

—Ya no lo es.

—¿Y él lo sabe?

—Lo sabrá inmediatamente.

—Hay algo más que usted debe conocer.

—¿Qué?

—Ayer, alguien recurrió a mí para que asistiera a la vista.

—¿Quién fue?

—No tengo derecho a decirlo y, además, no estoy seguro de saberlo.

—Pero, ¿por qué, en nombre del cielo, alguien le pidió que asistiera, sencillamente, a la vista?

—Esto es lo que yo me pregunto. Pero por lo que sea, asistí a la causa, por cuenta de un cliente. Esto es lo que deseaba comunicarle.

—¿Y cuál es su opinión sobre el asunto?

—Sobre esto todavía debo mostrarme muy prudente… Llegué a la conclusión de que uno de los principales testigos pudo no haber dicho la verdad.

—¿Un testigo de cargo?

—Sí. La defensa no citó a ninguno.

—¿Y esto le impide a usted trabajar para nosotros?

—Considérelo usted misma. Lo que complica la situación es que Howland pensará que asistí a la vista para quitarle un cliente.

—¿Y a usted le importa mucho lo que pueda pensar Howland?

—En cierto modo, sí.

—Pero, ¿no mucho?

—No, pero me gustaría que Howland se diera cuenta de la situación.

—Yo me encargo de hacérselo entender.

—Pero… fue Ted quien recurrió a él.

—También veré a Ted.

—En este caso usted no tendrá que volver a visitarme hasta que haya aclarado la situación. No quiero mezclarme en ella hasta que Howland haya desaparecido de la escena…

—De acuerdo, pero ahora mismo voy a hacerle un adelanto de honorarios para que las cosas queden en regla —dijo la señora Balfour, sacando un talonario de cheques.

Rellenó uno de ellos por una cantidad de mil dólares. La cuenta corriente figuraba a nombre de Guthrie Balfour, y ella firmó: *p. p. Dorla Balfour*, antes de entregarlo al abogado, declarando:

—Su trabajo consistirá en convencer a Addison de que Ted no está verdaderamente comprometido en este asunto. En realidad, si Addison se molesta con Ted, se pondrá furioso contra Guthrie, al que reprocha dedicar demasiado tiempo a esas expediciones arqueológicas. En resumen, cuando vea usted a Addison, recuerde que hemos recurrido a usted con el fin de proteger los intereses de Ted. Hasta la vista, señor Mason.

Cuando la puerta se cerró detrás de su cliente, Mason se volvió hacia Della Street.

—¿Qué opinas?

—Bonita, ¿verdad?

—Sobre todo, observé la manera que tenía de concentrarse mientras yo le explicaba el asunto.

—¡Se te comía literalmente con los ojos!

—Su rostro expresaba muchísima atención. No dejó, ni por un momento, de hacer trabajar su inteligencia…

—Sí, pero cuando se dirigió a la puerta, como sabía que la mirabas, hizo trabajar intensamente las caderas.

—Tú también la mirabas.

—¡Oh! Sí, y a ella le importaba mucho…, ¡pero la representación no iba dedicada a mí!

Capítulo 7

Eran las diez y media cuando sonó el timbre del teléfono, que no figuraba en la guía. Sabiendo que Della Street y Paul Drake, el director de la Drake Detective Agency, eran los únicos que conocían el número, Mason avisó a su secretaria:

—Yo me pongo, Della.

Descolgó el auricular y lanzó un:

—¡*Hello*, Paul!

La voz del detective privado habló en un tono tan impersonal como si se hubiera tratado de un locutor de radio leyendo estadísticas.

—Perry, te interesas por el asunto Ted Balfour, y acaba de ocurrir algo nuevo.

—¿Cómo demonios sabes que me intereso por él? —preguntó Mason.

—Me enteré de que ayer estuviste en la vista. Este asunto es algo raro y podría ser que estuviera preparado de antemano.

—¿Sí? ¿Y qué es lo que te hace pensar así?

—La víctima ha sido identificada.

—Bien, ¿y esto qué tiene que ver?

—Mucho. Se trata de un tal Jackson Eagan… Cuándo menos éste es el nombre con que se inscribió en el *motel* del Buen Reposo. También es el nombre que dio cuando, aquel mismo día, alquiló un coche.

—Sigue, te escucho.

—La agencia que le alquiló el coche lo recuperó cuarenta y ocho horas después. Quedó estacionado delante del *motel* y la dirección les avisó. Los de la agencia creyeron que se trataba de un cliente que se había largado sin tomarse la molestia de devolvérselo, como sucede de vez en cuando. Como tenían un adelanto de cincuenta

dólares, dedujeron el alquiler de los tres días, y abrieron una cuenta acreedora al cliente, sin comunicarlo a nadie. Por este motivo, la policía ignoraba que un tal Jackson Eagan había desaparecido, ya que los del *motel* tampoco se preocuparon, porque cobraron, asimismo, por adelantado. Ha sido preciso una casualidad para que la policía descubriera la identidad de la víctima, cuya cara, si recuerdas, estaba muy destrozada.

—¿Cuál fue la casualidad?

—En los bolsillos del cadáver no se encontró nada interesante que sirviera para una identificación, sólo algunas monedas sueltas y una llave. No obstante, alguien observó que en la llave figuraba un número, y el policía, que era de tráfico, declaró que debía tratarse de alguna agencia de las que alquilan coches. Efectuóse una pequeña encuesta y se descubrió que la llave pertenecía al auto que había permanecido estacionado durante dos días delante del *motel*.

—¿Cuándo descubrió la policía todo eso?

—Ayer por la mañana, mientras se celebraba la vista. No informaron inmediatamente a la acusación porque la oficina del *attorney* del distrito estimó que no establecería ninguna diferencia capaz de modificar el resultado de los debates.

—Muy interesante —comentó Mason—. Esto explica, tal vez, por qué desea tanta gente, de pronto, asegurarse mi ayuda. Gracias, Paul, y no dejes de tenerme al corriente.

Mason colgó y después explicó a Della la conversación que acababa de sostener.

—Ya me parecía que había algo turbio en todo este asunto —razonó Mason—. Esa mujer, Haley, declaró en falso y nadie actúa así sin un motivo.

—Y muchachas como Marilyn Keith tampoco renuncian a unas vacaciones en Acapulco sin una razón.

—Y mujeres como la señora Guthrie Balfour no entregan alegremente mil dólares a un abogado que no pide nada. Della, ¡creo que vamos a tener jaleo!

Capítulo 8

A las dos menos cuarto la señora Balfour volvía a estar en el despacho de Mason.

—He visto a Ted —anunció—. Todo ocurrió de acuerdo con lo que supuse. Le hicieron beber una droga y perdió el conocimiento. Ignoro quién hizo eso y por qué motivo, pero puedo decirle una cosa.

—¿Cuál?

—No era él quien llevaba el coche. Una joven lo acompañó a su casa… Una muchacha bonita, de cabello castaño, delgada y con piernas magníficas. Cree que podrá identificarla repasando la lista de los invitados en una recepción dada por Florence Ingle.

—¿Quién le ha dado las señas de esa mujer? —preguntó Mason.

—Un amigo mío la vio conducir el auto de Ted, con éste dormido, apoyado en su hombro. Abandonaban el aparcamiento de coches y si alguien fue atropellado por el auto de Ted, la responsable fue esa muchacha que iba al volante.

—¿A qué hora sucedió eso?

—Entre las diez y las once.

—Y cuando Ted estuvo en su casa, ¿qué pasó?

—Para saberlo sería preciso encontrar a esa joven y preguntárselo. Guthrie y yo nos habíamos ido. Además, como sabía que iba a celebrarse aquella velada en casa de Florence Ingle, dije a los criados que podían disponer de la noche; de modo que no había nadie en la casa.

—A la mañana siguiente, ¿se encontró Ted en su habitación?

—Así parece. Me ha dicho que recobró el conocimiento a las cuatro y media de la mañana. Alguien lo desvistió y lo acostó.

—Excepto si lo hizo él mismo.

—En el estado en que se encontraba no parece posible.

—¿No tiene ninguna idea de quién pueda ser la joven en cuestión?

—Todavía no. Ted lo ignora, o no quiere decirlo. También he visto al señor Howland. Le he entregado un cheque por sus honorarios, explicándole que mi marido y yo preferíamos que fuera el señor Perry Mason quien se ocupara de las posibles derivaciones de este asunto.

—¿Y qué le ha dicho Howland?

—Se ha echado a reír y me ha preguntado cuándo había regresado de Méjico. Le he contestado que no veía qué relación podía tener eso, pero que había llegado en avión a las doce y media. Entonces ha reído otra vez, y ha declarado que estaba convencido de que si yo hubiera llegado veinticuatro horas antes, él no hubiera tenido que defender a Ted ante el tribunal.

—¿Estaba disgustado?

—De ningún modo. Dijo, sencillamente, que si el señor Mason hubiera conocido el asunto tan a fondo como él, se hubiera dado cuenta de lo brillante que había sido su estrategia de última hora, pero que estaba encantado de traspasarle el caso. ¡Eso es todo!

—Bien. ¿Qué desea usted que haga ahora? —preguntó Mason.

—Ante todo, que vaya a ver a Addison Balfour. No abandona el lecho, pero le recibirá, pues está de acuerdo. Bastará telefonear para concertar una entrevista. Dijo que le satisface mucho hablar con el célebre Perry Mason.

—En este caso, Della —alegó Mason—, te ruego que telefonees a la secretaria de Addison Balfour y le preguntes si puede recibirme a las tres.

Capítulo 9

Aunque los médicos habían sentenciado a Addison Balfour, éste continuaba siendo el mismo viejo luchador irascible de siempre, de reacciones imprevisibles. La enfermedad podía haber hecho mella en su cuerpo, pero su belicoso cerebro permanecía intacto, y aunque ligado a su lecho, había trasladado las oficinas a su domicilio particular, para poder continuar dirigiendo sus negocios.

El criado que abrió la puerta a Mason, le comunicó que le esperaban y lo condujo hasta el primer piso. Cuando empujó la puerta en la que se leía «Secretaría», se halló en una habitación en la que había una centralita telefónica y dos mecanógrafas que escribían febrilmente en sus máquinas. En una mesa, frente a la puerta, estaba sentada Marilyn Keith.

—Buenas tardes, señorita —dijo Mason como si la viera por primera vez—. Soy Perry Mason y estoy citado con el señor Balfour.

—Un momento, por favor, señor Mason. Voy a avisar al señor Balfour.

Un momento después regresó y espetó unas instrucciones que se sabía de memoria y que debían de resultarle aburridas de tanto repetirlas.

—El señor Balfour le va a recibir en seguida, señor Mason. No se encuentra nada bien y debe guardar cama, pero le horroriza que le hablen de su salud. Por tanto, le ruego que se comporte con toda naturalidad, como si le recibiera en su oficina, pero recordando que está enfermo. Procure ser breve. Puede usted entrar.

Dicho esto le hizo pasar a un vestíbulo, en el cual había una pesada puerta de roble que la secretaria abrió.

El anciano, sentado en el lecho, tenía la apariencia de una estatua de cera. Su rostro aparecía demacrado, pero aunque su voz fuera débil, su barbilla seguía siendo agresiva y su boca firme.

—Entre, señor Mason, y haga el favor de sentarse cerca de la cama. ¿Qué significa esa sentencia contra Ted?

—El abogado que representaba a su sobrino estimó conveniente llegar a un acuerdo con la acusación.

—¿Y cuál es su opinión?

—Todavía no la tengo.

—Entonces, cuando forme una opinión vuelva a verme.

—Muy bien —murmuró Mason levantándose.

—Un momento… No se vaya todavía. Tengo que hablarle. Acérquese más y escuche sin interrumpirme.

Mason se inclinó, de tal modo, que su oreja se encontró a pocos centímetros de los labios finos y pálidos del enfermo.

—Le dije a Dorla, la mujer de Guthrie, que desheredaría a Ted si le ocurría algo con ese auto; pero se trataba de una broma. Ted es un Balfour, y, además, el único que puede perpetuar el apellido. Por consiguiente, sería inaudito que la *Balfour Allied Associated* pudiera tener como dirigente a alguien que no fuera un Balfour. Quiero que Ted se case y tenga hijos, con objeto de poder, algún día, ceder la dirección a un muchacho que será, también, un Balfour. ¿Me comprende usted?

Mason asintió.

—No obstante —prosiguió Addison—, me interesa que Ted sepa cuáles son los deberes y las responsabilidades de un Balfour, jefe de una empresa de tanta importancia.

Mason asintió de nuevo. Balfour permaneció un momento silencioso, y, recobrando el aliento, continuó:

—Los Balfour, señor Mason, no son gente dispuestas a compromisos, sino a la lucha. En cuanto la gente se entera de que uno está dispuesto a discutir, se empeña en poner dificultades. Los Balfour tienen fama de luchadores y quiero que Ted también lo sea. Si dije a Dorla que desheredaría a Ted en el caso de que le ocurriera un accidente fue con objeto de atemorizar a esa mujer, extremadamente interesada. ¿Qué piensa de ella, señor Mason?

—No estoy en situación de decírselo. Es mi cliente.

—¡De ningún modo! Su cliente es Ted. ¿Qué es lo que le ha hecho creer que es ella? Es Ted quien ha recurrido a usted porque Guthrie se lo dijo. ¿Quién firmaba el cheque que ella le entregó?

—Lo firmó ella por poder de su marido.

—Eso es lo que suponía. Ella no le daría ni un dólar de su propio dinero, y sólo Dios conoce lo que puede poseer, pues no ha parado de sacar dinero a su marido. Pero, en fin, eso es asunto de Guthrie. Cuando se tiene dinero, señor Mason, se puede uno casar con una mujer bonita. Pero las personas no son mercancías. Aunque se las compre no puede decirse que sean propiedad de uno. Personalmente, esa mujer no me inspira la menor confianza, señor Mason, ¿me comprende?

—Por ahora, perfectamente.

—Bien. Entonces también comprenderá que esta mañana, al hojear el periódico, me pusiera furioso. Me disponía a llamarle a usted directamente, pero Dorla ya había telefoneado a mi secretaria, y había tomado las disposiciones pertinentes para que usted entrara en escena. Luche hasta el final, señor Mason, sin preocuparse de lo que eso pueda costar. Tiene usted un cheque, ¿verdad?

—Sí. Un cheque que, a primera vista, me pareció más que suficiente.

—Y ahora, ¿qué le parece?

—Simplemente suficiente, pues el asuntó ha cobrado otro cariz.

—De acuerdo. Repito que no se inquiete por el dinero. Usted no es de esos abogados que se contentan con tener un cliente. Sé que usted se empeña en desentrañar la verdad y por eso me agrada. Cuando un Balfour comete un error presenta excusas y repara sus yerros, Cuando está en su derecho, combate. ¡Luche, pues, usted! Pero no repita a Dorla lo que le he dicho respecto a que no tengo intención de desheredar a Ted. Y a Ted menos. Como sea que pronto va a tener que ingresar en el negocio, quiero que se temple. Por el momento, no es todavía un Balfour, sino un chiquillo. Carece de experiencia. Todavía no ha entrado en combate. Este contratiempo le pondrá un poco de seso en la cabeza.

Addison Balfour volvió a callarse para recobrar aliento, y prosiguió:

—En cuanto a Dorla, le repito que no tenga confianza en ella y guárdese mucho de subestimarla. Es inteligente y tremendamente codiciosa. Guthrie todavía no se ha dado cuenta de ello. No le quitemos las ilusiones, pues tiene derecho a ellas, ya que bastante caras las paga. En realidad no está casado con Dorla. Se casó con

una mujer que sólo existe en su imaginación. Cuando, por fin, se despierte y se dé cuenta, se casará con Florence Ingle y entonces será verdaderamente feliz. En este momento es un sonámbulo que vive en sueños. No lo despertemos. Mi estado de salud no me ha permitido educar a Ted. Cuando murieron sus padres, Guthrie y su mujer cuidaron de él. Después la mujer de Guthrie falleció y él se casó con Dorla, que no es capaz de ejercer una buena influencia sobre Ted, ni, dicho sea de paso, sobre nadie. ¡Pero es astuta, terriblemente astuta!

»Le ha sido entregado un cheque de parte de Guthrie, pero es inútil que le envíe su nota de honorarios. Diríjala sencillamente a *Balfour Allied Associated*. Daré instrucciones al tesorero para que le entregue a usted lo que pida. Conozco suficientemente su reputación para saber que no abusará, y usted debe conocer la mía lo bastante para comprender que sería la peor broma que pudiera hacerse a sí mismo… Ahora, señor Mason, voy a dormir. Dígale a mi secretaria que no me moleste bajo ningún pretexto durante media hora. No me dé la mano, pues eso me fatiga. Cierre la puerta al irse. Hasta la vista.

La cabeza de Addison reposó en las almohadas y sus párpados taparon sus ojos de un azul claro.

Mason salió de puntillas.

Marilyn Keith le esperaba en el vestíbulo.

—¿Hace usted el favor de seguirme por aquí, señor Mason?

El abogado se dirigió a otro despacho, mientras le transmitía las instrucciones de Balfour, Marilyn le mostró entonces un teléfono.

—Tenemos orden de no pasar ninguna comunicación telefónica a quien se halle con el señor Balfour. La señorita Street ruega que la llame con urgencia.

En seguida Mason marcó el número de teléfono de su oficina, que no figuraba en el listín.

—Soy yo, Della. ¿Qué sucede?

—Paul está aquí. Desea hablarte. ¿Estás solo?

—No.

—Entonces ve con cuidado en los comentarios que hagas. Te paso a Paul.

—Hola, Perry —exclamó un instante después la voz del detective.

—Hola —respondió Mason sin decir su nombre.

—Los acontecimientos se precipitan en lo que se refiere al asunto Balfour. Han obtenido un permiso de exhumación. Eso ha ocurrido a primera hora de la mañana. Cuando la policía fue al *motel* se enteró de que alguien oyó una detonación la noche del día 19. Éste es el motivo de la exhumación. El *coroner* ha ordenado que se abra el cráneo, cosa que no se hizo antes.

—¿No?

—No. La cabeza estaba en tal estado, que el forense debió considerar que ello no era necesario. Pero se ha hecho así después de la exhumación y han descubierto que el hombre no murió del atropello.

—¿Qué quieres decir?

—Fue muerto por una bala de pequeño calibre.

—¿Estás seguro?

—¡Oh! Sí. La bala se encontraba todavía en el cráneo. La herida estaba disimulada por los cabellos, y el forense, durante la primera autopsia, no la vio. Ponte en su lugar. Todo el mundo creía habérselas con un individuo atropellado por un auto, un accidente de la circulación…

—¿Y ahora?

—¿Necesito explicártelo? Ahora se trata de un homicidio en primer grado.

—*Okey*. Ponte a trabajar.

—¿Qué deseas que haga, Perry?

—Todo. Ya discutiremos esto cuando te vea. Entretanto, comienza.

—De acuerdo, ¿cuál es el límite?

—Ninguno.

—¡Perfecto!

Mason colgó y se volvió hacia Marilyn, que preguntó:

—¿Le ha hablado usted de mí a alguien?

—Nombrándola, no.

—Sobre todo, no lo haga.

—Es que ahora estoy encargado del asunto.

—Ya lo sé.

—Y el caso se está agravando.

—También lo sé.

—Y yo represento a Ted.

—Sí, claro.

—¿Comprende usted lo que esto significa?

—¿Qué quiere decir?

—Que puedo verme obligado a revelar quién conducía el auto.

Ella permaneció un momento pensativa y, después, alzando la barbilla, murmuró:

—Haga todo cuanto pueda ser útil a Ted, señor Mason. Yo era quien lo conducía.

—Entonces, ¿fue éste el motivo por el que me vino a consultar?

—No. Le llamé para ayudar a Ted. ¡Oh! Se lo suplico, señor Mason. ¡Haga lo posible para que no le suceda nada! ¡No quiero decir sólo a causa del coche, sino… de todo!

—Por ejemplo, ¿qué…?

—Ted está sometido a influencias que no son buenas.

—¿Por qué razón no son buenas?

—No se lo puedo decir. El señor Addison es un hombre extraordinario, pero también es un anciano enfermo. Nunca se casó y ahora lamenta no tener hijos. Por eso quería que Ted fuera un segundo Addison Balfour. Pero Ted es joven y su ideal es más elevado que el de Addison. Él sabe apreciar lo que es bueno y noble. Sería una trágica equivocación querer hacer de él un implacable luchador, al estilo de Addison Balfour.

—Usted ha hablado de *influencias*. ¿La de Addison Balfour no es, pues, la única que se ejerce sobre Ted?

—No. También está la de Dorla.

—¿Quiere usted decir que a pesar de estar casada con su tío, ha puesto también los ojos en el sobrino? —pregunto Mason.

—¡Es que tiene unos ojos tan enormes! —observó Marilyn Keith —. ¡Oh! Señor Mason, deseo de todo corazón que pueda usted apartar a Ted de esas influencias, sacándole de este callejón sin salida… Si Guthrie Balfour llegara alguna vez; a sospechar que Ted y Dorla… Bien, usted es abogado y ya sabe lo que son los hombres…

—En vista de lo que me ha insinuado, ¿le extrañaría mucho enterarse de que esto es un asunto preparado de antemano?

—No, y usted pensaría seguramente como yo si conociera a Banner Boles.

—¿Quién es?
—Es un hombre de negocios encargado de defender los intereses de los Balfour y prevenir los peligros. Es muy expeditivo y desprovisto de escrúpulos. Cuando mete la nariz en un asunto enreda las cosas de tal manera que uno no sabe ya por dónde anda. ¡Oh, señor Mason, tengo mucho miedo!
—¿Por usted?
—No, por Ted.
—Usted también está a punto de ser complicada en el asunto —le dijo Mason con simpatía—. Y ahora que represento a Ted, puedo verme obligado a molestarla.
—Si esto ha de ayudar a Ted, no vacile en hacerlo.
—¿Sabe él que fue usted quien le llevó a su casa?
—No me dio esa impresión.
—¿Cómo sucedió?
—Ted se encontraba en el aparcamiento de coches, detrás de la casa de Florence Ingle. No estaba embriagado, sino enfermo, y cuando le vi dar marcha atrás, me di cuenta de que no se hallaba en estado de conducir.
—¿Le habló entonces?
—Le dije, sencillamente, que se apartara para poder ocupar su sitio al volante, y le conduje a su domicilio. Hacia el final del trayecto dejaba caer su cabeza encima de mi hombro, y tuve que apartarle para poder seguir conduciendo. Eso fue lo que me obligó a hacer zigzags, de un lado a otro de la carretera, pero no creo haber atropellado a nadie, señor Mason, porque iba mirando frente a mí y no corría mucho.
—¿Puso a Ted en la cama?
—Me costó enormemente conducirle hasta su habitación. Una vez allí le quité los zapatos y fui a buscar un criado, pero no había nadie en la casa.
—¿A qué hora sucedió eso?
—Mucho antes de lo que dijo Myrtle Haley.
—¿Cómo regresó usted a su casa? —preguntó Mason, que había permanecido un momento pensativo—. Si tomó usted un taxi, podremos quizás encontrar al chófer y determinar la hora…
—No tomé ningún taxi, señor Mason, pues pensé que esto podría perjudicar a Ted. Comprenda usted, una joven sale de la casa

cuándo él estaba solo, en ausencia de los criados… fui por eso a pie hasta la carretera y allí hice auto-stop.

Mason la miró fijamente:

—No veo que pueda haber nada escandaloso en el hecho de que una joven llame a un taxi, desde casa de los Balfour, a las diez y media o las once de la noche.

—Compréndalo, señor Mason. Yo no soy una mujer cualquiera, sino la secretaria de Addison Balfour. Conozco las cláusulas de su testamento. Si él supiera que yo puedo tener intenciones respecto a Ted… o que había estado en el dormitorio de Ted… Señor Mason, se lo suplico, tenga confianza en mí y guárdeme el secreto. Ahora debo dejarle… No me gustaría que las otras empleadas se pusieran a criticar. Vine sencillamente a indicarle desde dónde podía telefonear, y la encargada de la centralita sabe que usted ha terminado hace varios minutos. ¡Hasta la vista, señor Mason!

Al salir de la casa de Addison Balfour, Perry Mason entró en la primera cabina telefónica que encontró y llamó a Paul Drake:

—Paul, aquí Perry. Ahora puedo hablar. Lo primero que has de hacer es arreglártelas para saber dónde se encuentra Ted y retirarlo de la circulación. En cuanto esté hecho, avísame y…

—Querido amigo, andas con retraso. Un cuarto de hora después de que el forense comunicara por teléfono su informe respecto a la bala, la policía detuvo a Ted y nadie sabe dónde lo guarda.

—¿Qué dicen los periódicos, Paul?

—Puedes imaginártelo, Perry. El único heredero de la fortuna Balfour, acusado de haber cometido un crimen que quiso ocultar, simulando un accidente de carretera… ¿Qué harías tú con esta noticia si fueras redactor en jefe?

Capítulo 10

Mason se reintegró rápidamente a su oficina. Antes de haber colgado su sombrero, ya se ocupaba en preparar un plan de campaña.

—Paul —dijo a Drake—, deseo saber todo lo que sea posible sobre Jackson Eagan.

—Comprendo. Si la policía se hubiera ocupado mejor de este asunto, se hubiera dado cuenta desde el principio que se trataba de un asesinato. Vi fotografías del cadáver, Perry, y es imposible estropear, de este modo, la cara de un hombre, en un atropello accidental. Este hombre debió de ser atado a un auto y su cara arrastrada por la carretera. Después, debieron abrirle el cráneo con un martillo de herrero o con algo por el estilo, para que no se pensara que había podido morir de un balazo. Y esto es lo que ocurrió, pues los investigadores supusieron que el individuo había sido atropellado por un coche, que se rompió el cráneo en la carretera y que sus vestidos se habían enganchado al parachoques delantero, por lo que fue arrastrado durante un rato.

—¿Y no puede haber sucedido así? —preguntó Mason.

—No. Es imposible con la bala que el individuo tenía alojada en la cabeza —contestó Drake.

—Bien —replicó Mason—. Entonces, utilicemos un poco nuestros cerebros. La policía se las ha tomado con Ted Balfour, está intentando hacerle confesar y esforzándose en comprobar cómo empleó su tiempo en la noche del 19 de septiembre. Van a someterle a toda clase de presiones para que revele la identidad de la mujer que él recuerda haber visto que conducía el auto. Si lo pensamos bien, podemos conseguir una ligera ventaja sobre la policía, comprobando otras hipótesis que a los investigadores no se les ha ocurrido todavía. Las agencias no alquilan coches sin que se

les presente un permiso de conducir, y por lo general, toman nota de su número. Envía a uno de tus hombres a la agencia en cuestión y mira si nos puede conseguir el número del permiso de Eagan.

Mason hizo una pausa y prosiguió:

—Existe otro punto en el que, quizá, podemos también adelantamos a la policía. No podrán entrar en casa de los Balfour hasta haber obtenido un permiso de registro o la autorización de Ted Balfour. Inspeccionando la habitación de un hombre puede uno enterarse de muchas cosas. Van a examinar sus vestidos en busca de manchas de sangre, de un revólver, etc. Van a hacer esto dentro de unos minutos si no lo están haciendo ya. Por lo tanto, Della, llama en seguida a la señora Guthrie Balfour por teléfono, y tú, Paul, haz que tus hombres se pongan a trabajar.

El detective asintió.

—En seguida estará hecho, Perry. Voy a mi despacho para no acaparar tu teléfono.

—De acuerdo —contestó Mason.

Drake acababa de marcharse, cuando Della Street anunció:

—La señora Balfour está al aparato.

—¡Magnífico! —exclamó Mason—. Temía que hubiera salido. ¿Señora Balfour?

—Soy yo misma, señor Mason, ¿qué sucede?

—El asunto sobre el que hablamos ha adquirido un cariz muy grave y raro.

—¿Cómo? ¿Cree usted que el asunto…? Pero si yo creía…

—El homicidio por imprudencia acaba de transformarse en un caso de asesinato.

—¡De asesinato!

—Sí, pero no deseo hablar de esto por teléfono.

—¿Cuándo puedo verle?

—Espéreme en su domicilio. No salga bajo ningún pretexto. Estaré ahí lo antes posible.

Perry Mason colgó ruidosamente el auricular y ordenó a su secretaria.

—Ven conmigo, Della. Tráete tu bloc y unos lápices.

El abogado daba tales zancadas por el corredor, que Della tenía casi que correr para mantenerse a su altura.

—¿Conoces el camino? —preguntó Della cuando estuvieron

sentados en el auto de Mason.

—Sí. Salimos por la State Highway. El lugar del accidente está situado a una milla, aproximadamente, de la residencia de los Balfour; se habló tanto del lugar ayer, en la Audiencia, que me lo sé de memoria.

—Si se trata de un asesinato —inquirió Della Street—, ¿cómo pueden probar que Ted Balfour está relacionado con él?

—Por el momento, no pueden hacerlo, al menos sólo con los indicios que ayer presentaron en la vista. El único punto en el que pueden basarse es que se utilizó el coche de Balfour para cometer el crimen.

—Entonces…

—Vamos a procurar descubrir nuevos hechos y sacar partido de ellos antes de que lo haga la policía.

—Pero, ¿no es ilegal destruir pruebas en un asunto de esta clase?

—No vamos a destruir nada, sino sencillamente a mirar. Cuando la policía haya dispuesto de nuevos indicios, ya no nos quedará la posibilidad de estudiarlos antes de que el asunto pase al juez.

—¿Y crees que encontrarás allí nuevas pistas?

—Lo ignoro y espero que no. Reflexionemos un poco. Ese hombre fue muerto por una bala de revólver. El cadáver fue mutilado para disimular la herida e impedir su identificación. Después lo llevaron al borde de la carretera y esperaron el momento en que el auto conducido por Ted, que estaba drogado, llegara haciendo zigzags, para lanzar el cadáver debajo de las ruedas.

—¿Por qué hablas como si se tratara de varias personas? —interrogó Della Street.

—Porque un hombre solo no hubiera podido hacer todo eso.

—Entonces, lo que sucedió sencillamente es que «se sirvieron» de Ted Balfour.

—En efecto, y, además, lo drogaron intencionadamente.

—¿Y esa mujer que, según Ted, conducía su auto?

—Debe tratarse de una coincidencia. Puede, también, ocurrir que no sea verdad. Myrtle Anne Haley declaró haber seguido a un auto que iba de un lado al otro de la carretera, y el fiscal omitió preguntarle si quien estaba al volante era un hombre o una mujer, y si había dos o una sola en los asientos delanteros. Es casi seguro que

Myrtle Anne Haley mintió en varios puntos de su declaración, pero esto no quiere decir que sea totalmente falsa. Supongo que escribió el número de la matrícula del auto ya de vuelta a su casa, pero puede haber dicho la verdad al manifestar que seguía a un coche que hacía eses.

—En cuyo caso sería Ted el que conducía el coche.

—Todavía existe otra hipótesis a considerar. Ted pudo haber sido conducido a su domicilio en el estado que ya conocemos y dejado en la cama. Después de lo cual alguien pudo coger su coche y conducirlo haciendo eses, hasta que llegara otro auto cuyo conductor pudiera darse cuenta de lo que ocurría. Una vez efectuado esto, el cadáver de Jackson Eagan habría sido colocado debajo de las ruedas del coche para comprometer a Ted.

—¿Con qué objeto?

—Esto es lo qué tenemos que esforzarnos en descubrir.

Cuando Mason detuvo su auto, con un gran chirrido, ante la casa de los Balfour, se abrió la puerta de la entrada, apareciendo Dorla.

—¿Ha venido ya la policía? —preguntó con ansiedad el abogado, mientras subía los escalones seguido de Della Street.

—¡Oh, no! Gracias a Dios todavía no ha venido —respondió la señora Balfour.

—Pues no van a tardar. No podemos perder un minuto. Vayamos a echar una ojeada a la habitación de Ted.

—Pero, ¿para qué, señor Mason?

—¿Conoce a un hombre llamado Jackson Eagan?

—¿Jackson Eagan? —repitió Dorla Balfour—. No, no creo.

—¿No ha oído hablar nunca de él?

—No. Estoy segura de ello, ¿por qué?

—Porque ése es el nombre del cadáver, por lo menos el nombre con que se inscribió en el *Buen Reposo*. Fue asesinado.

—¿De qué manera?

—De un balazo en la cabeza.

—¿Está seguro de eso?

—La bala estaba todavía en el cráneo cuando exhumaron el cuerpo.

—¡Oh! —exclamó la señora Balfour, mientras terminaba de subir rápidamente los peldaños de la escalera de roble, para preceder a sus visitantes por un largo corredor, al final del cual abrió una

puerta que daba a una espaciosa habitación esquinada.

—Éste es el dormitorio de Ted —indicó.

Mason observó los cuadros que decoraban las paredes: fotografías del colegio, del regimiento y de algunas muchachas. En un rincón había una vitrina que contenía armas, y en otro un armario con palos de golf y dos raquetas. Mason intentó abrir la vitrina de las armas, pero la puerta resistió.

—¿Tiene usted la llave? —pidió a la señora Balfour.

—No —contestó ésta moviendo la cabeza—. Casi nunca entro en esta habitación. Ted debe tener la llave.

Mason examinó un momento la cerradura, y después, sacando una navajilla del bolsillo, trató de abrirla.

—Necesitaría algo para sostener el resorte…

—¿Te serviría una lima de uñas? —propuso en seguida Della Street abriendo su bolso.

—Sí, una lima quizá vaya bien.

Con la ayuda de la navaja y de la lima, logró abrir la puerta. Sin perder un instante el abogado se puso a examinar las carabinas de pequeño calibre.

—¿Qué? —inquirió Della Street mientras él olía los cañones.

—Ninguna de estas armas parece haber sido utilizada recientemente. Claro que podrían haber sido limpiadas…

Al abrir un cajón interior vio una media docena de revólveres y se apoderó de un automático de calibre 22, cuyo cañón acercó a su nariz.

—¿Es ése? —preguntó la señora Balfour.

—Podría ser —respondió el abogado, que volvió a colocar el arma en su sitio y cerró la vitrina haciendo accionar de nuevo el resorte.

Pasó inmediatamente al cuarto de baño contiguo, abrió el botiquín, un armario, y se fijó con todo detalle en los trajes que allí se encontraban colgados.

—¿Hubo un cocktail de despedida, dado en honor de su esposo y de usted, la noche del 19 de septiembre? —preguntó Mason.

Ella asintió.

—Fue allí donde Ted se…

—… se sintió indispuesto —interrumpió ella con tono firme.

—Sí —convino Mason—. ¿Sabe usted qué traje llevaba aquel

día?

—No —repuso ella moviendo la cabeza—. No lo recuerdo.

—Según creo, usted acompañó a su esposo a Méjico, ¿no es así?

—Sí. Al principio su intención era ir solo y que yo no lo acompañara más que hasta la estación de Pasadena-Alhambra. Pero en el último minuto quiso que fuera con él. Le aseguro que eso me contrarió mucho… marcharme sin tener nada que ponerme…

—¡Dios mío! —intervino Della Street—. ¿Partió sin llevarse *nada*?

—¡Ni tan siquiera el cepillo de dientes, señorita! Por suerte llevaba en el bolso una polvera y un pequeño tubo de crema al que recurro siempre para suavizar mi piel cuando el tiempo es cálido y seco… Sólo eso y la ropa que llevaba puesta. Claro que en El Paso pude comprar todo lo que necesitaba, así como otros vestidos en Chihuahua. Mi marido es muy generoso, sobre todo cuando se trata de su violín de Ingres. Se enteró de que se habían llevado a cabo nuevos descubrimientos en el Tarahumare, en Méjico. Los tarahumaras son unos indios muy primitivos que viven en una agreste región de barrancas que son una especie de cañones, pero unos cañones que se prolongan durante centenares y centenares de millas…

—¿Qué es esto? —preguntó Mason apoderándose bruscamente de un paquete, cuadrado y pesado, que encontraba en el fondo del armario.

—No tengo la menor idea… Se diría que una especie de aparato.

—Es un magnetófono —declaró el abogado—, y he aquí algo que se debe conectar con… ¿Es Ted un aficionado a la Alta Fidelidad?

La señora Balfour movió la cabeza.

—Que yo sepa, no, a menos que se trate de una nueva manía, porque a él la música le interesa poco. Lo que le agrada, principalmente, son los deportes al aire libre. El deseaba vivamente acompañar a mi marido a esa expedición y Guthrie estaba casi decidido a llevárselo con él. Finalmente decidieron que se quedara aquí a causa del estado de salud de Addison, a quien no le hubiera agradado verle marchar. ¡Cómo lamento ahora que no haya venido con nosotros!

—¿Estuvo Ted muy contrariado por no ir?

—¡Oh, sí, muy desilusionado!
—Bien —concluyó Mason—. Permítame tratarla con una franqueza brutal, señora Balfour. ¿Tiene usted alguna coartada para la noche del 19 de septiembre?
—¡Claro que sí! ¡La mejor del mundo! Me hallaba en el tren con mi marido.
—Podría suceder que le preguntaran…
El sonido del timbre de la entrada interrumpió a Mason.
—Quizás es la policía —apuntó Mason—. ¿Hay alguna escalera que comunique con el garaje?
—Sí, sí…
—Entonces vamos por detrás. Della, ve a buscar el coche y condúcelo al garaje. Señora Balfour, no diga ni una palabra sobre lo que me llevo. Y ahora es mejor que salga usted a recibirles…
Dorla le dirigió una resplandeciente sonrisa.
—Señor Mason, todos tenemos depositada en usted la máxima confianza.
Salió de la habitación y Della Street murmuró entre dientes:
—¿Es que esa mujer no sabe andar sin contonearse?
—Olvídate de eso por el momento, Della. Toma este paquete; yo me encargo del otro.
—Jefe, ¿tenemos derecho a hacer esto?
—Desde mi punto de vista, sí, y todo depende del punto de vista como se mire.
Descendieron por la escalera del garaje, y después Mason ordenó:
—Da la vuelta a la casa con un aire natural e inocente. Si en el coche de la policía ha quedado algún agente, le sonríes al pasar. Si el auto está vacío podrás ir un poco más aprisa. Después vienes a recogerme aquí y nos iremos en seguida.
Della Street salió del garaje con un paso vivo y enérgico que hizo crujir la gravilla.
—¡Más despacio! —le recomendó Mason.
Ella obedeció y acortó el paso.
Algunos minutos después estaba de regreso, conduciendo el auto.
—¿Era la policía? —preguntó Mason cuando ella se detuvo ante él.

—Sí, un coche radio, pero sin nadie dentro.

—¡Tenemos suerte! —dijo sonriendo Mason.

Abrió la puerta trasera del coche y colocó el magnetófono y él otro paquete en el suelo. Cuando hubo terminado esta operación, subió rápidamente al lado de su secretaria y dijo:

—¡Y ahora, larguémonos!

Della Street dio la vuelta al volante y descendió por la curva de la gran avenida hasta la reja.

—Despacio —le aconsejó Mason—. Toma por la derecha, pues por la izquierda podríamos encontrarnos con otros coches de la policía. A una milla de aquí, gira otra vez a la derecha, por Chestnut Street, que nos conducirá a Sycamore Road.

Después de franquear la verja, Della viró a la derecha, como le había ordenado Perry Mason, que miraba por el vidrio posterior. De repente se volvió rápidamente hacia el parabrisas y se hundió en el asiento.

—¿Qué ocurre? —preguntó Della Street.

—Llegan dos coches de la policía. ¡Me parece que hemos salido con el tiempo justo, querida!

Capítulo 11

Al llegar a su oficina, Mason encontró a Paul Drake jubiloso.

—¡Nos hemos adelantado a la policía en toda la línea, Perry!

—¿Cómo ha sido eso?

—La agencia de alquiler de coches tomó nota del permiso de Jackson Eagan: Z 490553.

—¿Has seguido la pista?

—También en eso tuvimos suerte. Telefoneé a mi corresponsal en Sacramento y en seguida envió a alguien a la oficina de Permisos. El que corresponde a ese número fue entregado a Jackson Eagan, residente en Chico, ciudad que se encuentra a unas doscientas millas al norte de San Francisco, en el valle de Sacramento.

—¿Tienes la dirección?

—No sólo la dirección, sino también una descripción de Eagan, copiada del permiso —respondió el detective consultando sus notas —. Edad: treinta y cinco años; altura: metro setenta y ocho; ochenta y siete kilos, cabello moreno y ojos azules.

—Esto nos va a ayudar —aprobó Mason—. Ahora, Paul, ¿quieres decirme qué es esto?

Mientras hablaba, Mason abrió la tapa del magnetófono.

—Es un magnetófono Hi-Fi, de primera clase con velocidad variable —contestó Drake—. Puede girar de cuatro a diez centímetros por segundo y funcionar durante tres horas con una cinta gigante.

—¿Qué utilidad tienen las diferentes velocidades?

—Es una cuestión de fidelidad de tono. Se utilizan los veinticuatro centímetros por segundo para la música y los diez para la voz humana, pero se obtiene también un resultado satisfactorio con cuatro centímetros.

—Bien. Vamos a escuchar lo que ha registrado esta cinta.

Drake conectó el aparato, esperó un momento a que se calentara y después apoyó el dedo en una de las teclas. Las bobinas de la cinta se pusieron a rodar.

—Se diría que no hay nada registrado —dijo Drake, después de unos instantes.

—Déjalo rodar y así nos cercioraremos bien.

Se sentaron y esperaron un rato en vano. De repente se oyó la voz de una mujer que decía: «… ya estoy harta. No puedo soportar más tiempo a…», y después la cinta siguió rodando en silencio.

Drake manipuló diferentes teclas sin obtener nada más.

—No lo comprendo —manifestó.

—Veamos lo que hay en la otra caja —sugirió Mason.

El detective abrió la caja y sus ojos, de pronto, brillaron intensamente.

—¡Esto sí que es algo!

—¿Qué?

—Un micrófono de pared, o sea un micrófono muy sensible con un sistema de amplificación eléctrico. Se aplica a una pared y los ruidos de una conversación sostenida en la habitación contigua, son recogidos por este micrófono, amplificados y registrados en el magnetófono. Después se coloca uno los auriculares y puede oírse lo que la cinta ha registrado. He aquí la explicación, Perry. Este truco fue utilizado para registrar una conversación, después de lo cual procedieron a borrar la cinta, pero no lo hicieron enteramente bien y subsistieron unas palabras.

Mason permaneció un momento pensativo:

—¿Para qué demonios querría Ted Balfour escuchar en las paredes?

—Quizá para gastar alguna broma —sugirió Drake—, o quizá vigilaba a alguna amiguita.

—O bien a la esposa modelo de su tío —opinó Mason.

—¿Y eso hubiera terminado en asesinato?

—Por lo menos, hasta ahora, ha terminado en un asesinato que endosan a Ted.

En aquel momento llamaron a la puerta que comunicaba directamente al despacho de Mason con el corredor del piso.

—Es mi secretaria —dijo Drake—. Hemos convenido un modo

especial de llamar.

Della Street fue a abrir la puerta. La joven le entregó una hoja de papel en la cual aparecía un mensaje mecanografiado.

—Para el señor Drake, por favor.

—¡Atiza! —exclamó el detective cuando hubo leído el mensaje.

—¿Qué sucede? —preguntó Mason.

—Un telegrama de mi corresponsal en Chico. Escucha esto: «Jackson Eagan, escritor-globe-trotter, muy conocido, residía aquí. Me costó mucho encontrar datos. Habitó algún tiempo en Merced, después partió a Yucatán, donde falleció hace unos dos años. Cadáver conducido aquí para inhumación féretro precintado. Telegrafíe instrucciones».

Drake se pasó la mano por el pelo.

—¡Perry, esto es el colmo de los colmos! ¡Ahora nos encontramos con un asunto en el que la víctima ha muerto dos veces!

—Della —dijo el abogado—. Pásame lo necesario para una solicitud de *habeas corpus* concerniente a Ted Balfour. Me parece que voy a tener que encontrar una combinación jurídica para impedir que los verdaderos elementos de este asunto, puedan ser conocidos.

—¿Y cómo demonios te las vas a componer? —quiso saber Drake.

—Creo que tengo una probabilidad de lograrlo, Paul —repuso Mason sonriendo.

—¿Una contra un millón?

—Yo diría una contra cinco. Y deseemos que tenga éxito, porque, si no, me temo que, en este asunto, la verdad tendrá un carácter tan explosivo que podría poner en marcha una reacción en cadena.

Capítulo 12

El juez Caldwell se sentó, miró al público y dijo:

—Vamos a dictaminar sobre una petición de *habeas corpus* concerniente a Teodoro Balfour. Supongo que esta petición ha sido hecha, sencillamente, por un abogado que, al ver denegada su demanda de hablar con su cliente, recurre, a esta táctica para obtenerla.

Roger Farris, el delegado del *attorney* del distrito, asintió mientras se ponía en pie.

—Sí, señor presidente. Pero ahora hemos acusado al demandado de asesinato de primer grado cometido con premeditación, sobre la persona de un tal Jackson Eagan. Nada se opone, por consiguiente, a que el señor Perry Mason, en su calidad de abogado defensor, pueda comunicarse con su cliente.

—Por lo tanto —declaró el juez Caldwell volviéndose hacia Perry Mason—, supongo que la petición puede considerarse como nula y el acusado puede seguir confiado a la custodia del sheriff.

—No, señor presidente —respondió Perry Mason.

—¿Cómo? —exclamó el juez, extrañado.

—No daremos nuestra conformidad a esta estipulación —persistió el abogado.

—Señor Mason, espero que no pretenderá usted que cuando un hombre ha sido acusado de asesinato de primer grado y detenido por esta causa, pueda ser puesto en libertad por una petición de *habeas corpus*.

—En el caso presente, sí, señor presidente.

—¿Tiene usted ganas de burlarse de la Sala?

—No, señor presidente.

—Entonces, le agradeceré que se explique.

—La Constitución —dijo Mason— prevé que un hombre no

podrá nunca ser objeto de dos procesos por el mismo crimen. Su Señoría tuvo ocasión recientemente de dictar sentencia en lo que se refería a la acción intentada por el ministerio fiscal contra Teodoro Balfour y lo reconoció culpable de homicidio involuntario.

—Ese homicidio fue cometido por medio de un automóvil —replicó el juez Caldwell—, y si lo entiendo bien, ahora se trata de una cosa totalmente diferente.

—Puede tratarse de una cosa totalmente diferente —concedió Mason—, pero no por ello deja de ser cierto que el acusado fue procesado y condenado por haber dado muerte a Jackson Eagan.

—¡Un momento, por favor! —dijo el juez Caldwell a Farris que se alzaba impetuosamente—. Señor delegado del *attorney* del distrito, déjeme ocuparme de esto. Señor Mason, usted pretende que, como el ministerio fiscal había creído a este hombre culpable de homicidio involuntario, cometido en lo que podríamos llamar un accidente de automóvil, y lo ha acusado de ello, ahora no puede perseguirle por asesinato cometido con premeditación y por medio de arma de fuego… ¿No es así, señor delegado del *attorney*?

—Sí, señor presidente —aseguró Roger Farris—. Opinamos que Jackson Eagan fue muerto por una bala de pistola, que habiéndole alcanzado el cerebro le causó la muerte instantánea. Las pruebas recogidas a este respecto son absolutamente concluyentes. La bala, que permaneció en el cráneo de la víctima, fue encontrada al exhumarse el cadáver y comparada por expertos en balística con una arma descubierta en el dormitorio de Teodoro Balfour, el acusado, arma que resultó ser de su propiedad. Los expertos afirman que la bala que causó la muerte a Jackson Eagan, fue disparada con esta arma. Es absolutamente cierto que se intentó hacer creer que la víctima fue muerta accidentalmente por un chófer. Estamos, por consiguiente, dispuestos, si el señor Mason así lo desea, a no mantener la acusaron de homicidio involuntario presentada contra el señor Balfour, a fin de que pueda ser acusado de asesinato en primer grado.

—Yo no deseo nada parecido —declaró Mason—. El procesado fue ya acusado de la muerte de Jackson llagan, reconocido culpable y condenado…

—Un momento, por favor —intervino el juez Caldwell—. La Sala considera que el punto de vista adoptado por la defensa no puede

ser aceptado. Un hombre que ha sido condenado por un homicidio involuntario cometido con un automóvil, no puede pretender que ello le impida ser perseguido por un asesinato de primer grado, cometido con un revólver.

—¿Por qué razón?

—¿Por qué razón? —repitió el juez Caldwell—. ¡Pues porque esto es absurdo y completamente ridículo!

—Señor presidente, en jurisprudencia, generalmente se admite que cuando una persona es acusada, el homicidio involuntario o por imprudencia se halla incluido en la acusación. Dicho de otra manera, si un hombre es acusado de asesinato de primer grado, un jurado puede perfectamente reconocerlo culpable de homicidio involuntario.

—Eso es elemental, señor Mason —declaró secamente el juez Caldwell—, y no tenía usted necesidad de recordar este punto de Derecho a la Sala.

—Estoy convencido de ello, señor presidente. Se deduce, por consiguiente, que si un hombre acusado de asesinato de primer grado es absuelto, no podría ulteriormente volver a ser acusado de homicidio involuntario a propósito de la misma víctima.

—Esto también es elemental y la Sala no tiene tiempo que perder, señor Mason.

—En este caso, señor presidente, me limitaré a recordarles que en el caso Mac Daniels, en el caso Krupa, en el caso Tenner, en el caso Ny Sam Chung y en otros más, la Sala estimó que lo recíproco era verdad y que, si una persona había sido objeto de un proceso por crimen menor, no podía ser inculpada por segunda vez de ese mismo crimen, incluso en el caso de que éste se revelara posteriormente más grave.

El juez Caldwell miró un momento a Mason frunciendo las cejas y después se volvió hacia el delegado del *attorney* del distrito.

—¿El ministerio fiscal tiene algo que replicar?

Roger Farris movió la cabeza.

—No, señor presidente, porque nunca se me hubiera podido ocurrir una cosa parecida. Es absurda y no puede ser tomada en consideración.

—También es éste el parecer de la Sala —aprobó el juez Caldwell—. Y la Sala prefiere equivocarse en este sentido antes que

tolerar que un asesinato, cometido deliberadamente, pueda quedar impune a causa de la técnica jurídica.

—En este caso —replicó Mason—, me permito sugerir a la Sala que sería interesante conocer la opinión del ministerio fiscal sobre el punto siguiente. Si el jurado reconoce al acusado culpable de homicidio por imprudencia y la Sala lo condena a pena de prisión, ¿podrá el ministerio fiscal presentar contra el procesado una nueva acusación relativa a la misma víctima y obtener una segunda condena?

—¡Evidentemente, no! —exclamó Farris.

—Si usted hubiese primero acusado a este hombre de asesinato y el jurado le hubiera declarado no culpable, ¿podría usted, en este caso, acusarlo de homicidio involuntario?

—Depende —respondió Farris, repentinamente cauto—. Eso dependería de las circunstancias.

—Exactamente —respondió Mason sonriendo—. Una vez que un acusado ha sido reconocido culpable y condenado, ha satisfecho el importe exigido por la ley y no puede obligársele a pagar una segunda vez por la misma cosa.

—La Sala va a suspender la audiencia durante una hora —declaró el juez Caldwell—, con objeto de poder estudiar los precedentes citados por la defensa. A primera vista me pareció que su argumentación carecía de base. Pero, después de reflexionar, creo que merece ser examinada con la mayor atención. ¿Supone la acusación que se pueda tratar de una combinación imaginada por el acusado para poder escapar a las consecuencias judiciales de un asesinato cometido con premeditación?

—Lo ignoro, señor presidente —respondió Farris—, y deseo no pronunciarme todavía sobre este punto. Sin embargo, puede parecer ahora extrañamente sospechoso que uno de los testigos, Myrtle Anne Haley, anotara con tanta rapidez y cuidado el número de matrícula del coche del acusado. Sobre todo, si recordamos que la testigo citada está empleada en una filial de la firma *Balfour Allied Associated*. Con toda franqueza, quedamos muy sorprendidos cuando ella vino, espontáneamente, a traermos ese dato.

El juez Caldwell esbozó una mueca y miró a Mason con aspecto pensativo.

—Al parecer nos encontramos en presencia de un juego de

manos jurídico extremadamente hábil. Sin embargo, el representante de la defensa no era el mismo en aquel asunto del chófer…

—Pero el actual abogado de la defensa se encontraba presente en la Sala cuando aquel caso fue juzgado —subrayó Farris—, y parecía interesarse mucho por él.

—Protesto contra esas insinuaciones, señor presidente —se quejó Mason—. Si la acusación puede probar que el demandado se las arregló para ser condenado a propósito de una inculpación menor, conforme… Pero que lo *pruebe*.

—La vista va a ser suspendida con objeto de que la Sala pueda estudiar esta situación excepcional —repitió el juez.

—Ruego a la Sala que permita que pueda hablar con mi cliente durante la suspensión de la audiencia —solicitó Mason—. Desde que fue arrestado, ni yo ni su familia hemos podido cambiar con él una sola palabra.

—De acuerdo —convino el juez—. El sheriff tomará todas las precauciones que crea necesarias, pero el señor Mason queda autorizado a hablar con su cliente, durante todo el tiempo que desee mientras la audiencia esté interrumpida. Ésta queda suspendida y se reanudará dentro de una hora.

Mason se dirigió hacia una habitación que daba a la Sala y le dijo al sheriff:

—Si no tiene usted inconveniente me entrevistaré aquí con mi cliente.

—Muy bien, señor Mason.

El sheriff condujo a Ted Balfour a la habitación donde le esperaba el abogado y volvió a salir cerrando la puerta, mientras Roger Farris, cuyo rostro denotaba consternación, se dirigía apresuradamente a la biblioteca del Palacio de Justicia.

Capítulo 13

Balfour, que era un joven alto, de cabellos ligeramente rizados y con aire preocupado, se sentó frente a Perry Mason, al otro lado de la mesa.

—¿Cree usted que podrá sacarme de aquí sin tener que declarar?

Mason asintió.

—¡Oh! ¡Eso sería maravilloso, señor Mason!

El abogado observó en silencio a su cliente durante un momento. Después aconsejó:

—¿Y si me contara lo que ocurrió verdaderamente la noche del 19 al 20 de septiembre?

Balfour se llevó la mano a la frente.

—¡Dios mío! Eso es lo que yo desearía saber.

—Cuénteme todo lo que sepa —pidió Mason impacientándose—. Ahora no tiene que enfrentarse con la policía. Soy su abogado y necesito estar al corriente de todo.

Balfour cambió de posición, carraspeó y pasó una mano por sus abundantes y negros cabellos.

—Pues bien, tío Guthrie partía para Méjico, a la región de Tarahumare que hasta entonces no había más que entrevisto, por decirlo así. Esta vez, quería alcanzar ciertas barrancas, tan difícilmente accesibles que se suponía lógicamente que ningún hombre blanco las había hallado jamás.

—¿Existen, en verdad, lugares así?

—En esa parte de Méjico, sí.

—Bien, ¿y qué sucedió?

—Dorla debía acompañarle hasta Pasadena, con el único objeto de estar segura de que no le faltaba nada y por si le tenía que dar instrucciones de última hora. Ella debía descender en la estación de Alhambra-Pasadena, pero finalmente mi tío prefirió que hiciera

todo el viaje con él.

—¿Cuánto tiempo llevan casados?

—Algo más de dos años.

—¿Hace mucho tiempo que está usted desmovilizado?

—Cuatro meses.

—¿Ve usted con frecuencia a la señora Balfour?

—Forzosamente, pues vivimos todos en la misma casa.

—¿Es muy amiga suya?

—Sí.

—¿Ha llegado usted a considerarla incluso más que amiga?

—¿Qué quiere usted insinuar con eso? —preguntó Balfour, irguiéndose y con una expresión que pareció reflejar cierta indignación.

—Lo ha comprendido perfectamente, pues esta pregunta es muy sencilla y si se ha indignado por ella deduciré que hay algo de lo que digo.

Ted Balfour pareció encogerse en su silla.

—¡Vamos! —le dijo Mason—. Responda. ¿Le pareció a usted alguna vez que se mostraba demasiado amistosa?

Balfour respiró profundamente.

—No lo sé —contestó.

—¿Cómo es que no lo sabe? —preguntó Mason enfadado—. ¡Sea franco conmigo! ¡Qué diablos!

—No creo que a mi tío Guthrie, ni a mi tío Addison, le gustaran mucho sus preguntas y su comportamiento, señor Mason.

—¡Me tienen sin cuidado sus tíos! Estoy procurando salvarle a *usted* de ir a la cámara de gas. Por eso necesito que me confíe todo cuanto sabe.

—¡La cámara de gas! —exclamó Balfour.

—Claro. ¿Qué cree que hacen con los asesinos? ¿Que se les da un par de cachetes y les suprimen la asignación durante un mes?

—Pero yo… ¡no he hecho nada! No sé quién es Jackson Eagan. ¡Ni lo conozco, ni le maté, ni a él ni a nadie!

Mason miró al joven fijamente a los ojos.

—¿Se mostró Dorla muy amable con usted?

Ted Balfour suspiró.

—Francamente, señor Mason, no puedo responder.

—¿Por qué no puede contestar a esa pregunta?

—Porque no lo sé. Alguna vez llegué a pensar… pero por otro lado, ella… No, la verdad, no puedo asegurar nada.

—¿Qué hacía Dorla algunas veces?

—Pues… en alguna ocasión se le ocurrió entrar en mi habitación sin avisar… Sería diferente si ella fuera verdaderamente tía mía, pero como no somos parientes… Sin embargo, fue sólo una impresión y en realidad no podría decir…

—¿No intentó usted averiguar qué es lo que pretendía? ¿No se le insinuó usted?

—¡No, señor! Siempre la consideré como mi tía y nunca… No obstante, cierta noche en que mi tío Guthrie estaba ausente, ella creyó haber oído un ruido sospechoso en el piso bajo y vino a mi habitación para preguntarme si yo lo había oído. La luz de la luna entraba por la ventana y ella no llevaba más que un camisón transparente… Me dijo que sentía miedo…

—¿Y qué hizo usted?

—Le dije que debía ser cosa de sus nervios y le aconsejé que volviera a acostarse y cerrara la puerta de su dormitorio, ya que todo cuanto había en la casa estaba valorado.

—¿Su tío se mostró alguna vez celoso?

—¿De mí?

—Sí.

—¡Cielos! ¡No!

—¿Es feliz?

—Nunca se lo he preguntado, ni nunca me ha hecho confidencias. ¡La arqueología lo ocupa suficientemente!

—¿No le ha notado usted nunca celoso de nadie?

—Que yo sepa, no. Además, no es hombre que exteriorice mucho sus sentimientos.

—¿No le pidió nunca que vigilara a Dorla?

—¡No! ¡Jamás se le hubiera ocurrido eso!

—Ted, usted posee un magnetófono provisto de un micrófono especial que permite oír a través de una pared. ¿Por qué?

Ted Balfour lo miró estupefacto.

—¡Vamos! ¡Responda! ¿Dónde adquirió ese aparato?

—¡Pero, señor Mason, si no tengo ninguno! ¡Ni nada que se le parezca!

—No mienta. Este aparato estaba escondido en su armario y yo

me lo llevé.

—Entonces, alguien lo puso allí, porque mío no es.

—¿Se da cuenta de que soy su abogado?

—Sí.

—¿Y de que estoy tratando de ayudarle?

—Sí.

—Cualquier cosa que haya hecho debe decírmelo y yo haré todo lo posible por ayudarle. ¿Comprende?

—Sí.

—Pues no tiene que mentirme.

—No le he mentido. Le he dicho la verdad.

—En ese caso volvamos a la noche del 19. ¿Qué sucedió?

—Mi tío quiso que Dorla fuera con él. Es así, dispuesto siempre a entusiasmarse de repente y a cambiar de idea después.

—¿Incluso con las mujeres?

—Creo que cuando murió tía Marta, la familia esperaba que tío Guthrie se casaría con Florence Ingle. Es una mujer encantadora y eran amigos desde hacía mucho tiempo. Pero encontró a Dorla y le gustó.

—Lo comprendo —comentó Mason—. ¿Usted no la llama tía Dorla?

—No.

—¿Por qué?

—Porque ella me rogó que no lo hiciera. Me dijo que eso le daba la impresión de ser… ¡oh!, dijo una palabra muy curiosa.

—¿Cuál?

—Asexuada.

—Por consiguiente, en el último momento, a causa de algo que debió de ocurrir en el tren, su tío no quiso dejarla, en ausencia suya, en la misma casa que habitaba usted.

—¡Oh! ¡De ninguna manera! La llevó con él, sencillamente porque se le ocurrió hacerlo así.

—¿No llevaba ella equipaje?

—No. Tuvo que comprarlo todo en El Paso.

—¿Acompañó usted a sus tíos a la estación?

—Sí.

—¿Quiénes estaban con usted?

—Tres o cuatro íntimos amigos de tío Guthrie.

—¿Sé encontraba entre ellos Marilyn Keith, la secretaria de Addison Balfour?

—Llegó en el último instante con una nota que tío Addison le ordenó que trajera.

—¿Qué ocurrió después?

—Con ocasión de la marcha de tío Guthrie, se había dado un cocktail de despedida.

—¿Dónde?

—En casa de Florence Ingle.

—¿Se interesa ella por la arqueología?

—Supongo que sí. Se interesa por todo cuánto apasiona a mi tío.

—¿Lo conocía ella, antes de que se casara con Dorla?

—¡Oh! Sí.

—Los íntimos de su tío, ¿opinan que debiera haberse casado con ella?

—Eso oí decir.

—¿Es Florence amiga de Dorla?

—Creo que sí, pues siempre la trata con mucha amabilidad.

—Ted, míreme… fijamente a los ojos. Ahora, respóndame: ¿Es Florence amiga de Dorla?

Ted suspiró profundamente y, después, con voz apagada, murmuró:

—La odia.

—Esto ya está mejor. Así que usted abandonó la reunión dada por Florence Ingle para acompañar a sus tíos.

—Sí.

—¿En qué estación tomaron el tren?

—En la estación de la Arcada.

—Después, ¿regresó usted a casa de Florence Ingle?

—Sí.

—Usted me dijo que Dorla debía bajar en la estación de Alhambra-Pasadena, ¿no es así?

—Sí.

—¿Y cómo debía volver aquí?

—En un taxi.

—¿Asistió también Marilyn Keith a la reunión?

—Sí. Cuando Florence Ingle la vio en la estación, la invitó a venir a la fiesta con nosotros.

—¿Habló usted con ella?

—¿Con Florence Ingle?

—No, con Marilyn Keith.

—Un poco… pero no mucho. Es una muchacha simpática y muy inteligente.

—¿Sucedió todo esto después de cenar?

—Sí.

—¿Qué hora era, más o menos, cuando usted regresó a casa de Florence Ingle?

—Con exactitud no lo sé. Las ocho y media o las nueve.

—¿Permaneció allí mucho rato?

—Recuerdo que se bailó un poco, pero la gente empezó a marcharse temprano.

—¿Había muchos invitados?

—Unos veinte.

—¿Conducía usted aquella noche el auto *gran sport*?

—No, tomé uno de los grandes, para poder llevar a mis tíos a la estación, junto con su equipaje.

—Bien. ¿Qué sucedió mientras estuvo usted en casa de Florence Ingle?

—Bebí dos o tres copas, no más. Pero hacia las diez tomé un whisky con soda y en seguida noté que no me sentaba bien.

—¿Qué le sucedía?

—Veía doble y me encontraba muy mal.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Salí a tomar el aire y me fui a sentar en el auto… Después, ya no recuerdo más. Cuando recobré vagamente el sentido, el auto avanzaba y, esto todavía no se lo he dicho a nadie, Marilyn Keith conducía.

—¿Le habló usted?

—Le pregunté qué había sucedido y me dijo que estuviera tranquilo, que pronto me sentiría mejor. Me encontraba tan débil que recuerdo haber apoyado mi cabeza en su hombro antes de volver a perder el sentido.

—¿Y después?

—Después, al despertarme de nuevo, me encontré en mi cama. Eran las cuatro y media de la mañana.

—¿Miró usted la hora?

—Sí.

—¿Estaba usted desvestido?

—Sí.

—¿En pijama?

—Sí.

—¿Recuerda usted haberse desnudado?

—No.

—¿Volvió usted a salir después de que Marilyn Keith le llevó a su domicilio?

—¡Esto es lo que desearía saber, señor Mason! No se lo he dicho a nadie, pero seguramente debí volver a salir aunque no lo recuerdo.

—¿Qué es lo que le hace creer eso?

—Encontré la llave del auto en mi pantalón.

—¿Tiene usted la costumbre de guardarla ahí?

—Sí. Cuando retiro la llave del auto la meto maquinalmente en el bolsillo del pantalón. Pero no creo que Marilyn Keith la dejara allí.

—¿No dejan ustedes las llaves en los coches cuando los meten en el garaje?

—No. Todos tenemos una llave de cada uno de los coches.

—¿Conoce bien a Marilyn Keith?

—La he visto varias veces en la oficina de mi tío. Eso es todo.

—¿No ha salido nunca con ella?

—No.

—¿La encuentra simpática?

—Ahora sí. Pero hasta entonces nunca me había fijado especialmente en ella. Compréndalo, era sencillamente la secretaria de mi tío Addison, que me sonreía al decirme que podía entrar directamente. Después, en aquella recepción, tuvimos ocasión de conocernos más… mundanamente, por decirlo así. Entonces me di cuenta de que era una muchacha muy bonita. Después, cuando me sentí enfermo… ¿Cómo explicárselo, señor Mason? Me apoyé en ella… Debía de resultar muy fastidioso, pero ella se mostró tan agradable, tan dulce, tan abnegada…

—¿Ella lo acostó?

—Sólo me ayudó a subir a mi dormitorio.

—¿Se dio usted cuenta, de repente, de que le resultaba muy

simpática?

—Sí.

—Hábleme ahora un poco más de Florence Ingle… ¿Estaba casada cuando su tío la conoció?

—Sí.

—¿Qué fue de su marido?

—Falleció en un accidente de aviación.

Así que la señora Ingle se quedó viuda. ¿Cuánto tiempo, antes de la muerte de su tía, ocurrió esto?

—Creo que unos seis o siete meses.

—¿Y Florence Ingle intimó en seguida con su tío?

—Sí.

—Después apareció Dorla y se lo quitó.

—Me imagino que ocurrió así, pero verdaderamente no lo sé.

—¿Existe algo más que me pueda resultar útil saber?

—Sí. El cuentakilómetros del coche grande.

—¿Qué pasa con él?

—A la mañana siguiente, marcaba demasiadas millas.

—¿Qué le hizo observar eso?

—Me había fijado en él mientras estábamos en la estación. Era necesario hacer revisar el coche y mi tío me lo recordó. Eso es lo que me hizo fijarme en el cuentakilómetros. Marcaba, exactamente, diez mil millas y al día siguiente sólo hubiera debido indicar unas veinte o veinticinco más, pero señalaba cerca de cincuenta.

—¿Le ha dicho esto a alguien?

—No.

—¿Ni a Howland?

—No, no…

—¿No le contó usted nada de todo esto?

—No, señor. Me dijo que prefería que no le explicara nada hasta que él tuviera necesidad de preguntarme, porque deseaba conducir el asunto basándose, sobre todo, en los errores cometidos por la acusación. Al final, si lo creía oportuno, me llamaría a declarar y en ese caso me haría algunas preguntas, pero no quería saber las respuestas, antes de que fuera necesario.

—Así que usted no le hizo ninguna confidencia.

—No. Le dije sencillamente que no había atropellado a nadie con mi coche.

—Así que, por haber encontrado la llave de su coche en el pantalón y porque el cuentakilómetros totalizaba mayor número de millas de lo debido, usted supone que volvió a salir.

—Sí.

—¿Quién le asegura que Marilyn Keith le llevó directamente a su casa? ¿Quién le dice que ella no decidió ir a algún lugar, con la esperanza de que recobrara el conocimiento, antes de conducirle a su domicilio?

—Claro, esto es posible. No estaba en condiciones de darme cuenta.

—Bien, bien —asintió Mason—. Me ha facilitado usted los datos que deseaba.

—¿Qué va a ocurrir, señor Mason? ¿Me pondrá el juez en libertad?

—No lo creo.

—Señor Mason, ¿cree que… que yo pude matar a ese hombre?

—No lo sé. Alguien tomó un revólver de su vitrina, mató a ese hombre, remplazó los cartuchos disparados y volvió a dejarlo en el mismo sitio.

Ted Balfour se pasó una mano por la frente.

—No puedo explicarme esto. Yo… *espero* con todo mi corazón no haber vuelto a salir…

—Si lo hubiera hecho, no hubiese cogido el revólver.

A Mason le extrañó el silencio del joven.

—¿Supone usted que sí? —preguntó secamente.

—No lo sé.

—¿Llevaba usted ese revólver consigo?

—Se encontraba en el tablero del coche.

—*¿Cómo?*

Balfour movió la cabeza para confirmar lo dicho.

—¿Por qué llevaba ese revólver en el coche?

—Porque tenía miedo.

—¿Miedo de qué?

—Jugué… a las cartas. Perdí más de lo que tenía y me amenazaron. Dijeron que iban a mandarme un matón. Usted sabe lo que eso significa, señor Mason… La primera vez se contenta con pegar una paliza. Después… ¡Después, no queda más remedio que pagar!

La mirada de Mason traslucía su irritación.

—¡Maldita sea! Pero ¿por qué no me dijo todo esto antes?

—Sentía vergüenza.

—¿Confesó usted a la policía que llevaba un revólver de calibre 22 en el coche?

Balfour negó con la cabeza.

—¿Les habló usted de sus deudas de juego?

—No.

—¿Y del hecho que el cuentakilómetros marcaba demasiadas millas? ¿Y que encontró la llave del coche en el bolsillo de su pantalón?

—No, tampoco.

—¿Cuándo cogió el revólver del tablero del coche para colocarlo en la vitrina?

—No lo sé. Y desearía recordarlo. Ésta es otra de las razones que me hacen pensar que volví a salir, en el coche, después que Marilyn Keith me condujo a casa. Al día siguiente el revólver estaba en la vitrina. Marilyn no pudo hacer eso.

Mason frunció el ceño.

—¿Sabe que podría encontrarse en una situación muy desagradable?

—Sí, me doy perfecta cuenta.

—Bien. Entonces, escúcheme. No hable con nadie y no responda a las preguntas que pueda hacerle la policía. No creo, por otra parte, que ahora traten de sacarle más datos. Sin embargo, si lo hicieran, dígales que soy su abogado y que se dirijan a mí.

—¿No confía usted en que el juez me ponga en libertad, a causa del argumento jurídico que usted ha presentado?

—No. Seguramente no.

—Entonces, ¿por qué lo presentó usted?

—Para asustar a la acusación. Ahora saben que llevan el asunto mal enfocado y que en cualquier momento puede causarles un disgusto.

—¡Si al menos pudiera saber lo que ocurrió! ¡Lo que daría por enterarme!… Pero creo que no *pude* matar a aquel hombre. Eso es todo.

—Valor, muchacho, no se desanime. Y no hable con nadie si no estoy presente. Hasta luego.

Al reanudarse la sesión, el juez Caldwell volvió a tomar asiento y la audiencia prosiguió.

—Por muy sorprendente que ello pueda parecer, el argumento jurídico presentado por la defensa no deja de tener su valor —declaró el magistrado—. La Sala ha sufrido una gran conmoción al descubrir que un acusado podrá hallar así el medio de escapar al castigo. No obstante, sea cual sea el texto de la ley, existen dos puntos a considerar. Por un lado, es posible que esta situación haya sido deliberadamente provocada para eludir una acusación de asesinato. El otro punto es que, en mi opinión, corresponde a una jurisdicción superior dictaminar sobre ello. Si concediera el *habeas corpus*, el acusado se encontraría en libertad. Si me niego a tenerlo en cuenta, el asunto será sometido automáticamente a una autoridad superior. Por consiguiente, esta Sala se niega a acceder a la solicitud de *habeas corpus* y el acusado seguirá confiado a la custodia del sheriff.

Mientras Mason abandonaba la sala de la audiencia, el rostro del abogado permanecía impenetrable. En cuanto llegó al corredor, el detective Paul Drake se acercó a él.

—He conseguido averiguar quién adquirió el magnetófono. Di su número al fabricante y me indicó un detallista, quien ha podido darme el nombre del comprador.

—¿Quién es?

—Una tal Florence Ingle. ¿Te dice eso algo?

—¡Ya lo creo! ¿Sabes algo sobre esa mujer?

—Sí, y lo que hemos sabido seguramente te interesará. La señora Ingle ha marchado en avión, aparentemente primero a Miami, y después a Atlantic City. Ahora bien, la persona que se presentó en el hotel de Atlantic City dando el nombre de Florence Ingle no es la misma mujer.

—¿Conoces sus datos personales?

—Florence Ingle tiene unos treinta y ocho años, es morena, más bien guapa, elegante, un metro cincuenta y cinco, 58 kilos, simpática, pero un poco triste. La mujer que se hace pasar por ella se le parece, pero es más gruesa, y no tiene costumbre de frecuentar la sociedad, aunque procure hacerlo creer. Además, ha logrado desaparecer sin que hayamos podido encontrar su pista. Ha dejado en el hotel mucho equipaje, pero como sea que la nota fue abonada

por adelantado, se han limitado a retenerlo.

—Eso importa poco. Lo que deseo saber es si tus hombres han descubierto dónde se encuentra actualmente Florence Ingle.

—Sí. Pero ha costado lo suyo. Comprende, Perry, que…

—Lo sé, lo sé, pero ¿dónde está?

—En el *Misión Hotel*, Riverside, California, con el nombre de Florence Landis, que es su nombre de soltera. Se hace pasar por una viuda rica, llegada del Este.

—¡Ah! ¡Esto sí que es interesante! —exclamó Mason.

Capítulo 14

Después de haber paseado un rato por el vestíbulo del hotel, Perry Mason salió, distraídamente, a la terraza que rodeaba la piscina y se sentó en una butaca de lona, extendiendo voluptuosamente las piernas.

La hermosa mujer morena que estaba tomando un baño de sol, tendida a su lado, observó un instante, de reojo, su perfil viril, a través de sus gafas oscuras. Después, volvió de nuevo la cabeza y se dedicó a contemplar a los nadadores.

—¿Prefiere usted que hablemos aquí o en su habitación, señora Ingle? —preguntó Mason en un tono de conversación normal, sin siquiera volverse hacia la joven.

Ella se sobresaltó, hizo ademán de levantarse, pero se dejó caer otra vez en su asiento.

—Mi nombre es Florence Landis —repuso.

—Ése es su nombre de soltera, con el cual se ha inscrito en el hotel, pero usted se llama, en realidad, Florence Ingle y, oficialmente, está disfrutando unas vacaciones en Atlantic City. ¿Prefiere usted que prosigamos esta conversación aquí o en su habitación?

—No tengo nada que decir.

—Yo opino que sí. Mi nombre es Perry Mason.

—¿Qué desea usted saber?

—Soy el abogado de Ted Balfour y lo que quiero saber es *todo* cuanto usted sabe.

—No sé nada que pueda beneficiar a Ted.

—Entonces, ¿por qué huyó usted tratando de esconder su pista?

—Porque, señor Mason, sé cosas que pueden perjudicar a Ted, y como no deseo hacerlo, preferí desaparecer. ¡No me interrogue, por favor! ¡Le aseguro que lo sentiría usted!

—Lo lamento, pero insisto en saber lo que usted sabe. Soy el abogado de Ted y lo que me diga a mí no es como si se lo comunicara a sus acusadores.

—¿Qué es lo que le ha hecho imaginar que sé algo?

—Cuando un testigo se marcha de repente, deseo descubrir en seguida de qué y por qué huye.

—Bien. Voy a ponerle al corriente. Ted Balfour mató a ese hombre y después procuró que pareciera que se trataba de un accidente de automóvil.

—¿Por qué cree usted eso?

—Porque Ted estaba metido en un lío. El cobra una mensualidad y no puede permitirse sobrepasarla. Entonces, para aumentarla, se puso a jugar, a jugar fuerte, y perdió. No tenía con qué pagar, pero gozaba de crédito, ¿comprende?, y permitieron que se endeudara. Si alguno de sus tíos se hubiera enterado de que jugaba, Ted hubiese sido desheredado…, o al menos eso es lo que él creía. Personalmente estoy convencida de que sus tíos hubieran hecho todo lo posible para que sintiera miedo, pero no le hubieran desheredado.

—Siga —indicó Mason—. Me estoy temiendo que Ted fue a visitarla.

—Sí, en efecto.

—¿Qué le contó?

—Me dijo que necesitaba veinte mil dólares y que si no lograba hacerse con ellos lo pasaría muy mal. Me enseñó una carta relacionada con eso.

—¿Una carta de quién?

—No estaba firmada, pero Ted sabía quién se la había enviado. Le decían que no les gustaban los malos pagadores y que si no liquidaba pronto le enviarían un matón.

—Veinte mil dólares es una suma importante.

—Si no le hubieran empujado a ello, Ted nunca hubiera llegado a contraer semejante deuda.

—¿Le adelantó esa cantidad?

—No. Y ahora lo siento. Pensé que si le ayudaba a salir de aquel aprieto, se apresuraría a volver, a empezar con la idea de ganar para devolverme el dinero. ¡Oh, señor Mason, cuánto lamento no haberle prestado esa cantidad!

La joven se pasó una mano por la frente y prosiguió:

—A Ted aquel asunto le tenía enfermo. Me explicó que llevaba un revólver en el coche y que no vacilaría en utilizarlo, que no se dejaría pegar, pues él reconocía la deuda y sólo solicitaba, sencillamente, algo de tiempo. En efecto, sus padres le dejaron cierta fortuna de la cual sólo cobra los intereses y pensaba poder obtener los veinte mil dólares sobre aquel capital. Pero la persona que administra dicho dinero hasta su mayoría de edad, se hallaba de vacaciones. Ted tenía, por consiguiente, que esperar su regreso.

—Bien —continuó Mason—. ¿Y qué sucedió?

—El muerto debía ser el famoso «matón» —dedujo la señora Ingle—. ¿Comprende? Ted lo mató y procuró hacer creer que el hombre había sido víctima de un conductor.

Mason miró pensativo a la joven.

—Me ha contado todo eso sin hacerse rogar mucho.

—Es la verdad.

—Estoy convencido de ello. Señalé sólo que me lo había contado sin hacerse rogar mucho.

—No me quedaba más remedio, desde el momento que usted había encontrado mi pista.

—Perfecto. Y ahora, dígame la verdadera razón por la cual usted temía tanto ser interrogada.

—¡Le he dicho todo cuanto sé!

—¿Y el magnetófono?

—¿Qué magnetófono?

—El que usted compró… con un auricular de pared.

—Ignoro completamente de qué se trata.

—Vamos, vamos, ¡déjese de cuentos!

—Señor Mason, ¡no tiene usted derecho a hablarme en ése tono! Le estoy diciendo la verdad y cometería usted un error si cree que voy a dejarme intimidar…

Metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta, Mason extrajo una hoja de papel doblada en cuatro y la lanzó sobre las rodillas de la señora Ingle.

—¿Qué es esto?

—Su citación para comparecer como testigo en el caso Balfour. No deje de presentarse a la hora y en el lugar indicado, pues de no hacerlo se verá expuesta a persecución judicial. Siento verme

obligado a llegar hasta esto, pero su actitud me obliga. Hasta la vista, señora Ingle.

Mason se había puesto en pie y ya había dado algunos pasos, cuando ella le volvió a llamar:

—¡Espere! ¡Espere! ¡Por amor de Dios, Mason, no se vaya así!

El abogado se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Le… le diré la verdad. ¡Usted no debe hacerme esto, señor Mason!

—¿Hacerle qué?

—Comparecer en este juicio.

—¿Por qué?

—Porque si usted me obliga a declarar, yo… ¡esto… sería terrible!

—Explíqueme por qué.

Ella levantó hacia él unos ojos asustados.

—¡No me atrevo a decírselo a nadie! ¡No puedo!

—¿Por qué razón?

—Se lo aseguro… No le será de ninguna utilidad, señor Mason, y… sería terrible… *¡terrible!*

—Bien. Ya tiene usted su citación. Nos veremos delante del tribunal.

—Pero, señor Mason, es preciso que no declare. Si digo lo que Ted me pidió que hiciera, si se enteran de que necesitaba veinte mil dólares, y el matón…

—Si usted cuenta eso nadie la creerá —le interrumpió Mason—. Le he entregado una citación para comparecer porque usted trataba de disimular. Era el único modo de obligarle a hablar. Quiero descubrir la verdad y si usted sabe algo que la haya hecho huir así, tomando todas las precauciones para que no la pudieran encontrar, quiero saber lo que es.

Florence Ingle estaba a punto de desfallecer. Después, recobrándose con dificultad, murmuró:

—Venga al bar. Podremos hablar sin dar un espectáculo…

—¿Y confesará la verdad?

Ella asintió con un gesto.

—Entonces, vamos —convino Mason dirigiéndose hacia el bar.

Cuando estuvieron sentados y el camarero se marchó después de haberles servido, preguntó:

—¿Qué me cuenta?

—Señor Mason, he estado tratando de proteger a alguien.

—Ya me lo suponía.

—Alguien a quien amo profundamente.

—¿A Guthrie Balfour? —preguntó Mason.

Durante un instante ella pareció a punto de negar; después, movió afirmativamente la cabeza, mientras sus ojos se humedecían.

—Vamos, ahora dígame la verdad… la *verdadera*.

—Señor Mason, no sé mentir porqué nunca me he visto obligada a tener que hacerlo —inició la señora Ingle, quitándose las gafas oscuras y mostrando al abogado unos grandes ojos negros, en los que se notaba el insomnio y la inquietud.

—¿Qué sucedió?

—Señor Mason, Dorla Balfour es una ambiciosa y una mala mujer que domina a Guthrie Balfour, de un modo que casi calificaría de hipócrita. Ella no es de ningún modo su tipo, pero eso no impide que haga de él lo que quiere como… como si él no pudiera escapar de ella…

—Siga.

—Se lo voy a contar todo, señor Mason. Sólo le pido que me escuche sin interrumpirme, pues es una historia increíble y no me siento particularmente orgullosa del papel que he desempeñado en ella, pero… en fin, esto le explicará muchas cosas.

—La escucho.

—Dorla es, y ha sido siempre, una zorra. Exprime a Guthrie Balfour hasta el máximo, pero en cuanto él parte de viaje, le aseguro que no pierde un solo momento para ir a divertirse con otros hombres… Guthrie comenzaba, a pesar de todo, a darse cuenta y deseaba divorciarse, pero no quería verse obligado a pagarle una fuerte pensión. Ahora bien, dado que Dorla se hubiese mostrado encantada de poder divorciarse si sacaba una buena tajada, era preciso esperar a que ella hiciera todo lo posible para quedarse con la mayor parte del pastel…

—Mezclándola a usted en él asunto, ¿no?

La señora Ingle bajó los ojos.

—¿Sí o no? —insistió Mason.

—Sí —reconoció ella, en voz baja—. Pero nunca existió nada entre nosotros… nada más que una viva simpatía…

—Sólo que usted no podría demostrarlo.

—Ella se lanzaría a toda clase de insinuaciones y el escándalo nos salpicaría…

—Bien, ahora empiezo a comprender mejor. Siga.

—Pues bien, Guthrie partía para Chihuahua. Cuando menos, esto es lo que él le había dicho a Dorla. En realidad, tomó el tren para Los Angeles, pero descendió en la estación de Alhambra-Pasadena.

—¿Que él se apeó del tren…?

Florence Ingle afirmó el hecho con un movimiento de cabeza.

—Pero, ¿no era eso lo que Dorla tenía que haber hecho? —preguntó, extrañado, Mason.

—Sí. Eso formaba parte de un plan elaborado por Guthrie. Cuando el tren se detuvo en la estación de Alhambra-Pasadena, él la besó, le dijo adiós, y volvió a subir a su departamento. Pero en el momento en que el tren se puso en marcha, Guthrie descendió por el lado contrario del andén. Había alquilado un auto sin chófer en una agencia y rogó que lo tuvieran a su disposición en aquel lugar. Por consiguiente, pudo seguir con toda tranquilidad a Dorla cuando ésta tomó un taxi al salir de la estación.

—Así que, si he comprendido bien, el tren volvió a partir sin que ni Guthrie ni Dorla Viajaran en él.

—Exactamente.

—Bien, siga. ¿Qué ocurrió después?

—Guthrie siguió a Dorla. ¡Oh, señor Mason! Yo le había suplicado que no hiciera nada. Le aconsejé, no sé cuántas veces, que encargara aquello a una agencia de detectives privados. Ése es trabajo suyo. Sin embargo, se empeñó en hacerlo personalmente. Dorla lo tenía tan dominado que se hubiera negado a creer lo que sus ojos no hubieran visto. Él sabía que era capaz de hacerle ver lo blanco y negro y deseaba acorralarla con una prueba. Pero quería obtener aquella prueba por sí solo, sin que los demás se enteraran. Ésta es la razón por la que me pidió que le comprara un magnetófono. Quería registrar lo que sucediera después… bueno, después de encontrar al otro hombre.

—Sí. ¿Y qué hizo Dorla?

—El taxi la condujo directamente al «Motel Buen Reposo», donde se encontró con su amante.

—¿Y dónde estaba Guthrie?

—Consiguió alquilar el *bungalow* contiguo al que ocupaba el amante de Dorla. Utilizó el micrófono de pared y pudo así registrarlo todo en el magnetófono.

—¿Estaba usted con él?

—¡Cielos! Eso hubiera echado por tierra todo lo que él intentaba hacer.

—Eso es lo que parecía, pero entonces, ¿cómo sabe todo esto?

—Guthrie me telefoneó.

—¿Desde Chihuahua?

—No… Se lo ruego, permítame contárselo a mi modo.

—De acuerdo, continúe.

—Al cabo de un rato, Dorla salió del *bungalow* diciendo que iba a su casa para que Ted pudiera comprobar que no pasaba la noche fuera, pero que regresaría durante la noche.

—¿Y después?

—Entonces, Guthrie hizo la mayor tontería de su vida. Pensó poder entrar en el *bungalow* contiguo, ver quién era aquel hombre, que se había inscrito con el nombre de Jackson Eagan, enfrentarlo con las pruebas que acababa de obtener y conseguir del otro que le firmara una declaración reconociendo los hechos. ¡Una insensatez!

—¿Y qué ocurrió?

—Ese Eagan se hallaba en el dormitorio, poco iluminado, del *bungalow*. En el momento en que Guthrie entró, lo cegó con una potente lámpara eléctrica que acercó a su cara. Eagan le veía perfectamente y, reconociendo probablemente a Guthrie, temió la ira del marido engañado. Le lanzó una silla entre las piernas, pero Guthrie le amenazó en seguida con el revólver de Ted, que había cogido del coche. Lucharon por la posesión del arma, ésta se disparó y Eagan cayó al suelo. Sólo por la forma en que se desplomó, Guthrie comprendió que el otro estaba muerto. Se dio cuenta en seguida de la situación. Temiendo que alguien hubiera podido oír la detonación, saltó al auto y desapareció a toda velocidad.

—¿Qué más?

—Entonces a Guthrie se le ocurrió una idea. Recordando que nadie, excepto yo, sabía que había abandonado el tren, me telefoneó y, me contó lo que acababa de suceder. Me anunció que

iba a tomar el avión de la compañía para alcanzar el tren en Phoenix, y que telegrafiaría a Dorla para que se reuniera con él en Tucson, ya que de este modo Dorla le proporcionaría una coartada. Me pidió, entonces, que tomara uno de los aviones regulares y que fuera a Phoenix para recoger el de la compañía. El dejaría una nota al mecánico, para que yo pudiera hacerme cargo de él sin dificultad y así nadie sabría nada.

—Sí, ¿y qué más?

—Pues esto hice. Después de regresar con el avión, me ocupé del coche alquilado por Guthrie que él tuvo que abandonar, y lo conduje a la agencia.

—¿Dorla se reunió con él?

—Efectivamente, pero, al oírla, nadie diría que abandonó el tren. Yo sé que es mentira, ya que Guthrie me contó lo que realmente había sucedido. Comprenda, señor Mason, él la hizo ir para que le procurara una coartada. No le contó lo que había sucedido. Era inútil. Cuando Dorla regresó al hotel, aquella noche, halló a su amante, Eagan, muerto.

»Sé lo que en parecidas circunstancias podía hacer Dorla y eso fue, exactamente lo que hizo. Telefoneó a Banner Boles. Cuando un miembro de la *Balfour Allied Associated* tiene un lío, recurre a él. Le pagan anualmente por «arreglar cosas». Boles calculó probablemente que valía más tratar de obtener una acusación de homicidio por imprudencia contra Ted, que ver a Guthrie inculpado de asesinato. Es un hombre increíblemente astuto y hábil. Por consiguiente, se encargó de todo y Dorla partió en avión para Tucson, donde tomó otra vez el tren. Guthrie le pidió que jurara que no se había movido de su lado durante todo el trayecto. Y Dorla indudablemente aceptó, ya que ése era su juego. Así, en adelante, podría explotar a Guthrie a placer. Por lo tanto, no consentiría en divorciarse hasta haber encontrado otro marido rico, después de sacar a Guthrie todo lo posible. Ahora comprenderá por qué debía desaparecer. Si alguna vez la combinación del accidente, combinación en la que, Ted no arriesgaba gran cosa, como la experiencia demostró, llegaba a ser descubierta, era preciso que no pudieran interrogarme.

—¿Y qué noticias ha tenido usted de Guthrie desde que se halla en Méjico? —preguntó Mason.

—Sólo esto —respondió Florence Ingle, tendiéndole un telegrama muy arrugado, que extrajo de su bolso.

Mason desplegó la hoja amarilla y leyó:

> NI UNA PALABRA DE LO OCURRIDO. STOP. DORLA Y YO HEMOS LLEGADO A UN ACUERDO. STOP. PIENSO TODO IRA BIEN EN ADELANTE.
>
> GUTHRIE.

—¿Este telegrama le fue enviado desde Chihuahua?

La joven asintió.

—¿Y después?

—Después, ¡ni una sola palabra! Dorla está con él y sólo Dios sabe lo que es capaz de tramar…

—¿Guthrie Balfour es hombre capaz de permitir que condenen a Ted por asesinato?

—¡Oh, no! ¡Claro que no! Si es necesario, vendrá a contarlo todo. En el fondo, señor Mason, mató en legítima defensa.

—Le costará mucho demostrarlo.

—En fin, señor Mason, ahora lo sabe todo. ¿Qué va usted a hacer?

—No puedo hacer más que una cosa, ya que soy el defensor de Ted Balfour.

—¿Quiere usted decir que va a revelarlo todo?

—Si es necesario, sí.

Ella le miró con rabia.

—Yo he jugado limpio con usted, señor Mason.

—Yo me debo a mi cliente.

—Conforme, pero si me ha tomado por una imbécil, desengáñese, señor Mason. Haga lo que haga, no podrá obligarme a repetir lo que acabo de contarle. Le he puesto al corriente para que pueda maniobrar de la mejor manera posible. ¡Pero comprenda que trabaja para los Balfour! Son muy ricos. Podrá usted hacerse pagar honorarios como nunca…

—Le di mi respuesta —cortó Mason poniéndose en pie.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Cuál es su respuesta?

—El papel que ha guardado en su bolso y que la cita a comparecer como testigo de la defensa en el caso Balfour.

Capítulo 15

—Tenemos complicaciones —anunció Della Street cuando su jefe llegó a la oficina.

—¿Qué clase de complicaciones? —preguntó Mason.

—No lo sé, pero Addison Balfour ha telefoneado.

—¿Personalmente?

—Sí.

—¿Qué deseaba?

—Me dijo que el asunto se complicaba y que el imperio Balfour se hallaba amenazado. Cuenta contigo para todo lo necesario y ha anunciado que su brazo derecho, Banner Boles, vendrá a verte pronto para que actuéis juntos.

—¿Te ha revelado la naturaleza de las «complicaciones»?

—No.

—Entonces no nos queda más que esperar a Banner Boles.

—¿Y Florence Ingle? —quiso saber Della Street.

—Tuve una breve entrevista con ella.

—No pareces haber quedado muy satisfecho.

—En efecto.

Sonó el teléfono. Della Street cogió el aparato.

—Sí… un momento, señor Boles, voy a ver si está.

Cubrió el auricular con la mano, pero no tuvo necesidad de decir nada a Mason, pues el abogado había descolgado ya el aparato de su mesa.

—Sí… Perry Mason al aparato.

—Aquí Banner Boles, señor Mason —explicó una voz cordial al extremo del hilo—. ¿Le ha telefoneado, respecto a mí, el señor Addison Balfour?

—Acabo de llegar ahora mismo a mi oficina, pero creo, efectivamente, haber oído decir a mi secretaria que había

telefoneado.

—Necesito verle, señor Mason.

—Pues bien, venga en seguida.

Hubo una pausa y después Boles continuó:

—Se trata de un asunto bastante delicado, señor Mason.

—Lo supongo, y no podemos discutirlo por teléfono.

—Ni en su oficina.

—¿Por qué no? —inquirió extrañado Mason.

—Nunca acostumbro a discutir asuntos de esta índole en el despacho de otro.

—¿Y por qué razón?

—Porque podría haber colocado algún micrófono.

—¿Yo?

—Cualquiera.

—Bien. En ese caso, ¿dónde desea que nos encontremos?

—En terreno neutral —respondió Boles con un tono que restaba toda animosidad a sus palabras—. Le voy a decir lo que haré, señor Mason. Subiré a buscarle y saldremos juntos. Caminaremos durante todo el tiempo que plazca y, cuando nos detengamos, pararemos el primer taxi que pase. Dentro del taxi celebraremos nuestra verdadera entrevista.

—De acuerdo, como usted desee —asintió Mason. Después de colgar el auricular, anunció a su secretaria:

—El señor Boles va a venir a buscarme porque teme que nuestra entrevista no sea, aquí, suficientemente secreta.

—Jefe, temo mucho que esa gente te va a hacer objeto de alguna jugada sucia si no accedes a lo que piden. Son poderosos y sus intereses están seriamente amenazados.

—Estoy de acuerdo contigo —reconoció Mason, mientras paseaba despacio por su despacho.

—Te enteraste de algo por la señora Ingle, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué fue?

—Déjame reflexionar un momento —pidió Mason.

Siguió paseándose durante unos minutos, y después dijo:

—Deseo saber todo lo que sea posible sobre ese Jackson Eagan.

—¡Pero si está muerto!

—Eso no impide que yo desee informarme a fondo sobre él. Por

el momento sólo poseemos las indicaciones que figuran en su permiso de conducir y las telegrafiadas por el corresponsal de Paul. Una insignificancia. Deseo saber cómo vivía ese hombre, quiénes eran sus, amigos, cómo murió, dónde lo inhumaron, quién asistió a su entierro… En fin, todo lo que pueda saberse de él.

—Murió en Yucatán, Méjico —recordó Della.

—Drake debe descubrir quién reconoció el cadáver y hacerse con una fotografía del permiso de conducir de Eagan, ya que deseo comparar las huellas dactilares que figuran en él con las del muerto.

Della Street se sentó ante la máquina de escribir y anotó la relación de los datos que el abogado deseaba obtener.

—Voy a llevarle todo esto en seguida a Drake.

—No. Manda a una de las chicas. Deseo que estés aquí cuando llegue Boles. Obsérvalo en la sala de espera y dame tu opinión antes de que entre aquí.

Della Street se llevó la lista que acababa de escribir a la oficina de las secretarias, y regresó momentos después.

—He enviado a Gertie a la oficina de Drake. Boles llegó mientras me hallaba allí. Le he dicho que iba a anunciarle.

—¿Qué clase de tipo es? —preguntó Mason.

—Bastante alto y guapo, cabello negro y ojos de un azul muy intenso, elegante y, al parecer, muy seguro de sí mismo. Estoy tentada de definirlo: con aspecto de diplomático.

—Sí —asintió Mason—. Los asuntos que tiene que resolver por cuenta de las empresas Balfour deben requerir, efectivamente, mucha diplomacia y ductilidad. Bien. Hazle pasar, Della. ¿Lleva una cartera en la mano?

La joven negó con la cabeza.

—Está bien. Dile que pase.

Della Street fue a buscar a Boles, quien esbozó una amplia sonrisa desde el umbral de la puerta y estrechó después afectuosamente la mano del abogado.

—Siento complicarle así la existencia, señor Mason, pero usted sabe lo que es un oficio como el mío… ¿Salimos?

—Sí, si usted insiste, pero le puedo asegurar que en este despacho estamos a cubierto de toda indiscreción…

—No lo dudo, pero prefiero que salgamos.

—Veo que no lleva usted cartera.

Boles se echó a reír.

—¡Oh, es usted astuto, Mason! Confieso haber recurrido alguna vez al truco del magnetófono disimulado en una cartera de cuero, pero no me arriesgaría a ello con un hombre de su habilidad. Cuando tengo que tratar con gente como usted prefiero ser franco. No desearía que usted registrara nuestra conversación, y no voy a hacerle la misma jugada…

—Es natural —aprobó Mason, antes de volverse a su secretaria —. Della, estaré de regreso hacia las… ¡Maldito reloj! ¿Qué hora es, Boles?

En seguida éste consultó su reloj de pulsera.

—Las tres menos diez.

—Su reloj retrasa.

—No, no. Son exactamente las tres menos diez.

—Pero si su reloj marca las doce y media.

—¡Oh, no, de ninguna manera! —exclamó Boles echándose a reír.

—Sí, sí; enséñemelo, por favor.

—Le aseguro a usted que se engaña —afirmó Boles, dejando súbitamente de reír.

—Entonces, escoja usted —amenazó Mason—. O me permite ver su reloj o no habrá entrevista posible.

—Bien, de acuerdo —dijo Boles, quitándose el reloj de pulsera, conectado al cual salieron de su manga dos hilos—. Hubiera debido imaginarme que no me sería posible engañarle tan fácilmente.

—¿Ningún micrófono más? —preguntó Mason—. ¿Detrás de su corbata, quizás?

—Mire usted mismo.

Mason alzó la corbata de su interlocutor, después palpó el interior de su chaqueta y extrajo un minúsculo magnetófono. Dijo:

—Retiremos la batería y me sentiré más tranquilo.

—Vamos a hacer algo mejor —propuso Boles—. Guárdeselo en su bolsillo ya que yo llevo el micro que parece un reloj.

—Perfecto —convino Mason—. Y ahora, salgamos.

—¿Por qué lado desea usted ir? —preguntó Boles cuando estuvieron en la calle.

—Por donde usted prefiera.

—No, escoja usted.

—Entonces, vayamos por esta calle.

Anduvieron unos doscientos metros, y, después, Mason se detuvo de repente.

—Bien; ahora cojamos el primer taxi que pase.

Se vieron obligados a esperar dos o tres minutos antes de encontrar uno que estuviera libre.

—¿A dónde vamos? —preguntó el chófer mientras los dos hombres se sentaban detrás.

—Siga esta calle y después paseemos por lugares tranquilos. Vamos a cerrar el vidrio de separación, porque tenemos que hablar.

—Entonces, ¿les da lo mismo un sitio que otro? —insistió el chófer.

—Sí. Vaya por donde quiera hasta que le avisemos.

El chófer cerró el vidrio y los dos hombres se encontraron así aislados, en la parte trasera del auto. Mason se volvió, entonces, hacia Boles.

—Bien. Ahora ya puede hablar, le escucho.

—Por regla general, estoy encargado de lubricar los engranajes para que los asuntos Balfour sigan marchando sin tropiezos —explicó Boles—. Guthrie Balfour me telefoneó rogándome que tomara el avión para entrevistarme con él en Chihuahua.

Mason asintió con la cabeza.

—Lo que voy a decirle ahora —prosiguió Boles— es absolutamente confidencial y no deberá usted repetirlo a nadie.

—Cuando usted me habla —contestó Mason—, se dirige a un abogado encargado de defender los intereses de su cliente. Por consiguiente, no puedo prometerle nada.

—Sí, pero —subrayó Boles, con un tono de mal augurio— no olvide usted que está pagado por el consorcio Balfour.

—Me pagan para defender a un cliente. Quien me pague, poco importa.

Boles le miró, silenciosamente, durante un momento:

—¿Es que eso cambia la situación? —preguntó Mason.

—Voy a confiarle ciertas cosas —respondió Boles—. Si es usted listo hará lo que le digo. Si intenta actuar de otra manera, le puede costar caro.

—Bien. ¿Cuál es su historia?

—No debe repetir ni una sola palabra de lo que voy a decirle a

la señora Guthrie Balfour.

—Ella no es cliente mía, pero insisto en no prometer nada.

—Conforme. Adelante. A usted le interesa poseer datos sobre Jackson Eagan, ¿verdad?

—Es cierto. Estoy buscándolos.

—Pues bien —dijo Boles metiendo la mano en el bolsillo de su chaqueta—, éste es el permiso de conducir de Jackson Eagan. He aquí el duplicado del contrato que firmó al alquilar el auto, el recibo que le entregaron en el *motel* Buen Reposo, una cartera con sus documentos de identidad y unos doscientos setenta y cinco dólares. Aquí está un juego de llaves y un hermoso reloj de pulsera, con el cristal roto. El reloj no anda y se paró a la una treinta y dos.

Boles alargó todos los objetos a Mason, quien preguntó:

—¿Qué debo hacer con esto?

—Guárdeselo en el bolsillo.

El abogado vaciló un instante y después obedeció.

—¿De qué manera ha obtenido todo esto?

Boles lanzó una ojeada al chófer, que se ocupaba únicamente de conducir, y continuó:

—La *Balfour Allied Associated* constituye un importante consorcio de empresas, pero las acciones se encuentran por entero en manos de la familia y sus miembros no poseen casi más que esas acciones. Entre los Balfour se pone todo en el consorcio, que lo devuelve generosamente.

Mason movió la cabeza y Boles prosiguió:

—Siendo abogado, debe comprender lo que esto significa. Si sucediera algo y un extraño a la familia consiguiera que se sometiera a juicio a uno de los Balfour, las acciones de este Balfour podrían ser confiscadas. En este caso, a menos que la compañía encuentre el medio de establecer un arreglo, existiría un accionista que no formaría parte de la familia, y esto no lo desea nadie.

—¿En quién piensa usted al emitir esta hipótesis? —preguntó Mason.

—En Dorla Balfour.

—Explíqueme eso.

—Addison Balfour es el cerebro de toda la empresa —explicó Boles—. Teodoro, el padre de Ted, era su brazo derecho, pero Guthrie no vale gran cosa para los negocios. Cuando Guthrie se casó

por segunda vez con una mujer como Dorla, es natural que Addison se sintiera consternado. Asistió a la boda, presentó sus felicitaciones, besó a la recién casada y después empezó a constituir una especie de fondo especial para el día que fuera necesario desinteresar a Dorla.

—Siga —dijo Mason.

—Pero Dorla no fue lo bastante inteligente para saber esperar. Se dedicó a engañar a su marido. Le ahorraré detalles. Naturalmente, aunque no se atrevía a esperar una cosa de esta naturaleza, Addison había tenido en cuenta tal eventualidad y me había encargado que vigilara a Dorla. Me dedicaba a recoger pruebas suficientes para liberar a Guthrie de esa aventurera, cuando éste, que ya estaba sobre aviso, empezó a reunir por sí mismo las pruebas. Si al menos se le hubiera ocurrido la idea de venir a verme, hubiese podido enseñarle fotografías de registros de *moteles* donde Dorla y Eagan se habían encontrado docenas de veces. Pero, como un insensato, Guthrie quiso actuar solo. Habiendo decidido efectuar ese viaje a Méjico, dijo a Dorla que le acompañara hasta la estación de Pasadena-Alhambra, con objeto de que, creyéndolo en el tren, ella se confiara.

—¿Y todo fue bien? —preguntó Mason, sin dejar de traslucir nada.

—¡Admirablemente! Mientras ella bajaba del tren Guthrie hacía lo mismo por la parte contraria, y pudo seguirla con ayuda de un coche que había tomado la precaución de alquilar. Dorla sólo tenía un deseo: reunirse con su amante Jackson Eagan en el *motel* Buen Reposo. Después de permanecer con él en uno de los *bungalows* del *motel*, Dorla volvió por unas horas, a su casa con objeto de engañar a Ted. Al seguirla, Guthrie se había preparado para cualquier eventualidad, pero tuvo la suerte de que el *bungalow* contiguo al ocupado por Eagan se hallara libre. Guthrie poseía un magnetófono muy sensible, que aplicó contra el tabique de separación. Además, un dispositivo especial le permitía escuchar los ruidos recogidos por este micro, a medida que el magnetófono los registraba.

De nuevo Mason movió la cabeza para demostrar su atención.

—Puede usted suponer lo que debió oír. Después Dorla se fue en el auto de Jackson Eagan, para un viaje de ida y vuelta a su casa. Entonces fue cuando Guthrie cometió la más burda de las tonterías.

El poseía, en su magnetófono, todas cuantas pruebas podía necesitar, pero quiso intervenir directamente para desempeñar el papel de esposo ultrajado a los ojos de Jackson Eagan y obtener de éste que le firmara una especie de confesión. Sin embargo, cuando entró en el *bungalow* contiguo, Eagan lo cegó proyectando sobre él una potente lámpara eléctrica, y llegaron a las manos. Guthrie llevaba consigo un revólver calibre 22, que había cogido del tablero del coche de Ted, al dirigirse a la estación. Durante la lucha, el revólver se disparó y Eagan se desplomó con un balazo en la cabeza. Guthrie sufrió entonces un ataque de pánico y, precipitándose fuera, me telefoneó desde la primera cabina que encontró en el camino. Me contó que se hallaba en el *motel* Buen Reposo, y qué estaba en un grave apuro. Le aconsejé que me esperara y me reuní con él en seguida. Guthrie está sentado en su auto de alquiler, temblando como una hoja, y me costó bastante hacerle explicar lo que había ocurrido, pero, al fin, lo conseguí.

—¿Qué hizo usted entonces? —preguntó Mason.

—Lo único que se podía hacer. Todo el mundo creía que Guthrie se encontraba en el tren, camino de Chihuahua. Nadie sabía que había descendido del tren. Le aconsejé que volviera a tomarlo en Phoenix, utilizando el avión de la compañía, que yo iría a recogerlo después. Así lo hizo.

—¿Sabe pilotar un avión?

—Claro, y llevaba encima una llave del hangar. Por consiguiente, por su parte, todo marchaba sobre ruedas. Yo me encargaría de lo demás.

—¿Qué hizo usted?

—¿No lo sospecha usted? —insinuó Boles con una sonrisa—. Saqué el cadáver del *motel* y lo até a mi auto para arrastrar su cara por el suelo. Después le hundí el cráneo para disimular su herida. Afortunadamente, ésta había sido causada por un arma de pequeño calibre y no había habido hemorragia. La poca sangre que manó había sido absorbida por la alfombra de la habitación. Me llevé la alfombra a mi auto y después la quemé. La remplacé en el *bungalow* de Eagan por la que se encontraba en el que alquiló Guthrie. Cuando me hallaba en plena tarea llegó Dorla.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Le dije que me habían encargado de vigilarla, que lo sabía

todo y que había registrado en el magnetófono la prueba de su infidelidad. Pretendí haber obtenido un reconocimiento de los hechos firmado por Jackson Eagan, pero que, después de habérmelo entregado, éste me había atacado y me vi obligado a matarlo en legítima defensa. Le dije después, que ella tenía que ayudarme a disponer el cadáver de manera que pareciera víctima de un accidente de circulación, después de lo cual tomaría él primer avión para Tucson y subiría en el tren en que iba Guthrie. Contaría a su marido que mientras conducía, después de haber bebido con exceso, había atropellado a un hombre. Le rogaría que la protegiera, pretendiendo que en el último instante le había pedido que siguiera viaje con él y que, por consiguiente, desde entonces no se habían separado. De esta manera, no sólo Dorla se encontraba comprometida hasta el cuello en esta historia, sino que le hacía creer que Guthrie no había abandonado el tren y que yo era el único que sabía lo que había ocurrido en su ausencia.

—¿Fue ella quien le ayudó a simular el accidente? —preguntó Mason.

—Sí. Escondimos el cadáver en un lugar adecuado y después le dije a Dorla que esperara en casa a que Ted volviera con el auto. Por suerte, estaba completamente borracho. Marilyn Keith le había ayudado a llegar hasta su habitación y, me imagino, a meterse en la cama.

Marilyn es una muchacha con sentido común. No llamó a un taxi desde la casa, sino que fue a la carretera y regresó haciendo auto-stop. De este modo, nadie podía saber que había estado, por la noche, en la habitación de Ted y sola con él. Voy a hacer que le aumenten el sueldo cuando se termine esta historia.

—¿Y después?

—¡Oh! Después ya no quedaba más que perfilar los detalles. Dorla tomó el auto y pasó por encima del individuo que coloqué delante de las ruedas. Dejamos algunos indicios y después devolvió el coche al garaje. AI día siguiente telefoneé a la policía, sin dar mi nombre, para que se dieran una vuelta por el garaje de los Balfour. Y fue entonces cuando esa zorra de Dorla me engañó. Yo me las había arreglado para que todo pareciera indicar que era ella la que conducía cuando ocurrió el accidente. Pero antes de partir para Tucson colocó la llave del auto en el bolsillo de Ted. Éste dormía

como un leño. La joven Keith lo había acostado en la cama, quitándole sólo los zapatos. Dorla lo desnudó completamente, le puso su pijama y, después, lo arregló todo para que él creyera que había vuelto a salir aquella noche y había sido el causante del accidente. Creo ahora, Mason, que se ha hecho cargo de la situación y que comprende lo delicada que es.

—Una pregunta —formuló el abogado—. ¿Qué papel desempeña en todo esto Myrtle Anne Haley?

—Un papel imaginado por completo. Me encontraba con un cadáver en las manos y quería estar seguro de que Dorla fuera declarada culpable de ser autora del atropello, a menos que ella convenciera a Guthrie de que le proporcionara una coartada. De este modo ella hubiera estado completamente en nuestro poder. Pero Ted habló demasiado cuando le interrogaron y Dorla consiguió convencer a Guthrie, de modo que fue Ted el que tuvo que pagar los platos rotos. Yo no había previsto aquello, pero Ted hubiera podido salir con bien de todo ello, si ese imbécil de Howland no lo hubiera estropeado todo. Yo tenía a Myrtle Anne, una muchacha que trabaja para el consorcio Balfour y que, si no es excesivamente lista, por lo menos es muy fiel a la casa. Ya me había servido en otras ocasiones, y por mil dólares estaba dispuesta a afirmar todo lo que yo le dijera que contara. Reconozco que hice una tontería. En vez de pagar a Howland por días, concerté con él una suma global. Por eso se las arregló para terminar el asunto cuando se le presentó la primera ocasión. Bien, ahora ya lo sabe usted todo, amigo.

—¿Y qué espera usted de mí? —quiso saber Mason.

—Usted ha empezado ya muy bien, empleando ese punto débil de la ley. Siga por ese camino, aferrándose al argumento de que no puede condenarse a nadie dos veces por el mismo crimen. Encuentro eso excelente y ésta es también, la opinión de un hombre de leyes a quien he consultado. Me ha dicho, además, que es usted un maestro y que, apoyándose en eso, conseguiría incluso impedirles que presenten las pruebas que poseen.

—Quizá no me sea posible.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que el juez puede declarar esta argumentación no válida y el *attorney* del distrito lanzarse a fondo a un nuevo proceso.

—Sí, claro. En este caso usted permanece pasivo. Se queda

sentado dejándoles que hagan lo que quieran, negándose a proceder al contrainterrogatorio de sus testigos y no citando, por su parte a ninguno. Se mantiene firme en su única argumentación de que no se puede ser juzgado dos veces por una misma ofensa. De esta manera, si el jurado acuerda un veredicto de culpabilidad, se hallará en condiciones de recurrir al Tribunal Supremo, pretextando que su cliente ha sido juzgado dos veces por la misma cosa.

—¿Está usted indicándome cómo debo conducir este asunto? —dijo Mason, en tono seco.

Hubo un silencio, durante el cual los ojos azules de Boles adquirieron una dureza de acero.

—Sí. Somos nosotros los que le pagamos, ¿no?

—Quizá son ustedes los que pagan, como dice, pero soy yo quien está encargado de defender a mi cliente. Ahora bien, suponiendo que el Supremo confirme la sentencia dictada, el joven Balfour se encontraría condenado por asesinato.

—Incluso si llegara ese caso, sería mejor que condenaran a Ted por asesinato de segundo grado[4], que ver a toda la familia Balfour anonadada por el terrible escándalo de un asesinato de primer grado, cometido por Guthrie. Ted no tiene importancia, mientras que la de Guthrie Balfour es enorme. Además, nos será fácil hacer admitir la legítima defensa en lo que concierne a Ted, mientras que ello no nos sería posible en el caso de Guthrie.

—Yo me debo ante todo a mi cliente —señaló Mason.

—¡Usted debe hacer, ante todo, lo que le digo! Somos nosotros los que pagamos y yo el encargado de solucionar este asunto. ¡Intente no hacer lo que le ordeno y lo lamentará toda su vida! Tiene fama de ser muy listo y de conocer todos los trucos, pero si le hubieran encargado la mitad de los asuntos que yo he tenido que resolver, se daría cuenta de que sabe pocas cosas. No crea que éste sea el primer asesinato que he tenido que *arreglar*, y piense que los otros eran todavía menos fáciles.

—Está bien —declaró Mason—. Ahora ya conozco su posición y usted conoce la mía. Por mi parte, le voy a decir algo: No empleo nunca falsos testimonios ni combinaciones de esa clase. Me baso siempre en la verdad. Es, todavía, la mejor de las armas.

—Parece que tenga interés en tirar cien mil dólares de honorarios por la ventana y…

—Que el diablo se lleve sus honorarios. Yo protejo a mi cliente y hago lo que creo mejor para defenderlo.

Boles se inclinó hacia adelante y tocó el vidrio de separación. El chófer volvió la cabeza.

—Párese aquí —le ordenó Boles—. Voy a bajar.

Después se dirigió a Mason:

—En estas condiciones, le dejo pagar la carrera.

Mason sacó un papel de su bolsillo y lo puso en la mano de su compañero en el momento en que el taxi se detenía junto a la acera.

—¿Qué es esto? —preguntó Boles.

—Una citación para comparecer en el asunto Balfour, como testigo de la defensa —respondió Mason.

Durante unos segundos, la sorpresa dejó a Boles boquiabierto, después exclamó:

—¡Cerdo!

Al bajar del coche dio un portazo.

—Dé media vuelta —dijo Mason al chófer—. Lléveme otra vez al lugar donde lo tomamos.

Capítulo 16

Perry Mason contempló la carta que Della Street había colocado encima de su correspondencia.

—¿Dices que ha llegado certificada y urgente?

—Sí —respondió ella—. No pierden el tiempo ¿verdad?

Mason leyó en voz alta:

Estimado señor:

Le comunicamos por la presente que, a partir del recibo de ésta, queda exento de toda obligación relativa a la defensa de Teodoro Balfour. Esto quedará, en adelante, a cargo de Mortimer Dean Howland. Agradeceremos envíe su nota de gastos a nuestro servicio de contabilidad, acompañando los justificantes correspondientes.

A partir de la recepción de esta carta, sírvase no efectuar ningún gasto más por cuenta de Balfour Allied Associated. *Con objeto de compensar su pérdida de tiempo, le asignamos una indemnización máxima de doscientos cincuenta dólares por día.*

Atentamente,

Balfour Allied Associated

p. p. Addison Balfour.

—Deliciosamente oficial, ¿no es cierto? —comentó Mason.

—Pero Ted Balfour… Estás obligado a retirarte sencillamente porque…

—… porque Addison Balfour lo ordene, ¿no? Pero ponte en el lugar de Ted. Boles lo va a ver y le cuenta que no quiero seguir sus directrices, que han perdido toda la confianza en mí y que no quieren gastar más dinero para su defensa mientras me ocupe de

ella. Por el contrario, si se encarga de ella Mortimer Dean Howland, harán lo máximo. ¿Cuál sería tu reacción en tal caso?

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—No tengo ni idea —respondió Mason, pensativo—. Si me voy a ver al joven Balfour y le digo la verdad, Howland gritará que falto a la ética de las reglas profesionales y que trato de quitarle un cliente. Además, es probable que si pido ver a Ted, me digan que el detenido ha cambiado de abogado… No obstante, Della, ¡creo que me voy a atrever!

—¿Y qué le dirás a Ted?

—Todo.

El teléfono sonó en la mesa de Della Street y ella respondió en seguida.

—Sí… Un momento, Gertie.

Se volvió hacia Mason y le dijo:

—Tu primera cliente está de regreso. Marilyn Keith solicita verte con urgencia.

—¡Que pase!

Era evidente que Marilyn Keith había llorado, pero su actitud no expresaba por ello menos resolución y no trató de eludir la mirada inquisitiva de Mason. Lanzando una ojeada sobre la mesa de Mason, declaró:

—Veo que ya ha recibido usted la carta en la que le comunican que no se ocupe más de Ted.

Mason asintió.

—Señor Mason, siento que haya usted tenido una divergencia de opinión con Banner Boles. El… es un hombre que posee mucha influencia y sumamente hábil…

Otra vez, el abogado confirmó.

—Estoy al corriente —prosiguió la joven, señalando con un ademán hacia la mesa—, porque el señor Addison me dictó la carta y me ordenó la llevara a la estafeta para que la recibiera usted esta mañana a primera hora.

—Señorita Keith —intervino Mason—, usted trabaja para *Balfour Allied Associated*, y han ocurrido nuevos hechos, de tal naturaleza, que oponen los intereses de Ted Balfour a los de la casa en la que usted desempeña sus servicios. Preferiría que no…

—Para su información personal, señor Mason, sepa que ya no

trabajo en *Balfour Allied Associated*.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el abogado.

—He sido acusada de deslealtad y de haber utilizado, con fines personales, informes confidenciales de los que, por mi empleo, estaba enterada.

—¿Quiere usted darme más detalles? —interrogó Mason, cuyo rostro se había suavizado algo—. Siéntese, por favor. Sólo dispongo de un minuto para usted, pero quiero saber lo que usted tiene que decirme.

—Bien; fui a ver a Ted Balfour a su celda.

—¿Usted ha visto a Ted? —exclamó Mason.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y qué le dijo usted?

—Le he contado que los B. A. A. ya no querían que usted se encargara de su defensa y que seguirían ayudándole, únicamente en el caso de que usted fuera remplazado por Howland. Pero también le dije que los B. A. A. estaban dispuestos a que lo culparan a él de todo con tal de salvar su propio pellejo y que, si él insistía para que usted siguiera siendo su abogado, estaba segura de que le defendería con toda lealtad y que actuaría de la mejor manera en apoyo de sus intereses.

—¿Cómo reaccionó?

—Contestó que estaba dispuesto a contar, con usted si podía pagar sus honorarios.

—¿Le dijo eso?

—Sí.

—¿Y usted qué hizo?

La muchacha abrió su bolso.

—He firmado un cheque, a nombre de usted, por un importe de quinientos veinticinco dólares. Es todo el dinero que poseo. Ignoro cuándo podré tener más, señor Mason, y me doy cuenta que esto es insignificante al lado de los honorarios que usted está acostumbrado a…

Mason tomó el cheque y lo contempló pensativo.

—Me las arreglaré para encontrar un nuevo empleo, señor Mason, y, todos los meses, le enviaré un tanto por ciento de mi paga. Le firmaré un reconocimiento de deuda y…

—Si la *Balfour Allied Associated* la acusa de haber divulgado

informes confidenciales, le va a costar mucho encontrar un nuevo empleo.

—No soy tan tonta como para buscarlo aquí —respondió ella, conteniéndose para no llorar—. Cambiaré de población y no contaré que he trabajado con los B. A. A… ¡Oh, señor Mason, se lo suplico! Dígame que seguirá defendiendo a Ted.

—¿Cree que Ted opinará lo mismo después que Boles le haya hablado?

—Precisamente he venido a pedirle que vaya a hablar con Ted en seguida. Dígale que está dispuesto a seguir, pero no que le he dado un cheque… Me doy cuenta de que esta suma es ridícula, pero le prometo…

Mason rompió el cheque en dos trozos, en cuatro, y los tiró al cesto de los papeles, después de lo cual dio la vuelta a la mesa y puso las manos en los hombros de Marilyn Keith.

—¡Pobre pequeña! —expresó con simpatía—. Voy a informar a Ted que sigo a su lado. Guárdese ese dinero. Le hará falta hasta que encuentre un nuevo empleo.

La joven le miró fijamente y, después, cesando en sus esfuerzos, se echó a llorar apoyando su cabeza en el pecho del abogado.

Entonces, Della Street, discreta, salió de la habitación.

Capítulo 17

El juez Caldwell terminó su discurso diciendo:

—… este tribunal ha decidido, finalmente, no aceptar la objeción presentada por la defensa. No lo ha hecho hasta después de haber vacilado mucho, pues el argumento era de peso. Sin embargo, sería contrario al espíritu de la ley que sirviera para escapar al castigo de un crimen. No obstante, como existen varios precedentes contrarios, este asunto podrá ser llevado al Tribunal Supremo. De este modo, opinamos que los intereses del acusado no quedarán lesionados, y éste es el motivo por el que este Tribunal ha decidido rechazar la objeción suscitada por la defensa.

Después de esto, Roger Farris pronunció unas palabras y comenzó el desfile de los testigos con la declaración del médico forense, que explicó cómo, después de la exhumación, llegó a la conclusión de que se trataba de un asesinato, no de un accidente mortal causado por un automóvil.

Mason declaró que no tenía que preguntar nada al testigo.

A continuación se presentó un revólver del calibre 22, que fue posible identificar por su número y quedó demostrado que fue vendido al acusado.

Mason tampoco hizo ninguna pregunta. Roger Farris hizo que se presentara un perito en balística, el cual certificó que la bala que causó la muerte había sido disparada por aquel revólver.

También, en aquel caso, Mason se abstuvo de formular preguntas, por lo que el juez Caldwell acabó por decirle, frunciendo las cejas.

—¿Es que la defensa ha decidido renunciar a toda intervención, porque el tribunal no ha querido dar validez a su argumentación? Si es así, este tribunal debe recordar al señor Mason que se encuentra aquí para defender a su cliente y que, si no lo hace, deberá ser

nombrado un abogado de oficio.

—Comprendo perfectamente la posición de este tribunal, señor presidente —respondió Mason—, pero si no procedo al contrainterrogatorio de estos testigos, es porque no tengo ninguna pregunta que formular. Por otra parte, mi intención es la de intervenir muy activamente en el debate.

—Está muy bien —asintió el juez Caldwell, aunque sin desarrugar el ceño y demostrando que no estaba del todo satisfecho con esta respuesta.

—Señor presidente —dijo después Roger Farris—, parece que Myrtle Anne Haley, que fue testigo de la acusación cuando el proceso de homicidio por imprudencia, está actualmente indisponible. Dado que las partes en litigio son las mismas que en el proceso anterior, propongo que se lea la declaración que hizo entonces.

—¿Ninguna objeción? —preguntó el juez Caldwell.

—Ninguna, señor presidente —contestó Mason sonriendo—, a condición de que la acusación pueda probar, antes, que este testigo se halla indisponible. El hecho que la acusación proponga utilizar una declaración efectuada durante el otro proceso, confirma la validez de la objeción formulada por la defensa.

—Las partes son las mismas —contradijo Farris—, pero el crimen es diferente.

El juez Caldwell se rascó la barbilla.

—Es cierto que esto tiende a reforzar la objeción presentada por la defensa, pero como sea que esta Sala ya ha tomado una decisión, la mantiene.

Farris mandó llamar a un detective, perteneciente a la oficina del *attorney* del distrito, quien declaró que Myrtle Anne Haley había abandonado su domicilio sin indicar su nueva dirección y que todos los amigos de la señorita Haley, a quienes había interrogado, ignoraban dónde se hallaba actualmente. Había abandonado su empleo en una sucursal de la firma *Balfour Allied Associated*, sin avisar y sin cobrar siquiera su última paga.

Esta declaración dejaba entrever, con toda claridad, una presión por parte de los Balfour, mediante la cual se había conseguido que este importante testigo de la acusación desapareciera.

—¿Contrainterrogatorio? —preguntó el juez Caldwell

volviéndose hacia Mason.

Mason movió la cabeza.

—No, señor presidente, no tengo que formular ninguna pregunta a este testigo.

—En este caso autorizamos a la acusación a utilizar la declaración de Myrtle Anne Haley, a condición de que sea debidamente identificada.

La declaración fue leída por el secretario del tribunal, después de lo cual, cómo un prestidigitador que llega a su número más brillante, Roger Farris declamó:

—Que el señor Banner Boles haga el favor de adelantarse para ser interrogado.

Banner Boles prestó juramento con las formalidades de costumbre, y después se sentó con mucha tranquilidad en el sillón de los testigos.

—¿Está usted en relación con el acusado, Teodoro Balfour, *junior*? —le preguntó Farris.

—Sí. Le conozco desde hace diez años.

—¿Cuál era su situación el 19 de septiembre último?

—Estaba al servicio de la empresa *Balfour Allied Associated*.

—¿Qué trabajo tenía usted asignado aquel día?

—El señor Guthrie Balfour partía para El Paso, desde donde se dirigía a Méjico, y mi misión era cuidar que tomara el tren sin que se presentaran dificultades.

—¿Le acompañó usted hasta su compartimiento?

—Sí.

—¿Se encontraba solo?

—No, con su esposa, Dorla Balfour.

—¿Tomó ella el tren con él?

—Sí.

—¿Dónde había estado usted antes de dirigirse a la estación?

—En un cóctel, una especie de reunión de despedida, que tuvo lugar en el domicilio de la señora Florence Ingle, amiga de los Balfour.

—¿Qué hizo usted, después de haber acompañado a los esposos Balfour hasta su compartimiento?

—Esperé la salida del tren y después me dirigí a mi despacho.

—¿Despacho situado en uno de los locales de la *Balfour Allied*

Associated?

—Sí, pero en uno radicado en la ciudad y que está abierto las veinticuatro horas del día.

—¿Por qué razón?

—Para que pueda recurrirse a mí en cualquier momento.

—¿Y alguien le llamó durante la noche del 19 de septiembre?

—No.

—¿No? Yo creía… ¡Oh, perdón! Fue por la mañana del 20, muy temprano. Recurrieron a usted entonces, ¿no es así?

—Sí.

—¿Quién?

—El acusado, Teodoro Balfour, *junior*.

—¿Le telefoneó?

—Sí.

—¿Desde dónde?

—Lo ignoro. Sé únicamente que dijo que me llamaba desde una estación de servicio, situada en la esquina de Sycamore Road y de State Highway. La estación de servicio estaba cerrada, pero él se encontraba en la cabina telefónica que depende de ella.

—¿Por qué le telefoneaba?

—Para rogarme que me reuniera con él urgentemente, pues se encontraba con dificultades.

—¿Qué hizo usted?

—Subí en seguida a mi auto y me dirigí allí.

—¿Cuánto tiempo necesitó para reunirse con él?

—Creo que unos veinte minutos.

—¿Le hizo usted alguna recomendación por teléfono?

—Le aconsejé que me esperara cerca de la cabina telefónica.

—¿Se encontraba allí cuando usted llegó?

—No. Di una vuelta por los alrededores con el auto…

—Poco importa eso. Díganos dónde lo encontró usted finalmente.

—En su domicilio.

—Es decir, ¿en la residencia de los señores Guthrie Balfour?

—Sí. Vive allí.

—De acuerdo con sus funciones, ¿posee usted llaves que le permitan entrar en casa de los directores de la firma *Balfour Allied Associated*?

—Sí, tengo llaves, que puedo utilizar en caso de necesidad.

—¿Se sirvió de alguna de ellas para penetrar en la propiedad del señor Guthrie Balfour?

—Sí.

—¿Qué hizo entonces?

—En primer lugar, fui a comprobar si el auto que conducía el acusado, aquella noche, se encontraba allí.

—¿Estaba en el garaje?

—Sí.

—¿Lo examinó usted?

—Sí, porque el nerviosismo del acusado al hablar por teléfono me hicieron pensar que quizás…

—No le preguntamos lo que pudo pensar, sino lo que hizo.

—Examiné el coche.

—¿Qué comprobó?

—Comprobé que el faro derecho estaba roto, que el guardabarros del mismo lado estaba abollado y que se veían huellas de sangre en el parachoques delantero. Supuse que era sangre, pues lo parecía.

—¿Qué hizo después?

—Abandoné el garaje y con ayuda de mi llave entré en la casa por la puerta principal. Después, subí al primer piso, en donde está la habitación del acusado.

—¿Había entrado en esa habitación alguna otra vez?

—¡Oh, sí! Con frecuencia.

—Siga.

—Llamé a la puerta diciendo; «Ted, soy Banner. Ábrame».

—¿Oyó alguna respuesta?

—No.

—Entonces, ¿qué hizo?

—Entré en la habitación y encontré al acusado en un estado que calificaré de «estupor alcohólico»; estaba echado, vestido, en el lecho.

—¿Llevaba puestos los zapatos?

—Sí.

—¿Qué hora era entonces?

—Alrededor de las dos de la madrugada. Abandoné las cercanías de la estación de servicio a las dos menos diez, y debí pasar unos

cinco minutos en el garaje, examinando el automóvil.

—Cuando usted dice «el automóvil» o «el coche», ¿a qué vehículo se refiere?

—AI automóvil, cuyas fotografías han sido presentadas como prueba y que lleva la matrícula GMB 665.

—Cuando se encontró usted en su habitación a las dos de la madrugada, ¿tuyo usted ocasión de hablar con el acusado?

—Sí.

—¿Había alguien más?

—Nadie. Estábamos los dos solos.

—¿Cómo sucedió eso?

—Me costó mucho despertar al acusado. Le quité la chaqueta, la camisa y la camiseta, después, de lo cual le apliqué toallas, empapadas con agua fría, en el vientre y en el cuello. Luego lo senté en el lecho y le puse otras compresas frías en los ojos y en la nuca. Gracias a este tratamiento logré que volviera en sí.

—¿Le reconoció?

—¡Oh, sí!

—Cuéntenos su conversación con él.

—Le pregunté qué era lo que deseaba de mí. Me respondió, entonces, que se había hallado en una situación comprometida, pero qué había encontrado la manera de solucionarla solo. Me explicó que había jugado a las cartas en el club, que había perdido y que cuando se quedó sin dinero le propusieron adelantarle algo para que pudiera seguir jugando. Aceptó, pero siguió perdiendo, y que, después de recibir un par de llamadas telefónicas amenazadoras exigiendo la devolución de las sumas prestadas, le habían enviado un mensaje anónimo informándote de que iban a enviarle un matón.

—¿Le dijo lo que pensaba de ello?

—Sí. Me explicó que el *matón* era un hombre que esa gente enviaba a los malos pagadores para propinarles una paliza. Aquello representaba una especie de advertencia. Si después de esto no pagaba, se le hacía desaparecer y no se le volvía a ver nunca más.

—Siga —incitó Farris, lanzando una mirada triunfante a los miembros del jurado que, inclinados hacia adelante, sorbían las palabras de Boles—. ¿Qué más le contó el acusado?

—Me dijo que había procurado reunir los veinte mil dólares que

debía. No se había atrevido a pedírselos a Addison Balfour, pero contaba hablar de ello a Guthrie Balfour antes de que partiera para Méjico. Sólo que, teniendo en cuenta que debía abordar la cuestión con mucho tacto, no encontró la ocasión de hacerlo. Entonces me explicó que sus padres le habían dejado cierto capital, del que sólo cobraba los intereses y sobre el que esperaba obtener del administrador la suma que necesitaba. Lo ocurrido es que el administrador se hallaba de vacaciones y necesitaba ganar tiempo antes de su regreso.

—¿Le habló de alguien más que, según él, pudiese adelantarle ese dinero?

—Sí. De una amiga de su padre, la señora Florence Ingle.

—¿La persona que dio aquella reunión de despedida?

—La misma.

—¿Le dijo si había hablado con ella del asunto y cuándo?

—Sí. Lo hizo aquella misma noche. Le pidió veinte mil dólares, pero ella no había podido, o no había querido dárselos.

—¿Y después?

—Después, confesó que había bebido más de lo razonable y que se sintió embriagado hacia las diez de la noche, y que una joven se había hecho cargo del volante de su coche, lo condujo a su domicilio y encerró el coche en el garaje.

—¿Le dijo el nombre de la joven?

—Alegó que no lo sabía, pero no fue ésta mi impresión. Pensé que…

—Señor Boles —le interrumpió vivamente Farris— usted conoce las reglas de la instrucción. Le ruego se abstenga de explicamos sus deducciones personales. Repítanos únicamente lo que le dijo usted al acusado, o lo que le relató éste.

—De acuerdo.

—¿Le contó algo el acusado respecto a aquella joven?

—Me dijo que le llevó a su domicilio y que le ayudó a quitarse los zapatos para que se tendiera en el lecho, después de lo cual ella se marchó y él, acosado por las náuseas, hubo de dirigirse al cuarto de baño. Luego, se sintió algo mejor y recordó que el administrador, con quien contaba para conseguir el dinero que necesitaba, era un hombre de edad avanzada y que, cuando regresaba de vacaciones a la caída de la tarde, prefería detenerse en cierto *motel* de los

alrededores. En efecto, ese hombre, que veía mal, juzgaba más prudente no guiar por la noche en la ciudad. Ted decidió, pues, ir en coche hasta el *motel* para ver si, por casualidad, el administrador había regresado.

—¿Qué más?

—Se volvió a poner los zapatos y fue a buscar el auto al garaje. Sin embargo, a causa de las amenazas de que había sido objeto y de lo avanzado de la hora, cogió de su vitrina un revólver del calibre 22.

—Continúe. ¿Qué ocurrió después?

—Ted me explicó que al llegar al garaje le pareció ver una sombra, pero que supuso era a causa del alcohol. Sin embargo, cuando se disponía a subir al coche alguien lo cogió por el hombro, desde atrás, diciéndole: «Muy bien, jovencito. He venido a cobrar».

—Siga.

—Ted me dijo que por un instante se sintió paralizado por el miedo y que el hombre le asestó un puñetazo en el pecho que lo lanzó contra la pared del garaje, afirmando: «Esto no es más que una muestra. Ahora sube al auto y vamos los dos a darnos un paseo. Voy a enseñarte a no pagar las deudas, muchacho».

—¿Qué más?

—Ted me contó que entonces, instintivamente, casi inconsciente, sacó su revólver y disparó contra el hombre. Como es muy buen tirador le dio en la cabeza. El hombre se tambaleó y cayó al suelo, sin sentido. Comprendiendo que tenía que hacer algo en seguida, Ted colocó al hombre en el asiento y partió rápidamente, pues temía que alguien de la vecindad hubiera oído el disparo. Siguió hasta llegar a la carretera nacional, después torció a la izquierda y se detuvo delante de la estación de servicio de Sycamore Road, que estaba cerrada. Desde allí me llamó, rogándome que me reuniera con él con toda urgencia para que le indicara dónde podía curar al herido, pero al volver al coche se dio cuenta de que su víctima ya no respiraba.

—¿El acusado le contó, también, lo que había hecho después de aquella comprobación?

—Sí. Me dijo que le pareció que aquello, en cierto modo, simplificaba la situación. La emoción le había devuelto la lucidez y registró al hombre para retirar de sus bolsillos todo cuanto

permitiera identificarlo, después de lo cual volvió a la carretera nacional. Una vez allí, colocó el cadáver sobre el parachoques delantero antes de frenar bruscamente. Entonces el cuerpo fue proyectado a la carretera y Ted pasó, deliberadamente, por encima de la cabeza. Después, dio media vuelta para pasar varias veces sobre el cadáver. Quería que quedara irreconocible y que no se pudiera advertir la herida de la cabeza.

—¿Le habló del proyectil?

—Sí. Suponía que la bala, debía haberle atravesado el cráneo y que se habría incrustado en algún sitio del garaje.

—Bien. Continúe.

—Entonces, el acusado me pidió que le ayudara. Le respondí que lo más sensato era ir a buscar el cadáver y avisar a la policía explicando que había actuado en legítima defensa por temor a ser asesinado. Le aconsejé que permaneciera allí mientras yo iba a buscar el cadáver, pero cuando llegué al lugar que Ted me había indicado vi que era demasiado tarde, pues ya se encontraba allí un coche de la policía. Entonces, en vez de intervenir en seguida, preferí esperar y reflexionar.

—¿Para discutir la situación con sus jefes?

—Sencillamente para poder pensar y hacer lo más conveniente.

—¿Se da cuenta de que debería haber tomado contacto en seguida con la policía?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no lo hizo?

—Porque me pagan para hacer las cosas sin promover escándalos. Como tengo un amigo policía, quería ver si había medio de ponerme en regla sin que aquello saliera a flote, provocando el arresto del acusado.

—Bien, ¿y después?

—Regresé a casa de los Balfour, donde ayudé a Ted a desvestirse y a ponerse el pijama. Cuando quiso beber otra vez no se lo impedí, pensando que aquello le haría, quizás, olvidar todo lo ocurrido. Luego me fui a acostar, llevándome todas las cosas que Ted había quitado a la víctima.

—¿Y al día siguiente?

—Al día siguiente me levanté tarde y supe que la policía se había enterado, no sé cómo, de que el auto de Ted había

participado en el accidente, de que ya le había interrogado y de que iba a ser acusado de homicidio por imprudencia.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Nada. Ya no podía hacer nada.

Igual que un productor de televisión que termina su emisión puntualmente, Farris miró entonces él reloj y objetó:

—Señor presidente, son ya las doce…

—Sí, pero la Sala todavía tiene que formular una pregunta antes de anunciar la suspensión de la audiencia —respondió el juez Caldwell—. Señor Boles, usted nos ha dicho que se llevó los diferentes efectos que el acusado encontró en los bolsillos de la víctima, ¿verdad?

—Sí, señor presidente.

—¿Qué hizo usted con ellos?

—Los guardé durante algún tiempo.

—¿Y dónde están ahora?

—Que yo sepa, se encuentran en posesión del señor Perry Mason.

—*¿Qué?* —exclamó el juez, quien, por efecto de la sorpresa, se alzó a medias—. ¿Se los entregó usted a Perry Mason?

—Sí, señor presidente.

—¿Es que el señor Mason informó de ello a la oficina del *attorney*? —preguntó el juez Caldwell a Roger Farris.

—No, señor presidente.

—¿Cuándo le entregó usted esas cosas al señor Mason? —inquirió el juez al testigo.

—No recuerdo con exactitud la fecha. Se las di cuando quedó encargado de defender a Ted Balfour. Durante el primer proceso éste fue representado por Mortimer Dean Howland.

—¿Habló usted de eso al señor Howland?

—No, señor presidente.

—¿Y a alguien más, aparte del señor Mason?

—Tampoco, señor presidente.

—¡Señor Mason! —llamó entonces el juez Caldwell.

—Diga, señor presidente.

—La Sala va a suspender la vista hasta las dos de la tarde. Sin embargo, desearía entrevistarme en seguida con los representantes de ambas partes. Se recuerda al jurado que no debe formular su

opinión sobre este asunto antes de que le sea pedida por la Sala. Los jurados no deberán discutir este asunto con terceros ni permitir que se discuta delante de ellos. Queda suspendida la vista. Se reanudará a las dos de la tarde.

Mason y Farris se acercaron en seguida al tribunal, pero el juez Caldwell esperó a que todos los jurados hubieran salido para preguntar:

—Señor Mason: ¿es verdad eso?

—Lo dudo, señor presidente.

—Me refiero a los documentos u otras cosas que el señor Boles dice que le entregó.

—Es verdad que me entregó ciertos documentos.

—¿El señor Boles?

—Sí, señor presidente.

—¿Le dijo que se los había cogido al acusado o que le habían sido entregados por éste?

—No, señor presidente.

—¿Qué ha hecho de esos documentos?

—Los tengo aquí, señor presidente.

Mason sacó de su cartera un sobre lacrado y lo entregó al magistrado. Éste lo abrió en seguida y hojeó los papeles que contenía.

—Señor Mason —dijo tras una pausa—, esto es muy grave.

—Sí, señor presidente.

—Los documentos contenidos en este sobre constituyen una de las importantes pruebas recogidas en este asunto.

—¿Pruebas de qué? —preguntó Mason.

—Pues bien, entre otras —contestó secamente el juez—, demuestran que la historia relatada por el señor Boles es exacta.

—Si el señor presidente me permite hacérselo observar, eso se parece a la historia del hombre que pretendía haber matado un gamo a trescientos metros de distancia. Decía que el animal había caído cerca de un roble y que si no le creían podía demostrarlo enseñándoles el roble.

—¿Pone usted en duda la declaración del señor Boles?

—Sí, señor presidente.

—Sin embargo, no podrá usted negar que estos documentos poseen una gran importancia. Mire, aquí está el permiso de

conducir de Jackson Eagan.

—No alcanzo a ver la importancia que puedan tener en este asunto.

—¡Vamos, vamos! Se intentó conseguir que el cadáver quedara irreconocible y estos documentos atestiguan que se trata de Jackson Eagan.

—¡Pero si Jackson Eagan murió! —objetó Mason—. Murió hace dos años.

—¿Qué sabe usted? He aquí un contrato de alquiler de coche firmado por él. ¿Va usted a pretender que carece de importancia?

—No, señor presidente.

—¿Se da usted cuenta de que estos documentos constituyen unas pruebas importantes?

—Sí, señor presidente.

—En su calidad de abogado, su deber consistía en entregarlos a las autoridades encargadas de la encuesta. Destruir o disimular pruebas de esta importancia, no sólo es un delito, sino una falta grave a sus deberes de abogado.

Mason sostuvo la mirada del magistrado.

—Señor presidente, responderé a esa acusación cuando me sea formulada en el momento y el lugar procedentes.

El rostro del juez Caldwell se puso purpúreo.

—¿Insinúa que no debo abordar este tema?

—Digo, señor presidente, que responderé a esta acusación en lugar y momento oportunos.

—No sé hasta qué punto esto constituye una ofensa al tribunal, pero de lo que no hay duda es que usted ha faltado a su deber.

—Ésa es la opinión de Su Señoría, y repito que estoy dispuesto a justificarme de estas acusaciones cuando llegue el momento. Mientras, ¿puedo recordar al señor presidente que está en curso un proceso y que cualquier alusión por su parte a una falta profesional del abogado de la defensa podría ser recordado por el jurado en contra del acusado? El deber de la Sala es no manifestar su opinión respecto a esto antes de que se emita el veredicto.

El juez Caldwell respiró profundamente y después declaró:

—Señor Mason, cuidaré personalmente de que el defendido no resulte perjudicado por la conducta de su abogado. Pero no por eso deja de ser verdad que usted cometió una falta grave hurtando a la

Justicia esos importantes documentos. Boles, por su parte, trató de reparar su falta yendo a contárselo todo al *attorney* del distrito. Pero usted, según parece, no lo hizo.

—No hice nada más que tratar de proteger los derechos de mi cliente y continuaré protegiéndolos lo mejor posible.

—Su concepto de los derechos del abogado defensor difiere sin duda del mío —objetó el juez Caldwell—. Por el momento eso es todo. Voy a reflexionar ahora sobre eso y es posible que actúe con dureza en cuanto se reanude la audiencia.

Capítulo 18

Perry Mason, Della Street, Marilyn Keith y Paul Drake estaban sentados en un pequeño restaurante, donde el abogado solía almorzar cuando debía despachar algún asunto en el Palacio de Justicia.

—¿Qué piensas de la declaración de Boles? —preguntó Drake.

—Se trata de un falso testimonio, pero es el más diabólicamente hábil que he encontrado en el transcurso de mi carrera.

—¡Ya le avisé que ese hombre era terriblemente hábil y poderoso! —exclamó Marilyn Keith.

—Sí, ha estudiado leyes y conoce tanto como yo los hilos del contrainterrogatorio. Es su palabra contra la mía, y ha contado a la Sala una historia que parece corroborada por hechos tangibles.

—Pero ¿no cogió él mismo esos documentos?

—Sí, claro, pero lo reconoció. Falta confesada casi perdonada. El *attorney* del distrito le dirá que no debía haberlo hecho y que no lo repita, pero ahí acabará la cosa. Lo más grave es que su historia es tan lógica que hasta yo me inclinaría a creerla.

—¿Puede usted hacer algo? —preguntó Marilyn Keith.

—Poseo un arma —respondió Mason— que es muy poderosa. Pero a veces es difícil utilizarla, porque uno no sabe por qué extremo cogerla.

—¿Cuál es esa arma? —pidió Della Street.

—La verdad —repuso Mason.

Comieron un rato en silencio; después, Drake preguntó:

—¿Vas a proceder al contrainterrogatorio de Boles?

—Sí, pero eso no nos será de ninguna utilidad. No obstante, a pesar de lo que quieran insinuar, el permiso de conducir de Jackson Eagan no prueba nada. Existe en ese permiso la huella digital de un pulgar que no pertenece al cadáver.

Mason extrajo de su bolsillo una serie de diez huellas.

—Mirad, he aquí las huellas del cadáver y aquí la del permiso. Podéis comprobar que no corresponde a ninguna de las otras.

—Jackson Eagan fue enterrado —hizo observar Drake—, pero, en realidad, nadie identificó su cadáver. Éste fue enviado desde Yucatán a Méjico, y se dijo después que había sido reconocido por la viuda.

—¿Y si me contaras eso con más detalle, Paul?

—Eagan era un escritor que viajaba mucho en busca del color local. Nadie sabe con exactitud cómo murió. Según parece, embolia o algo parecido. Su cadáver fue encontrado por un grupo de arqueólogos que avisaron a las autoridades del país. El cadáver fue trasladado a Mérida, en Yucatán, y la viuda avisada por telegrama. Ella tomó en seguida el avión para ir a identificar el cadáver y traérselo para ser inhumado. Como es lógico, el traslado se efectuó, en un féretro precintado.

—¿Y si averiguáramos que la señora Eagan deseaba recobrar su libertad o quizá cobrar algún dinero? —dijo Mason pensativamente —. Resultaba tentador para ella afirmar que aquel cadáver era el de su marido.

—De acuerdo, pero hay esa diferencia de huellas digitales — observó Drake—. Aunque si se comparan las diferentes firmas, son idénticas.

—Paul, ¿recibiste la fotocopia del permiso de conducir firmado por Guthrie Balfour?

—La estoy esperando de un momento a otro. Seguramente ha debido de llegar el segundo correo y uno de mis hombres va a traérmela aquí.

—Deseo verla en cuanto la recibas.

—¿Cuáles son tus intenciones para la audiencia de esta tarde? — preguntó Drake.

—Un golpe como éste le deja a uno anonadado. Ya suponía que me pondrían las cosas dificilísimas, pero no creía que llegaran al falso testimonio. Paul —continuó el abogado—, el número del taxi en el que paseé con Boles es el 647. Querría que encontraras al chófer. Dudo que recuerde nada que nos pueda ser útil, pero vale la pena intentarlo.

—Voy a decirles a mis muchachos que se ocupen en seguida de

ello.

—Después de esto ya no me queda más que volver allí a escuchar cómo me amonestan. Pero esto me ha ocurrido ya tantas veces que no me impresiona lo más mínimo.

—Evidentemente —observó Della Street—, tienes la ventaja de saber lo que realmente ha sucedido. Quien mató a Eagan fue Guthrie Balfour. Lo confesó cuando telefoneó a Florence Ingle.

—¿Por qué no hace usted uso de eso? —preguntó Marilyn Keith.

Mason sonrió y movió la cabeza.

—Imposible.

—¿Por qué razón?

—Guthrie Balfour le dijo a la señora Ingle que la muerte fue accidental y que el disparo se produjo mientras luchaban.

—¿Y no puede utilizar eso?

—No.

—Pero ¿por qué?

—Porque sería únicamente un *se dice*. Si estuviera aquí Guthrie Balfour podríamos citarlo como testigo, y si lo negara convocaríamos a Florence Ingle para que lo desmintiera. Pero la ley no permite que un testigo diga simplemente lo que otra persona le dijo por teléfono.

—¡Pues bien permitieron a Banner Boles explicar lo que Ted le dijo por teléfono! —objetó Marilyn indignada.

—Sí, porque Ted es el acusado. Siempre puede exponerse todo lo que el acusado pudo decir. Pero, desgraciadamente para nosotros, Guthrie Balfour no es el acusado en este asunto.

—¿No puede darse con él? —preguntó Marilyn.

—Encargué a Paul que lo hiciera —respondió Mason—, pero no olvide que se encuentra en regiones prácticamente inexploradas. ¿Tienes noticias, Paul?

El detective movió la cabeza.

—Guthrie Balfour permaneció muy poco tiempo en Chihuahua —explicó—. Después de telefonearte y de haber dejado a su mujer en el tren, para que viniera a verte, se fue otra vez al Tarahumare. Según creo, al principio se trataba de una expedición arqueológica, pero después se ha convertido en una partida de escondite. No creo que Guthrie Balfour tenga intención que den con él hasta que haya acabado el proceso. Claro que hay que recordar que él ignora el

cambio ocurrido y continúa creyendo que su sobrino está sólo bajo la acusación de homicidio por imprudencia, por lo que su único riesgo es verse condenado a una multa o bien a una condena con sobreseimiento.

Capítulo 19

Al reanudarse la vista de la causa Roger Farris anunció:

—No tengo que formular más preguntas al testigo. Puede usted proceder a su interrogatorio —añadió, dirigiéndose a Mason.

—Señor Boles —dijo Mason—, ¿recuerda haberme telefoneado a mi oficina hace muy poco tiempo?

—Sí, en efecto —respondió Boles con amabilidad.

—¿Vino a mi despacho para decirme que deseaba sostener una conversación conmigo?

—Sí.

—Le dije que podía hablarme y respondió que preferiría no hacerlo en mi despacho, ¿no es así?

—Exactamente, así fue.

—Salimos juntos y la entrevista se celebró en un taxi, ¿es cierto?

—Sí.

—¿Lo recuerda bien?

—¡Sí! No sólo lo recuerdo, sino que incluso tuve la precaución de tomar el número de ese taxi, para que el chófer pudiera confirmar lo que yo dijera, en el caso de que usted intentara embarullarme durante el interrogatorio o negara que le había entregado aquellos documentos.

—¿Me los entregó usted mientras estábamos en el taxi?

—Sí.

—¿Y qué me contó cuando me los dio?

—La misma historia que conté esta mañana en mi declaración.

—¿No me indicó usted que el señor Guthrie Balfour disparó el tiro y que el muerto era alguien que se encontraba en el *motel* Buen Reposo?

Boles contempló a Mason con un aspecto absolutamente asombrado.

—¿Pretende usted que yo le dije eso?

—¿No lo dijo?

—¡Dios mío, no! —exclamó Boles—. No sea usted ridículo, señor Mason. ¿Por qué, en nombre del cielo, le iba a contar yo una historia semejante? ¡El señor Guthrie Balfour se encontraba en aquel momento camino de Méjico! ¡Yo mismo le acompañé al tren!

—¿Y el avión perteneciente a la empresa Balfour? ¿No tuvieron que ir a recuperarlo, poco después, en Phoenix?

—En Phoenix o en Tucson, sí… Pero eso fue en una fecha posterior. Uno de los empleados de la compañía tuvo que utilizarlo para un asunto urgente y después lo abandonó allí, para coger una línea comercial. No recuerdo con exactitud los detalles, pero, si le interesa, podría mirar en los registros de la compañía, señor Mason. Estoy seguro de encontrar la confirmación de lo que digo.

—Tampoco lo dudo —convino secamente Mason.

Hubo una pausa y después el abogado preguntó:

—¿Se hallaba usted en el *motel* Buen Reposo en la noche del 19 o en la mañana del 20 de septiembre?

Boles negó con la cabeza.

—Ni tan siquiera en las cercanías. Nadie supo nada del auto abandonado delante del *motel*, hasta que, según creo, la policía dio con su pista gracias a una llave. Pero es a los policías que se encargaron de la encuesta a quienes debería dirigirse para obtener informes sobre este extremo.

—¿Cuándo vio usted a Guthrie Balfour por última vez? —preguntó Mason.

—Cuando el tren partió de la estación de la Arcada.

—¿No lo volvió a ver después?

—No.

—¿Ni tuvo noticias suyas?

—Sí. Me telefoneo una vez.

—¿Cuándo?

—Creo que debió ser el día en que Ted Balfour fue juzgado por esa historia del atropello. Lo creo, pero no puedo estar seguro. El señor Guthrie Balfour había ido a la ciudad a reavituallarse y a buscar el correo. Al enterarse de la detención de su sobrino, me telefoneó informándome de que acababa de llamarle a usted y que su esposa Dorla tomaba el avión para ponerse en contacto con

usted.

El testigo hablaba con una voz tan natural, que parecía sincero.

—¿Reconoció usted la voz de Guthrie Balfour?

—¡Claro!

—Esto es todo, por el momento, pero puede ser que tenga que volver a preguntar al testigo.

—Se toma nota —dijo el juez Caldwell—. ¿El testigo siguiente?

—Señora Florence Ingle —anunció Roger Farris.

Florence Ingle, después de haber cumplido las diversas formalidades, oyó cómo Farris le preguntaba:

—Usted fue citada a comparecer como testigo de la defensa, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Vio usted al acusado la noche del 19 de septiembre último?

—Sí —asintió la testigo con voz débil.

—¿En qué estado se encontraba?

—¿Cuándo?

—Cuando usted lo vio por última vez aquella noche.

—Cuando le vi por última vez aquella noche parecía haber bebido.

—¿Le dijo entonces que tenía deudas de juego?

—Sí… En realidad fue un poco antes cuando me dijo eso.

—¿Quiénes se hallaban presentes en aquel momento?

—¡Oh! En aquel momento había mucha gente en la casa, pero no podían oírnos cuando sostuvimos aquella conversación.

—Por consiguiente, en realidad esa conversación fue un mano a mano.

—Me pidió que le prestara veinte mil dólares para pagar una deuda de juego, porque le habían amenazado con enviarle un «matón» si no pagaba en seguida.

—¿Le explicó lo que se entiende por «matón» en ciertos ambientes?

—Sí, según parece, es un hombre encargado de pegar palizas.

—¿Le dijo lo que tenía la intención de hacer si el «matón» intentaba pegarle?

—Me replicó que no se dejaría pegar y que se defendería.

—¿Le precisó de qué se valdría para defenderse?

—Con un revólver.

—La testigo está a disposición de la defensa —indicó Farris.

—Señora, ese día, ¿tuvo usted una entrevista con Guthrie Balfour, el tío del acusado?

—¡Protesto! —alegó Farris—. Esto no tiene nada que ver con el asunto y no corresponde al contrainterrogatorio.

—Señor presidente, desearía que la testigo, respondiera a esta pregunta, que considero encaja con todo el resto.

—No. —protestó Farris—. ¿Dónde llegaríamos si cualquiera pudiera hablar con los testigos de las conversaciones que sostuvieron con terceros que, en aquel momento, no declaraban bajo juramento?

—Esto me parece justo, señor Mason —convino el juez Caldwell —. La Sala desea mostrarse imparcial, pero usted no puede, en verdad, incluir en el contrainterrogatorio de un testigo una conversación que este testigo ha tenido con una persona ajena a este proceso. La Sala le autoriza sólo a formular preguntas respecto a la conversación que la testigo acaba de declarar. Se admite la protesta.

—No tengo más preguntas que formular —declaró entonces Mason.

—El testigo siguiente será la señora Guthrie Balfour —dijo Farris.

Mientras la señora Balfour se dirigía al lugar de los testigos, Paul Drake se acercó a Mason y le entregó un papel susurrando:

—Es la fotocopia certificada de la solicitud del permiso de conducir hecha por Guthrie Balfour.

Mason hizo un movimiento de cabeza aprobador, desdobló el papel, le lanzó una ojeada, lo miró otra vez y lo volvió a doblar.

Dorla Balfour estaba causando una viva sensación en el jurado. La elegancia de su silueta, sus grandes ojos expresivos y también la manera con que, según se adivinaba, contenía su vivacidad natural por deferencia a la gravedad del momento, le hicieron ganarse, desde un principio, la simpatía, del jurado.

Después de prestarse a las formalidades rituales se sentó en el sillón de los testigos, y miró a Farris y al jurado antes de bajar modestamente los ojos.

En aquel momento hubo una especie de conmoción, al penetrar en la sala de audiencia Hamilton Burger, el *attorney* del distrito, que

se sentó entre el público.

Bastaba ver su aspecto satisfactorio, para adivinar que había llegado a sus oídos la derrota de Perry Mason y venía a asistir a la caída.

Parecía evidente que Dorla Balfour iba a ser el último testigo y, después de ella, Mason se vería obligado a tomar una decisión: que su defendido declarara o no.

Si hacía declarar a Ted Balfour y su relato coincidía con el de Banner Boles, el joven tenía probabilidades de convencer al jurado de que había disparado en legítima defensa. Pero en este caso Mason corría el riesgo de ser culpado personalmente por haber escamoteado los documentos entregados por Boles. Si la historia contada por el acusado difería de la de Boles, no había ni el uno por ciento de probabilidades de que el jurado creyese en ella.

Buscando, en apariencia, brillar en presencia de su superior, Farris inició el interrogatorio:

—Señora Balfour, ¿recuerda usted la noche del 19 de septiembre último?

—¡Oh! Sí. Muy bien.

—¿Sostuvo usted, aquella noche, una conversación con el acusado?

—Sí.

—¿Dónde?

—En una recepción dada por la señora Ingle en honor de mi marido.

—Era una especie de cóctel de despedida, ¿verdad?

—Sí. Mi marido tomaba el tren aquella noche.

—¿Se marchó usted con él?

—Sí. En principio debía acompañarle sólo hasta la estación de Pasadena; pero, en el último minuto, mi marido me pidió que efectuara todo el viaje con él.

—Bien; esto importa poco —aclaró Farris—. Trataba, sencillamente, de localizar dónde y en qué momento se llevó a cabo aquella conversación. ¿Quién asistió a ella?

—¿A la conversación que sostuve con el acusado?

—Sí.

—Había otras personas en la habitación, pero hablamos en un rincón aparte.

—¿Qué le dijo durante aquella conversación?

—Me explicó que había contraído deudas de juego, y que no le quedaba más remedio que pagar porque, de no hacerlo, corría un grave peligro. Había recibido amenazas respecto a esto.

—¿Le pidió que le adelantara aquel dinero?

—Sí. Me preguntó si, en el tren, no podría interceder en su favor con mi marido, al objeto de que Guthrie le prestara veinte mil dólares, pues los necesitaba urgentemente.

—Puede usted proceder al contra-interrogatorio —dijo Farris, con una ligera inclinación en dirección a Mason.

—¿Habló usted de esto con su marido? —preguntó el abogado.

—Más tarde, sí.

—¿Qué significa más tarde?

—Verá; yo debía bajar del tren en Pasadena, pero Guthrie me rogó que le acompañara hasta el final. Sentía una especie de presentimiento y prefería que me quedara a su lado.

—¿Y usted lo hizo?

—Protesto. Esto no corresponde al contrainterrogatorio, pues no tiene nada que ver con la conversación respecto a la cual la testigo acaba de declarar. Además, toda alusión a una conversación que la testigo tuviera con su marido no sería válida.

—Se acepta la protesta —declaró el juez Caldwell.

—¿Descendió usted del tren en Pasadena? —preguntó Mason.

—Protesto. Esto no entra tampoco en los términos del contrainterrogatorio —objetó Farris.

—Autorizaré, sin embargo, esta pregunta —dijo el juez Caldwell —, pues deseo dar toda clase de facilidades a la defensa para que proceda a un minucioso contrainterrogatorio. Lo que la testigo pudiera decir a su marido es una cosa, pero sus hechos y sus actos pueden ser incluidos en el contra-interrogatorio. Que la testigo responda a la pregunta. ¿Descendió del tren en Pasadena?

—¡No! —respondió Dorla Balfour.

—¿Fue usted aquella noche al *motel* Buen Reposo?

—Señor presidente —protestó Roger Farris—. Esto demuestra claramente que la defensa intenta únicamente enredar las cosas, formulando preguntas que no tienen nada que ver con la declaración de la testigo.

—La testigo ha declarado que viajó con su marido —hizo

observar el juez Caldwell—. Y como la Sala desea dar el máximo de facilidades a la defensa, autorizo que sea contestada esta pregunta: ¿Fue usted aquella noche al *motel* Buen Reposo?

—¡Claro que no! —exclamó, indignada, Dorla Balfour—. Y usted no tiene derecho a hacerme esa pregunta, señor Mason, pues sabe perfectamente bien que no hice nada parecido.

—¿Recuerda usted que su maridó me telefoneó desde Chihuahua?

—Sí.

—¿Estaba con él en aquel momento?

—Sí.

—¿Y fue entonces cuando regresó usted de Chihuahua?

—Sí.

—¿Era en el momento del proceso en que el acusado fue condenado por homicidio por imprudencia?

—El día siguiente del proceso… o, mejor dicho, no el mismo día, pero sí después de haberse terminado la vista.

—¿Vino usted de Chihuahua en avión?

—Sí.

—¿Y estaba con su marido cuando me telefoneó?

—¡Oh, señor presidente, ya empieza otra vez! —gritó Farris, indignado—. ¡Siempre sucede lo mismo cuando se es indulgente con la defensa! Ignoro lo que mi adversario quiere probar. Sólo sé que eso desborda los límites del contrainterrogatorio y, en consecuencia, protesto contra esta pregunta.

—Pienso lo mismo —señaló el juez Caldwell—, pero autorizo la pregunta porque quizás tienda a demostrar que la testigo posee una resolución tomada de antemano. Señora Balfour, ¿puede decirnos, por favor, si estaba con su marido, cuando éste telefoneó al señor Mason aquella mañana?

—Sí, señor presidente, estaba con él.

—¿Y estaba también con él cuando telefoneó inmediatamente después al señor Boles? —preguntó Mason.

—No elevaré protesta contra esta pregunta —declaró Farris—, a condición de que no sirva de punto de partida a toda una serie de otras preguntas sin relación con el contrainterrogatorio de la testigo.

—Ésta es también la opinión de la Sala —aseguró el juez

Caldwell—. Haga el favor de responder a la pregunta, señora Balfour. ¿Estaba con su marido cuando éste telefoneó al señor Banner Boles?

—Sí, señor presidente.

—Entonces —proclamó Mason poniéndose en pie—, quizás la señora Balfour será tan amable de dirigirse al jurado y explicar cómo pudo arreglárselas para viajar en tren hasta El Paso en compañía de un cadáver, pasar cierto tiempo en Chihuahua con este cadáver, y hacer compañía a un cadáver que telefoneó al señor Banner Boles.

—¿Qué quiere usted decir? —gruñó la testigo, antes de que Roger Farris, estupefacto, hubiera tenido tiempo de protestar.

—Sencillamente esto —respondió Mason desdoblando la hoja de papel que llevaba en la mano—. La huella del pulgar de su marido, que figura en esta fotocopia certificada de su solicitud de permiso de conducir, es idéntica a la huella del pulgar del hombre que fue muerto de un balazo en la cabeza, del hombre que pasó por haber sido víctima de un chófer. Este detalle prueba que la víctima era su marido. ¿Podrá usted, quizás, explicarnos cómo se las arregló para efectuar todo aquel viaje en compañía de un muerto?

—No es posible —exclamó la señora Balfour con vehemencia—. Yo estaba con mi marido. Yo…

—Veamos esa huella —interrumpió el juez Caldwell con un gesto imperioso.

Mason le entregó la fotocopia.

—Que me den también la prueba donde figuran las huellas digitales de la víctima —ordenó el magistrado que, durante un largo momento, comparó ambas.

—¿Desea la acusación examinar estas huellas?

—No, Señoría —intervino Hamilton Burger sonriendo—. Conocemos demasiado las añagazas del señor Mason para dejarnos impresionar por ellas.

—Creo, sin embargo, que haría usted bien en dejarse impresionar en esta ocasión —contestó el juez—, porque las dos huellas son completamente iguales.

—Entonces, es que esas pruebas han sido trucadas —afirmó Hamilton Burger.

—Si la Sala me lo permite —indicó Mason—, desearía

comunicarle algo. Tengo a la vista una fotocopia: representa una página del registro del *motel* Buen Reposo. Con toda seguridad, la firma de Jackson Eagan que figura en él es parecida a la que consta en el permiso de conducir entregado a Jackson Eagan. Sin embargo, desearía que un grafólogo comparase esta firma con la caligrafía de Banner Boles. Creo, Señoría, que comienzo a comprender lo que sucedió la noche del 19 de septiembre último.

—¡Un momento! ¡Un momento! —exclamó Hamilton Burger—. Protesto contra la declaración que acaba de hacer la defensa. Protesto contra el hecho de que la Sala haya permitido hablar al señor Mason delante del jurado. Pido a la Sala que recomiende a los jurados que no lo tengan en cuenta.

El juez se volvió hacia los jurados, bastante aturdidos por todo aquello.

—El jurado no se dejará influir por ninguna de las observaciones que acaban de ser formuladas por una y otra parte. La audiencia va a suspenderse durante una hora, para permitir al tribunal proceder al examen de ciertos hechos. Deseo en particular que un técnico examine la identidad de la huella del pulgar derecho de Guthrie Balfour con la del pulgar derecho de la víctima de este asunto. La vista queda suspendida y se reanudará dentro de una hora.

El juez Caldwell ratificó esta declaración con un golpe de su pequeño martillo, y añadió:

—Que los abogados de las dos partes hagan el favor de seguirme.

Capítulo 20

En el despacho del juez Caldwell, Hamilton Burger exclamó encolerizado:

—¡Lo que quiero saber ante todo es por qué Perry Mason escondió las pruebas!

—A mí lo que me interesa —interrumpió secamente el juez Caldwell—, es la teoría del señor Mason respecto a lo que sucedió en este caso.

—Con todo el respeto debido a Su Señoría —insistió Hamilton Burger—, me parece que él señor Mason debería, primero, justificarse. No creo que esté en condiciones de emitir teorías válidas, a nuestros ojos, mientras resulte sospechoso.

—Me permito recordarle, no menos respetuosamente, señor *attorney* del distrito —replicó el juez—, que se trata de un asesinato de primer grado. El señor Mason parece encontrarse en situación de explicar esta desconcertante identidad de las huellas digitales, y deseo que lo haga lo más pronto posible.

Mason sonrió ante la derrota del *attorney*, y explicó:

—Creo que es muy sencillo, señor presidente. El auto de alquiler que fue encontrado delante del *motel* Buen Reposo había sido alquilado, en apariencia, por Jackson Eagan, a pesar de que Jackson Eagan esté muerto desde hace dos años. En realidad, este auto fue alquilado por Banner Boles. Es casi seguro de que Boles debía de hallarse en Méjico cuando se encontró el cadáver de Jackson Eagan. Probablemente se hizo con la documentación del muerto y comprobó que las señas personales que aparecían en el permiso de conducir del difunto se parecían a las suyas. Sabiendo que ya no sería de ninguna utilidad a Eagan se lo quedó y, después, cuando se ocupaba de un asunto en el que deseaba que no se conociera su nombre, o cuando hacía alguna conquista, daba el nombre de Eagan

y se respaldaba en su permiso de conducir. Hubiera podido probar que Guthrie Balfour había bajado del tren, para seguir a su mujer, si se me hubiera permitido dar a conocer una conversación que Guthrie Balfour sostuvo con Florence Ingle. Me fue imposible hacerlo durante la audiencia, pero ahora puedo decir a Su Señoría cómo sucedieron las cosas. Dorla Balfour era la amante de Banner Boles…

—¡No diga tonterías! —interrumpió Hamilton Burger con un alzamiento de hombros expresivo.

El juez Caldwell frunció el ceño.

—Deje que el señor Mason termine de hablar. Después podrá hacerlo usted, señor *attorney*.

—Florence Ingle —prosiguió Mason—, sostuvo una conversación telefónica con Guthrie Balfour. Éste estaba decidido a divorciarse de Dorla, pero necesitaba recopilar pruebas contra esta última con objeto de no verse obligado a pasarle una pensión muy elevada. Dorla Balfour descendió del tren en Pasadena, como estaba previsto, y su marido lo hizo en la misma estación, pero por el lado opuesto, como también tenía preparado. Un coche que había alquilado aquel mismo día le esperaba delante de la estación. Subió a él y siguió a su mujer hasta el *motel* Buen Reposo, donde ella se reunió con Boles en uno de los *bungalows*. El *bungalow* lindante al suyo estaba libre, y Balfour lo alquiló. Con la ayuda de un micrófono muy sensible, que aplicó Contra el tabique de separación, pudo registrar en el magnetófono todo cuanto sucedía en el *bungalow* contiguo. Después Dorla regresó un momento a su domicilio, con la intención de volver a reunirse con su amante durante la noche. Al partir Dorla, Guthrie Balfour, deseoso de que no pudiera existir duda ninguna en el momento del divorcio, decidió representar el papel de marido ultrajado y exigir del hombre un reconocimiento de los hechos firmado por él. A causa de la gran sensibilidad del micro, las voces se oían un poco deformadas y no había reconocido la de Boles, por lo que ignoraba con quién le engañaba su mujer. El otro *bungalow* estaba alumbrado débilmente con una lámpara de cabecera. Boles, que esperaba el regreso de Dorla, vio entrar, de repente, al hombre que, no sólo era el marido de su amante, sino también uno de sus jefes. Al darse cuenta de que, a causa de la penumbra que reinaba en la habitación, Balfour aún no lo había reconocido, se le ocurrió

la idea de impedírselo y lo deslumbró dirigiendo hacia sus ojos una potente lámpara eléctrica. Aprovechando que Balfour quedó cegado, le lanzó una silla entre las piernas y quiso abatirlo antes de que tuviera la posibilidad de reconocerlo.

Mason hizo una pausa y prosiguió:

—Pero Balfour sacó su revólver y durante la lucha éste se disparó. Banner Boles, dando pruebas de esa rara serenidad que le ayudaba a rendir excelentes servicios, se dejó caer al suelo fingiendo haber sido mortalmente herido. Presa de pánico, Guthrie Balfour huyó y, tomando el auto de alquiler, regresó a su domicilio. Deseaba a toda costa evitar el escándalo, pero se preguntaba qué debía hacer. Entonces se le ocurrió que nadie sabía que había abandonado el tren, excepto el hombre a quien creía haber asesinado en un *bungalow* del *motel* Buen Reposo. Entretanto, Banner Boles se había vuelto a poner en pie y había corrido a la cabina del *motel*, desde donde telefoneó a Dorla para advertirle de lo sucedido.

—¿Está usted seguro de esto? —preguntó el juez Caldwell.

—He hecho una o dos deducciones partiendo de datos que conozco.

—… ¡gracias a una bola de cristal! —intervino chanceándose, Hamilton Burger.

—Guthrie Balfour decidió utilizar el avión de la compañía para dirigirse a Phoenix, donde volvería a subir al tren —continuó Mason—. Una vez hecho eso, podría afirmar no haber descendido nunca de él. Telefoneó, pues, a Florence Ingle para rogarle que fuera a Phoenix en uno de los aviones de línea, con objeto de volver a traer el avión de la compañía. Sabía que podía confiar en Florence Ingle. Es más, era la única persona en quien tenía entera confianza. Ahora bien, Balfour ignoraba que su mujer estaba en la casa y que había sido informada de lo sucedido por Boles. Dorla se había escondido por si venía, pero cuando le oyó telefonear se acercó para escuchar lo que decía, no dudando que, dadas las circunstancias, aquello podía tener importancia para ella. Entonces vio un medio de salir del lío en que estaba metida. Esperó que su marido, hubiera colgado y se precipitó hacia él, con aspecto sorprendido: «¡Guthrie! ¡Te creía en el tren! ¿Qué ha sucedido?». Balfour, sin duda, había colocado el revólver de Ted cerca del teléfono. Dorla, sin dejar de

representar el papel de esposa enamorada y sorprendida, lo cogió diciendo: «¡Oh! ¿Qué hace aquí este revólver?», y sin previo aviso le disparó una bala en la cabeza. Después telefoneó a Boles al lugar en que él le dijo que la esperaba y le rogó que viniera en seguida. El cogió un taxi y lo hizo así. Luego tomó el mando de las operaciones y se le ocurrió simular un accidente de automóvil y dejar el cadáver irreconocible. Para más precaución, se las arreglaron para que recayera sobre Ted la acusación de este accidente, sabiendo que si en su plan no tenían éxito siempre podrían hacer intervenir a Florence Ingle para demostrar que Guthrie Balfour era el asesino y que huyó. Boles abandonó en seguida, delante del *motel*, el auto que fue alquilado a nombre de Jackson Eagan. Confiaba que el cadáver no sería identificado, pero si sucedía algún fallo bastaría con telefonear a la policía, sin dar ningún nombre, para que Jackson Eagan entrara en escena. Boles quería tener varias falsas pistas en reserva para cualquier imprevisto que pudiera surgir.

»Después, todo resultó muy sencillo. Banner Boles regresó a la recepción que daba Florence Ingle y se las arregló para verter una droga en el vaso de Ted, con lo que éste, a poco, ni siquiera se daba cuenta de lo que hacía. La intención de Boles fue encargarse personalmente del joven Ted, pero Marilyn Keith, viendo el estado en que se hallaba Ted, decidió conducirlo a su domicilio y dejarlo acostado. Cuando la joven se marchó, los dos cómplices cogieron el auto que Ted había utilizado aquella noche y lo usaron para machacar varias veces el cadáver de Balfour; rompieron uno de los faros y dejaron indicios suficientes para que la policía no necesitara efectuar una encuesta a fondo. Después telefonearon a la policía para ponerles sobre la pista del auto y se las arreglaron para que un «testigo», Myrtle Arme Haley, acusara del accidente a Ted.

Tras un momento de silencio, Mason continuó:

—Ya sólo les faltaba tomar el avión de la compañía hasta Phoenix, para volver a subir al tren. Utilizaron el billete que llevaba Balfour, y Dorla pagó al revisor, explicándole que se había decidido a acompañar a su marido en el último minuto. Gracias a la conversación telefónica sorprendida por ella, sabían que Florence Ingle iría a recuperar el avión y lo llevaría a Los Ángeles, creyendo que con ello ayudaba a Guthrie. Todo el plan fue fraguado por Boles, que estaba acostumbrado profesionalmente, desde hace años,

a salvar a sus jefes de situaciones delicadas. Pasó la frontera, adquiriendo una tarjeta de turista a nombre de Guthrie Balfour, pero cuidó de no telefonear a nadie que pudiera descubrir la falsedad. Por eso no telefoneó a Florence Ingle para comunicarle que todo había ido bien y para agradecerle su ayuda, pues ella se hubiera dado cuenta de que no era la voz de Guthrie. Ahora bien, yo no conocía a Guthrie Balfour. Por consiguiente, Boles me telefoneó haciéndose pasar por él y me avisó que me enviaba a su mujer para que se ocupara conmigo del asunto Ted.

—Todo esto es muy interesante —dijo el juez Caldwell—, pero ¿cómo va usted a probarlo?

—Yo no voy a probarlo —replicó Mason—, porque creo que la policía estará en condiciones de hacerlo. Si se persona en el *bungalow* que Boles ocupó, en el *motel* Buen Reposo, con el nombre de Jackson Eagan, podrá encontrar sus huellas digitales y en el suelo o en una de las paredes la bala con la cual Guthrie creyó haber matado a su rival. Resultará fácil demostrar que fue disparada, con el revólver de Ted.

—En efecto —reconoció el juez Caldwell—. Señor *attorney*, supongo que va usted a tomar inmediatamente todas las medidas necesarias.

—Si el señor Mason ha terminado de hablar —contestó con rabia Hamilton Burger—, me permito recordar a Su Señoría que me agradaría saber por qué el defensor ocultó pruebas del delito a los investigadores.

—Yo no tenía intención de ocultarlas —respondió el abogado—. Sencillamente, esperaba para mostrarlas la ocasión que me permitiera hacer detener al asesino. En efecto, durante nuestro paseo en taxi, Boles me explicó lo que había sucedido en el *motel* Buen Reposo, omitiendo sencillamente, decirme que él era el amante de Dorla. Me ofreció, después, dos mil dólares de honorarios para que la verdad no fuera revelada durante la vista. Por esta razón estimé oportuno conservar aquellos documentos en mi poder hasta poder utilizarlos para confundir al verdadero asesino y entregarlo a la justicia. Pero Banner Boles, utilizando un falso testimonio, me forzó la mano y me obligó a confirmar los hechos antes de lo que yo quería.

—Pero esto sólo representa su palabra contra la de Banner Boles

—subrayó Hamilton Burger.

—Exactamente —confirmó Mason con una sonrisa—. Mi palabra contra la de un falso testimonio y el cómplice de una asesina.

—¡Usted sugiere todo eso pero no prueba nada! —chilló Burger.

—Amigo mío, ¡cada cual con su oficio! Para tener la prueba de lo que digo, no tiene más que preguntar a Boles cómo al declarar bajo juramento, ha podido explicar una conversación con un hombre cuyas huellas digitales han permitido demostrar que estaba muerto antes de celebrar ese presunto diálogo. Puede usted también ponerse en comunicación con el Gobierno mejicano y pedir que busquen la tarjeta de turista que fue entregada a nombre de Guthrie Balfour. Podrá comprobar que fue llenada por Banner Boles, el cual, al salir de Méjico, tuvo que devolverla debidamente firmada.

El juez Caldwell sonrió al *attorney* del distrito.

—Creo —dijo— que no le faltará a usted trabajo.

Capítulo 21

Perry Mason, Della Street, Marilyn Keith, Paul Drake y Ted Balfour se felicitaban por aquel feliz desenlace en la habitación contigua al despacho del juez Caldwell.

—Ahora está usted contento, Ted —recordó Mason al joven Balfour—, porque le han puesto en libertad, pero su tío fue asesinado y usted sentía mucho afecto por él. Ahora le será necesario enfrentarse con los periodistas y le aseguro que resultara penoso.

Balfour asintió con un movimiento de cabeza.

—Después, debe usted ir a ver a su tío Addison y explicarle lo sucedido, rogándole que ordene que Marilyn Keith sea reintegrada a su empleo.

—¡De esto esté tranquilo! —aseguró Ted—. ¡Será lo primero que haré al salir del Palacio de Justicia!

Llamaron a la puerta, y Mason frunció las cejas.

—Confiaba que los periodistas no nos descubrirían aquí. No deseaba tener tratos con ellos hasta que todo estuviera terminado. ¡Ánimo! No quiero que crean que nos escondemos…

Al decir esto, Mason abrió la puerta, pero en lugar de un periodista se encontró con un ujier que le dijo:

—Siento molestarle, señor Mason, pero le llaman por teléfono y dicen que es algo muy importante.

—Esperadme aquí —rogó Mason a los otros—. Vuelvo en seguida. Aunque, pensándolo bien, ven, Paul, quizás tenga trabajo para ti, y ven tú también, Della.

Los tres pasaron a otra habitación, donde el ujier les indicó el teléfono.

—¡Mason al aparato! —contestó el abogado cogiendo el auricular.

Una voz temblorosa hizo vibrar el auricular.

—Señor Mason, aquí Addison Balfour. No me interrumpa porque no tengo muchas fuerzas. Siento muchísimo haberme dejado engañar. Hubiera debido considerar que un hombre no adquiere una reputación como la suya sin hacer todo lo necesario para merecerla. La noticia de la muerte de mi hermano me ha consternado. Sin embargo, nada podemos hacer y todos tendremos qué morir algún día… Lo cierto es que usted ha llevado a cabo un magnífico trabajo y ha evitado un terrible escándalo a los de *Balfour Allied Associated* y, también una importante pérdida económica.

—Pero, ¿es que usted sabe ya lo ocurrido en la Audiencia? —preguntó Mason, asombrado.

—¡Claro que lo sé! Y sé, asimismo, lo que ocurrió en el despacho del juez. No crea que porque esté enfermo me haya convertido en un inútil. Recibía informes cada media hora. Se equivocaría usted si me tomara por un imbécil porque me dejé persuadir por Boles para que le remplazara por Mortimer Dean Howland. Envíeme una minuta de sus honorarios a la B. A. A. por un importe de ciento cincuenta mil dólares, y dígale a mi secretaria que haga el favor de volver en seguida a ocupar su puesto. Voy a darle una indemnización muy elevada para compensarle del daño moral que pudo causarle el despido momentáneo. En cuanto a mi sobrino, dígale que no se preocupe más por su deuda de juego. Espero que con esta lección tendrá suficiente. Y si quieren proporcionar un placer a un infeliz anciano que está a punto de morir, vengan todos lo antes posible para decirme que me han perdonado. Esto es todo. Hasta la vista.

Dicho esto, Addison Balfour colgó el receptor.

Mason se volvió hacia Paul Drake y Della Street, que esperaban con ansiedad el final de aquel largo monólogo telefónico, del que no se habían enterado de nada.

—¿Quién era? —preguntó Della Street.

—Addison Balfour. Desea pedir perdón y nos ruega que vayamos a verle lo antes posible.

—Entonces, vámonos —indicó Drake—. Creo que sería una excelente publicidad que los periodistas no dieran con nosotros hasta *después* de nuestra llegada allí.

—¡Oh! Nos será imposible abandonar el Palacio de Justicia sin

que nos vean —dijo Mason sonriendo—, porque nos deben estar espiando desde todos los rincones. Podemos decir a los periodistas que Addison Balfour nos espera, pero no nos escaparemos de un reportaje dentro de lunos minutos, Paul.

Cuando acabó de hablar, Mason abrió la puerta de la habitación donde habían dejado a Ted Balfour en compañía de Marilyn Keith. Inmediatamente se echó hacia atrás y cerró la puerta sin hacer ruido.

—Vamos a esperar un minuto o dos antes de entrar —susurró a sus compañeros—. Creo que nuestros dos amigos están discutiendo cosas muy importantes… ¡muy importantes para ellos!

Notas

[1] Cash: pago al contado. < <

[2] *Attorney*: procurador. <<

[3] Jurado que ha decidido no pronunciarse ni en un sentido ni en otro. < <

[4] Segundo grado: es un asesinato cometido con circunstancias atenuantes. <<